



IMPEDIMENTA

BARBARA BAYNTON

Estudios de lo salvaje

Traducción y posfacio de Pilar Adón



ESTUDIOS DE LO SALVAJE



BARBARA BAYNTON

*Traducción del inglés y posfacio a cargo de
Pilar Adón*



IMPEDIMENTA

Título original: *Bush Studies*

Edición en ebook: noviembre de 2018

Copyright de la traducción y posfacio © Pilar Adón, 2018
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018
Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Belen Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17115-98-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Seis cuentos que, oscilando entre lo delicado y lo brutal, revelan la maestría de Barbara Baynton, una de las grandes pioneras de la literatura australiana del XX.

«La fuerza de la prosa de Barbara Baynton es sencillamente impresionante.»

Thomas Hardy

«Todo hace sospechar que la autora experimentaba un placer masoquista en la descripción de la miserable vida de las mujeres que sufrieron a manos de sus crueles parejas en el hostil paisaje de los páramos del interior de Australia.»

Kay Schaffer

*A Helen McMillen,
de Sídney, Nueva Gales del Sur*

LA SOÑADORA

Las hojas mojadas de los árboles que adornaban la pequeña estación, ahora ocultos en la oscuridad de la noche, se habían agrupado en pequeños remolinos que iban a chocar contra las puertas cerradas de los vagones. El revisor se acercó a cada una de las ventanas para iluminarlas con una linterna que emitía una luz turbia, y dijo en voz alta, con ese lenguaje propio de los jefes de estación, el nombre del lugar al que habían llegado. Solo había un billete que recoger.

A aquel hombre siempre le había parecido que los pasajeros que venían de otras partes del país, de lugares lejanos, resultaban interesantes por sus distintas peculiaridades. Cuando fue a recoger el billete, puso la linterna al lado del rostro de la pasajera y lo iluminó de lleno. Ella también le miró mientras hablaba con el vigilante, atenta al sonido de su voz. Años atrás, había conocido a todos y cada uno de los que trabajaban en aquella estación. En la actualidad, el revisor también conocía a todos y cada uno de los que vivían en la zona. Y esta viajera le resultaba completamente desconocida.

Si su carta hubiera llegado a su destino, alguien habría venido a esperarla en un coche. Recorrió la estación y lo único que vio fue a un perro sin dueño, acurrucado, mojado y temblando en un rincón. Dejándose llevar sobre todo por el sonido, se giró para mirar la calle desierta del pueblo. Entre las casuarinas, que bordeaban el río que ella conocía tan bien, el viento producía una música fantasmal, desatendida por unas gentes que en ese momento dormían. No había más sonidos que pudieran llamar su atención, y se giró de nuevo hacia el perro con una sensación de afinidad. No obstante, quizá el revisor tuviera un mensaje para ella. Regresó al andén y vio que el hombre estaba cerrando la puerta de la oficina. Al verla, dejó de hacerlo, como si esperara que la mujer fuera a decirle algo.

—¡Una noche húmeda! —exclamó él por fin, rompiendo el silencio.

Lo que hizo que la pasajera cambiara de opinión y que, en vez de consultarle lo que tenía previsto, le preguntara qué hora era, algo que ya sabía. Se alejó y se echó cuidadosamente la capa por encima.

El viento hacía del paraguas un objeto inútil, incapaz de protegerla. El viento, la lluvia y la oscuridad serían sus acompañantes a lo largo de los cinco kilómetros de matorral que la separaban de la casa de su madre. Aquel había sido el hogar de su niñez, y se sabía de memoria cada centímetro del camino.

Comenzó a recorrer la calle dormida y no vio señales de vida hasta llegar casi al final, donde distinguió una luz en una pequeña tienda y captó un rápido golpeteo. «Trabajan hasta tarde esta noche», pensó, y, recordando la horrible tarea a la que se dedicaban aquellos hombres, dudó, llena de reparos, entre si acercarse y preguntarles o no a los trabajadores nocturnos para quién era lo que estaban fabricando. ¿Sería para alguien a quien ella hubiera conocido en el pasado? Tenía por delante un largo recorrido, en medio de la oscuridad, y no les preguntó nada. Se alejó a toda prisa con la intención de olvidarse de aquel sonido.

El zigzagueante trazado del ferrocarril propició que el tren volviera a acercarse a ella. Al verlo pasar, se detuvo para contemplar sus movimientos, que iban excavando un túnel entre las mandíbulas del viento. «¡Chu-chuuú!», siseó la máquina con su aliento humeante, mientras la lluvia escupía agua sobre su roja boca de una manera feroz. La velocidad del tren hizo que la mujer tomara auténtica conciencia de las dificultades a las que se iba a enfrentar a lo largo del sendero que aún debía recorrer, y aceleró el paso. Se dio cuenta de que a su alrededor se respiraba esa tensión silenciosa que precede a la tormenta. Desde una de las ramas del árbol que en ese momento se agitaba sobre su cabeza, le llegó el reclamo de una madre previsor y alerta, así como el gorjeo de sus aturdidos pichones. La tierna preocupación de aquella ave despertó en ella recuerdos de infancia. ¿Qué importancia podía tener esa solitaria oscuridad si lo que hacía era llevarla hasta su madre? Sintió que desaparecían sus resquemores y se internó en el conocido camino sin más consideraciones, sonriendo de vez en cuando mientras anticipaba su encuentro.

—¡Hija!

—¡Madre!

Podía sentir ya sus amorosos brazos y sus besos, que siempre son sagrados cuando se trata de los de una madre. Se emocionó y, en su impaciencia, echó a correr, pero el viento soplabla con fuerza y al poco se quedó sin aliento. Además, en ese instante, el niño que llevaba cerca del corazón se movió por primera vez, haciendo que se avivara su instinto maternal. Un escalofrío le recorrió la espalda, cayó de rodillas y alzó las manos y el rostro hacia Dios. Un relámpago llameó sobre su cabeza, lo que vino a atenuar su éxtasis. El rayo había caído muy cerca.

Continuó andando. Luego se detuvo. ¿Estaba siguiendo el camino correcto? Un poco más atrás, cerca del nido de los pájaros, se abrían dos senderos. Uno llevaba a casa; el otro era el viejo camino de bueyes que había quedado prácticamente invadido por el ferrocarril. En aquel lugar, cuando tendría que haber sido extremadamente cuidadosa en su elección, se hallaba absorta en otras reflexiones. Y ahora dudaba. Había un largo trecho de regreso hasta el cruce de caminos, de modo que lo que hizo fue intentar recordar las señales que tendría que encontrar antes o después. En primer lugar, el Árbol Torcido, luego las Hermanas, cuyas ramas entrelazadas conversaban entre sí cuando el viento soplabla del sur. Se acordó también de los manzanos que se alzaban sobre el lecho partido del arroyo, donde siempre había vacas y terneros. El camino incorrecto, en cambio, al estar más cerca del río, contaba con un buen número de casuarinas e incluso, en ciertos lugares, algunos pinos. El anguloso trazo de un rayo lo iluminó todo de repente, pero ella se distrajo con la violencia del trueno y no pudo ver bien dónde estaba.

Se sentía insegura, cegada, y notó cómo la vencía el horror a lo desconocido, incrementado por su estado de debilidad. Incapaz de decidirse, esperó la llegada de otro destello; cuando finalmente se produjo, le mostró que, efectivamente, se había equivocado de camino. De modo que tuvo que darse la vuelta y enfrentarse a los mismos matorrales.

El cielo parecía romperse con cada rayo. La furia de los truenos la hacía temblar. Se detuvo bajo un grupo de altísimos pinos, confundida, mientras la terrible tormenta arreciaba.

Volvió a sentirse atenazada por aquel miedo indefinido. Aun así, siguió adelante, infatigable, hasta que tropezó con algo. Con las manos extendidas,

mientras caía al suelo, tocó un cuerpo que se movía muy cerca de ella. El destello de un nuevo rayo le mostró que lo que tenía delante era un animal. Todo un rebaño que se agitaba aterrorizado. Se levantó y echó a correr, tropezó y volvió a caer, sin saber hacia dónde se dirigía, pero siempre vigilando cuidadosamente los movimientos del ganado. Siguió adelante sin rumbo fijo. Sin darse cuenta de que estaba volviendo sobre sus pasos.

Llegó al lugar en que había dudado por primera vez. Si aquel era el sendero correcto, ¿por qué no se notaban los surcos de las ruedas? Se agachó y las buscó a tientas, palpando la superficie, pero pronto descubrió que la lluvia había nivelado el terreno. Así pues, no había nada que pudiera guiarla. No obstante, recordó que el pequeño grupo de pinos, donde se encontraba el ganado, se hallaba justo entre los dos caminos. En los viejos tiempos, ella misma había ido a recoger allí bayas de muérdago.

Creía tener razón. Esperaba tener razón. Empezó a rezar por que así fuera. Un poco más adelante debería llegar al Árbol Torcido. Mucho tiempo atrás, un caballo desbocado había hecho que el jinete borracho que lo dirigía fuese a chocar contra aquel tronco curvo y doblado. Cuando era más joven, llegó a sentir una extraña fascinación por ese árbol, y ahora, en aquel lugar, lo recordaba perfectamente.

Por fin, bajo la luz de otro rayo, alcanzó a ver el tronco arqueado. Estaba en el camino correcto, pero tuvo miedo de seguir porque ahora se sentía acosada por aquel temor de su infancia. A la luz de un relámpago fugaz, le pareció ver cómo un jinete galopaba furiosamente hacia ella, y se llevó las dos manos al corazón, como si deseara protegerlo. Esperó, y en ese oscuro intervalo creyó oír un grito que, venciendo el aullido del viento, llegaba hasta el lugar en el que se había detenido. Finalmente triunfó el estruendo del trueno, que ahogó cualquier otro sonido o cualquier llamada de auxilio. A la luz del siguiente destello, todo lo que vio fue el perfil del mismo árbol.

—Dios mío, protégeme —rezó. Y continuó con el corazón encogido.

El sendero descendía hacia el arroyo. El rugido de las aguas que lo recorrían le llegaba cada vez con más fuerza. Incluso la pequeña hondonada llamada Atrapaperros espumeaba arrogante con un rumor bronco. Parecía que había un paso disponible un poco más abajo, justo en la zona por la que tenía que cruzar. Pero los otros accesos estaban completamente inundados.

El estrépito del riachuelo que bajaba caudaloso le llegaba a través de los

alaridos del viento, todavía feroz. Afortunadamente, la intensidad de la lluvia había disminuido. Quizá hubiera alguien esperándola en la otra orilla... La última vez que fue a visitar a su madre, la noche era buena y, aunque el hijo de un vecino se encargó de ir a buscarla a la estación, su madre se acercó hasta el arroyo con una linterna en las manos para darle la bienvenida. Miró a su alrededor con impaciencia, ansiosamente, pero no vio ninguna luz.

El riachuelo recorría el fondo del surco que él mismo había ido horadando. El sendero que había seguido hasta el momento iba a dar a un tablón que, atado a los sauces que crecían en la otra orilla, solía mantenerse por encima del nivel del agua. Pero, para su consternación, comprendió que el sonido que le llegaba procedente de las agitadas aguas indicaba que el torrente había superado la altura del tablón, y tendría que caminar con sumo cuidado, luchando contra la fuerza de la corriente. Alzó los ojos hacia el sombrío cielo. No había ningún rayo de luz salvo el que pudiera desprenderse de su propio rostro, tan pálido y resuelto.

Su corazón se llenó de ternura al pensar en el marido al que tanto quería y en su hijo. ¡Tenía que atreverse! Pensó en su madre, ya anciana, que la esperaba al otro lado. Y llegó a la conclusión de que todos esos obstáculos hacían que lo que las había separado a lo largo de los años quedara empequeñecido y anulado. Había cierta expiación en tanta dificultad y en tanto peligro.

Volvió a alzar la mirada hacia el cielo.

—Dios, perdóname, protégeme y guíame. Dame fuerza y consuelo. — Aquella era la oración que le había enseñado su madre.

Sirviéndose de las largas ramas de sauce, agarrándose a ellas y buscando así el equilibrio, se adentró en las aguas que le llegaban a los tobillos. A medida que avanzaba, el nivel del río iba subiendo más y más.

El viento la embestía feroz. Se estrellaba contra su cuerpo, desestabilizándolo y quebrando los tallos a los que sus arañadas manos intentaban aferrarse. El agua le llegaba ahora por las rodillas y el avance se iba haciendo más peligroso a cada paso. Se agarró con los dientes a una delgada rama mientras se deshacía del sombrero y se lo entregaba al viento. De la capa, un peligro aún mayor, no pudo librarse ya que tenía los dedos demasiado entumecidos como para manejarse con destreza.

Pronto el agua sería más profunda y las ramas menos seguras. Incluso

aunque pudieran estirarse para acompañarla hasta el otro lado, no cabía esperar que las puntas de unas frágiles ramas azotadas por el viento fueran a prestarle mucho auxilio.

En cualquier caso, no iba a darse la vuelta. Aunque se sintiera cada vez más mareada por el terrible estruendo del agua y aunque el viento ensordecedor estuviera disputándole cada centímetro, no iba a retroceder.

Tendría que haber ido a ver a su madre mucho antes y, consciente de esa realidad, notó cómo el corazón se le henchía de un éxtasis salvaje que hacía que deseara ofrecer tanto esfuerzo, el sudor de su cuerpo, como justo pago por aquel pecado de su alma.

A mitad de camino, la corriente se volvió más implacable aún. Si la ferocidad del agua llegaba a arrastrarla sin que ella pudiera seguir agarrándose a los sauces, tal vez lograra mantenerse a flote gracias a la ropa que llevaba puesta. Siguió avanzando con decisión e inhaló profundamente para gritar como lo haría una niña pequeña:

—¡Mamá!

La corriente era cada vez mayor y más rápida. El arroyo ganaba en profundidad y, al no encontrar ninguna rama próxima a la que agarrarse, supo que se encontraba cerca del tramo central. El viento, libre de cualquier obstáculo, ya que no había árboles cercanos que pudieran frenarlo, era brutal. Por más que lo intentara y por más que se estirara, todo lo que conseguía era rozar los extremos de las ramas de los árboles que crecían en la otra orilla. Pero no llegaba a alcanzarlos lo suficiente como para asirse a ellos.

Se vio sacudida por la desesperación. Con una mano se mantuvo aferrada a las ramas que habían estado a su alcance hasta el momento y, con suma cautela, intentó alcanzar las que se le acercaban desde el otro lado. El viento las golpeaba cruelmente y comenzaron a azotarle el desprotegido rostro. Notó cómo se le enroscaban en torno al cuello desnudo, cómo se enrollaban alrededor de sus indefensos dedos. Su madre había plantado esos sauces y ella misma los había visto crecer. ¡Cómo podían comportarse de una forma tan hostil!

El arroyo era cada vez más profundo. Y el caudal aumentaba mientras ella seguía allí quieta, esperando. No obstante, había algo que resultaba incluso más terrible que la vertiginosa crecida del agua: el estruendo del poderoso viento, incrementado por la ausencia de árboles, que no la dejaba

pensar con claridad.

Las frágiles ramitas del árbol que se erguía en la otra orilla y a las que ella trataba de agarrarse se rompían de una en una. Pronto descubrió que tendría que soltar las ramas de los árboles que dejaba atrás si quería avanzar. Con dar solo dos pasos, podría atrapar unas ramas más firmes que le garantizarían mayor estabilidad. Pero para lograrlo tenía que avanzar sola, sin sujetarse a nada. «¿Lo vas a hacer?», aulló el viento. Y se sintió vapuleada por una repentina ráfaga que la empujó hacia atrás, la tiró al agua y la arrastró por el arroyo, sirviéndose de su capa a modo de vela.

Ella luchó por puro instinto, y su primer pensamiento derivó hacia el beso de la carta que le había dejado a su querido marido. ¿Es que iba a ser el último?

Se agarró a una rama que flotaba en el agua y se vio arrastrada corriente abajo enganchada a ella. En vano, intentó acercarse a cualquiera de las dos orillas. Separó los labios y quiso chillar, pero el viento formó un embudo en su boca y su garganta, y una ola fangosa ahogó su grito.

Siguió luchando desesperadamente, pero, después de tragar agua en un par de ocasiones más, dejó de hacerlo. Entonces, el extraño aullido procedente del Árbol Torcido taladró el terrible y bronco sonido del viento y se impuso sobre él. Una voz dulce, que parecía proceder de un sueño, susurró: «¡Pequeña!». Y unos brazos amables pero enérgicos la sacaron de allí.

Su propia debilidad le hizo pensar que todo aquello era imposible, algo imaginado, y que simplemente había estado peleándose con unos amigos, como una niña. Incluso parecía que el viento, en esos momentos, entonaba una canción de cuna.

Por encima de las furiosas aguas, su rostro se alzó tranquilo mientras escuchaba cómo el tronco caído de un árbol gigantesco decía: «¡Hasta aquí!». Y, a pesar de que las furiosas y encrespadas aguas seguían precipitándose contra ella, tratando de lanzarla contra el desnivel del propio arroyo, no lo consiguieron. Casi vencida, la corriente intentó llevársela consigo. Pero el afilado brazo del árbol enganchó su capa y pudo retenerla.

Magullada y semiinconsciente, la mujer quedó bajo la custodia de su salvador. Ahora aquella corriente de agua ya vencida parecía deslizarse mansa bajo el cuerpo de quien se había opuesto con tanta fiereza a que la

arrastraran contra su voluntad.

Cierto brote de esperanza anidó entonces en su espíritu. Gateó a lo largo de la corteza del árbol, y pudo por fin descansar entre sus raíces desnudas. Pero solo para recuperar el aliento, porque por fin se hallaba en la orilla que llevaba a la casa de su madre.

Comenzó a ascender hacia lo más alto de la pendiente.

En ese momento, todo el horror, todo el miedo que había tenido se integró en la materia del pasado y quedó olvidado por completo. Porque allí, en medio de la nada, estaba su hogar.

Y allí brillaba una luz que le daba la bienvenida.

Aceleró el paso, pero no corrió. Su futura maternidad se lo impedía como lo haría con cualquier mujer. Había empezado a llover de nuevo, y el viento azotaba todo su cuerpo. Respirar se había convertido en un acto heroico. Pero ella continuó a toda prisa porque, tras haber visto esa luz, notó cómo de pronto desaparecía el miedo indescriptible que había sentido previamente.

Le contaría a su madre que había escuchado su llamada durante la noche. Y su madre sonreiría con su grave sonrisa y acariciaría su cabello mojado, volviendo a llamarla «¡Pequeña! ¡Mi pequeña!», para explicarle a continuación que todo había sido un sueño. Solo un sueño. A pesar de que su propia madre era toda una soñadora.

La madera del portón de entrada se había hinchado por la lluvia y no le fue fácil abrirlo. La última vez que estuvo allí lo abrió su madre, pero ahora resultaba más que evidente que su carta no había llegado a su destino, y no había nadie esperándola. Quizá fuera precisamente el mal tiempo el motivo por el que el cartero se había retrasado.

Ahí estaba la luz.

No le preocupó que el viejo perro empezara a ladrar y que, a pesar de ello, nadie se acercara a la puerta para comprobar qué sucedía. Pensó que tal vez fuera imposible escuchar el ladrido desde dentro, ya que la lluvia caía torrencialmente sobre algún objeto cercano y el sonido lo inundaba todo. Su mente consiguió localizar mecánicamente de qué se trataba: había un tanque junto a la casa que se alimentaba con un caño al que iba a desembocar el agua que recogían los canalones. El tanque estaba lleno y se había desbordado, de modo que el agua que caía de él estaba abriendo nuevos canales entre los macizos de flores y anegando los surcos del huerto. ¿Por qué su madre no

habría desviado el caño hacia otro tanque?

Un sentimiento confuso se apoderó de ella. Un sentimiento que no pudo definir. Su mente regresó a las múltiples ocasiones en que, en el pasado, había sostenido una luz encendida junto a su madre para que ella pudiera mover el caño y llevarlo hacia los distintos tanques con el propósito de almacenar la máxima cantidad de agua posible. Un agua que la sequedad de los meses de verano hacía realmente valiosa. Aquella dejadez no era propia de su madre. Semejante descuido la obligaría a ir a buscar el agua al arroyo.

De repente sintió un frío terrible y su ánimo flaqueó. Después de haber visto a su madre, ella misma se encargaría de salir al exterior para mover el caño y dejarlo en su sitio. Pero ahora había algo más importante que no podía esperar.

Llamó suavemente y dijo en voz alta:

—Madre...

Mientras esperaba, intentó que el perro la reconociera. Tuvo la impresión de que había pasado tanto tiempo desde que visitó su antiguo hogar por última vez que el perro había olvidado el sonido de su voz.

Notó cómo le castañeteaban los dientes mientras volvía a llamar suavemente para hacer ver que estaba allí. Entonces una extraña le abrió la puerta y la luz del interior se hizo demasiado brillante y la deslumbró. Apoyándose en la pared, con una mirada salvaje, examinó lo que había a su alrededor. Otra mujer también desconocida estaba sentada junto al fuego, y una niña dormía en el sofá. La madre de la niña hizo que se levantara, y la otra condujo a la criatura, que ahora resoplaba, hacia su cama infantil. Nadie pronunció una sola palabra. Las dos mujeres se movían como si temieran despertar a alguien que estuviera durmiendo.

Sintió un calor reconfortante en los labios. Le habían ofrecido algo caliente y ella, que, a pesar de la situación, era consciente de todo, advirtió que aquel terror aletargado que emergía de sus propios ojos iba a encontrar como respuesta un temor reverencial en los ojos de esas dos mujeres.

Bajo la luz más intensa, el perro por fin pareció reconocerla y fue junto a ella para darle la bienvenida. Pero no era al perro a quien quería tener cerca en ese momento. Cuando se levantó, una de las mujeres encendió una vela. Ella se dio cuenta de que, si la madera que ardía en la chimenea se resquebrajaba y crujía, las mujeres se movían inquietas. Se dio cuenta de que

la niña, aún desconcertada, apuntaba con un dedo en dirección a su magullado rostro, mientras le susurraba algo en voz baja a su madre. Se dio cuenta de que la mujer que había prendido la vela no lo hizo rasgando la cerilla sino acercándola al fuego. Y se dio cuenta de que quien llevaba en ese momento la luz encendida le abría camino y la guiaba hacia el dormitorio sin provocar sonido alguno. En el más absoluto de los silencios.

Así llegó a la habitación de su madre. La mujer que sostenía la vela por encima de sus cabezas se giró para mirar hacia otro lado.

La hija abrió las cortinas y vio cómo la luz caía directamente sobre la cara de la durmiente. Una soñadora que aquella noche no tendría sueños.

LA COMPAÑERA DE SQUEAKER

La mujer llevaba la bolsa con el hacha, el mazo y las cuñas; el hombre, el cazo y las bolsas limpias de la comida. La sierra la llevaban entre los dos, de modo que parecía que caminaban unidos por ella. La mujer era más alta que el hombre, y la firmeza de su cuerpo, tan distinto del de él, que caminaba con flojera, arrastrando los pies y dejando caer los hombros, hacía que la diferencia entre ambos resultara más evidente. Los hombres la llamaban «la compañera de Squeaker», y todos parecían estar de acuerdo en que no había mejor camarada de pelo largo capaz de medir con pasos la longitud de una parcela con unas enaguas puestas. Las mujeres de los colonos agrícolas¹ habían intentado retarla a que se pusiera unas ropas más femeninas, pero la compañera de Squeaker no les hizo ni caso, si es que llegó a escuchar siquiera lo que querían.

Nueve postes y tal vez dieciséis travesaños... Ella calculó que ese árbol sería pan comido.

—Vamos —le dijo al hombre para animarlo—. A por él.

Sacó el hacha de la bolsa y abrió a tajazos un círculo completo en la corteza, mientras él buscaba un lugar con sombra para poner el cazo y las bolsas de la comida.

—Venga.

Ella lo estaba esperando con la sierra engrasada, y él se acercó por fin. La herramienta rechinó cuando empezó a serrar unos pocos centímetros, pero entonces él se detuvo y miró al sol.

—Es casi la hora de comer —dijo. Y, como ella no le prestó atención, exclamó con una energía repentina—: ¡Mira! ¡Ahí va otra abeja! Espera. Tú sigue con el hacha y yo voy a ver de dónde viene.

Cuando estaban de camino ya habían perseguido a una abeja hasta dar con la colmena. Ahora ella no fue capaz de ver ninguna, a pesar de que sus ojos grises eran tan agudos y penetrantes como los de una aborígen, pero ya sabía cómo se las gastaba aquel hombre. Para todos era un misterio de los grandes por qué tenía tanta paciencia con él.

Sacó la sierra, se escupió en las manos y empezó a golpear con el hacha el lado más inclinado del árbol.

Lo que no sabía era que, durante un prolongado periodo de tiempo, de forma secreta e ininterrumpida, los gusanos se habían encargado de ir carcomiendo las entrañas del tronco. Así que la hoja del hacha se hundió en la madera con demasiada suavidad, y los bordes heridos del árbol se cerraron sobre el filo y lo atraparon como un cepo. En las ramas más altas se produjo un estremecimiento que parecía indicar que el árbol se había «reasantado». Ella lo oyó y comprendió lo que significaba. El hombre, animado por los sonidos del hacha, había regresado con una brazada de palos para calentar el cazo, y gritó con entusiasmo:

—¡Cae! ¡Cuidado!

Pero ella esperó a recuperar el hacha.

Y el árbol, efectivamente, se desplomó con un crujido estremecedor. Ella se apartó por fin. Pero una gruesa rama carcomida se había partido justo antes y fue a caerle encima cuando se estaba alejando.

—Mira que te lo he dicho. Que tuvieras cuidado —le recordó él mientras alzaba la pesada rama con otro palo, a modo de palanca, gruñendo con cierta preocupación—: Ahora sal de ahí. Rapidito.

Ella lo intentó. Intentó hacer lo que él le decía. Haz esto. Haz lo otro. Hacia la derecha. Hacia la izquierda. Al principio logró mover los brazos y la parte superior del cuerpo. Pero ahí se quedó. No pudo moverse más.

El hombre parecía nervioso, ya que ahora era él quien tenía que actuar y hacer uso de su fuerza. Por lo general, su manera de levantar los objetos más pesados consistía en emitir un gruñido exagerado en el momento apropiado, como si estuviera haciendo un esfuerzo descomunal. No le importaría, al parecer, soltar la palanca y dejar que la rama volviera a caerle encima. Y le dijo que lo haría «si no se movía de una vez».

Cerca de él había un pequeño trozo de madera. Con un pie logró acercarlo y fue colocándolo poco a poco en la posición perfecta para que sirviera de

punto de apoyo para la palanca. A continuación, consiguió arrastrar a su compañera y sacarla de debajo de la rama.

La puso boca arriba y se quedó mirándola como si esperara algún tipo de agradecimiento por todo su sacrificio, pero ella se mantuvo en silencio. Como aún no se había dado cuenta de que el hacha que había tratado de salvar había ido a parar debajo del tronco, él se lo dijo. Ella se preocupaba a diario de que todas sus posesiones se mantuvieran en buen estado y las trataba casi con ternura, como si fueran sus amigas. Pero no le importó que el hacha se hubiera roto y que estuviera medio enterrada debajo del árbol. A él le extrañó, ya que la semana anterior la había visto picar la madera astillada adherida a la antigua cabeza del hacha, y ponerle un mango nuevo.

—¿Estás mal? —le preguntó por fin.

—La pipa. Tráemela —respondió ella con los labios flojos.

Las dos pipas se encontraban en la división del tronco de un árbol cercano. Él cogió la suya, sacudió las cenizas, la llenó, cogió un carbón y dio unas caladas hasta encenderla. Luego llenó la de ella. Sirviéndose de un pequeño atizador, le tendió la pipa y ella alzó una mano temblorosa y logró cogerla, aunque muy desmayadamente. No habría sido extraño que se le hubiera caído al suelo. No obstante, se las arregló con gran esfuerzo para llevársela a la boca. Un segundo después, él perdió del todo la paciencia al ver cómo intentaba prenderla con una mano convulsa que no lograba acercar el fuego a su destino.

—Date prisa —dijo—. Ese maldito perro está rondando la comida.

De mala gana, él le incrustó la pipa en la mano, pero ella no pudo mantenerla alzada y dejó que le cayera como un plomo sobre el pecho. El carbón que empleaban para encender las pipas rodó hasta quedar entre uno de sus brazos desnudos y el vestido, y empezó a quemarle lentamente la carne y a prenderle la ropa. Mientras, él fue a rescatar la comida de los olfateos de su propio perro, gritándole hasta que el animal se perdió de vista. El perro de ella, en cambio, seguía tumbado junto a su ama, cerca de su cabeza.

El hombre puso el cazo al fuego y después volvió con ella.

La pipa se le había caído de los labios. Había sangre en la boquilla.

—¿Es que te has mordido la lengua? —le preguntó.

Ella solía hacer caso omiso de las pequeñeces, y él lo sabía. De modo que aceptó su silencio, aunque sí le dijo que se le había prendido el vestido.

Como tampoco entonces pareció prestarle atención, él se agachó y consiguió que el vestido dejara de arder. Se quedó mirando la piel del brazo quemado, y luego la miró a ella largamente. Había alzado sus ojos al cielo y, sin pestañear, los mantenía fijos en la distancia, con los labios tristemente separados; una extraña grisura se le había asentado en el rostro. Las gotas de sudor se le iban extendiendo por la cara, cruzándose unas con otras.

—¿Qué tal un trago de té? ¿Tienes sueño?

Partió una rama verde del árbol derribado y la agitó ante su propia cara para apartar a las moscas que habían salido de él.

Cuando volvió a mirarla, se preguntó por qué estaría sudando si no se movía ni hacía nada. De una manera poco lúcida, se preguntó por qué no se apartaba las moscas de la boca y los ojos. Si no se las quitaba de encima, se le iban a hinchar los ojos, con todas aquellas moscas pululando por ahí. Y, si se había quedado dormida, ¿por qué no los cerraba?

Estuviera dormida o despierta, él se alejó cuando el contenido del cazo comenzó a hervir. Se preparó el té y empezó a comer. Su perro había desaparecido y, como no atendía a sus silbidos, le echó las sobras al de ella; sin embargo, este no se apartó de donde se había sentado, cerca de la cabeza de la mujer, a pesar de la comida que le estaban ofreciendo.

Él siguió silbando la única canción que se sabía, sin mucha entonación, marcando el ritmo con los golpecitos de un palo en la punta de la bota. Luego alzó la mirada, observó la posición del sol y calculó que debía de llevar ahí tumbada, sin moverse, como cerca de una hora. Vio que el mango del hacha se había partido en dos puntos distintos, y se preguntó, sin llegar a profundizar en su pensamiento, si ella volvería a usar aquel mango roto o si preferiría desecharlo de una vez. Eso es lo que él haría, lo menos problemático. Sobre todo si se había estropeado el filo de la cuchilla. Examinó los rastros de los gusanos en el tocón y en las ramas del árbol recién caído. Fue alzando los ojos sobre el perfil del tronco y finalmente abarcó con la mirada toda la llanura. Las ovejas se estaban dispersando y, de seguir así, se vería obligado a meterse entre ellas para rodearlas a todas y volver a reunir las en un único rebaño. Si ella no se levantaba y se recuperaba de una vez, tendría que ser él quien se encargara de cerrarlas esa noche. Volvió a mirarla y volvió a comprobar que seguía igual, de modo que empezó a silbar con otro tono para llamar a su perro, que se había escondido.

—Vamos, viejo —le ordenó al perro de ella—. ¡Tráelas!

Siguió silbando, para darle más instrucciones sobre lo que quería que hiciera, mientras se golpeaba el muslo y señalaba a las ovejas con todo tipo de gestos.

Pero los pliegues y los surcos dibujados a cada lado de la boca cerrada del animal le dieron a entender que no iba a hacerle caso y que se mantendría firme en su desobediencia. El perro solo iría si ella se lo ordenaba, y tendría que hacerlo tarde o temprano.

Encendió su pipa y estuvo media hora fumando, matando el tiempo. Con la frugalidad que se deriva de haber tenido que trabajar mucho para conseguir algo, ella solía restringir tanto su propio tabaco como el de él, así que no iba a poder fumar en toda la tarde. No tenía a nadie detrás diciéndole lo que debía y no debía hacer, y no había nadie de quien huir para escaquearse, por lo que las horas comenzaron a hacerse eternas. Fue entonces cuando vio cómo un varano trepaba por un árbol. Hizo acopio de unos cuantos misiles y trató en vano de acertar en el cuerpo del reptil, que parecía estar riéndose de él. Al poco regresó y le robó a su compañera un montoncito de tabaco. El suficiente para llenarse la pipa. Mientras fumaba, vio cómo pasaba un carro blanco inclinado hacia un lado.

Se levantó de un salto.

—Ahí va Red Bob. Ya ha recogido la miel y viene a casa para pagárnosla —dijo—. Voy a pesar lo que lleva y a que nos dé el dinero.

Corrió hacia el carro mientras miraba hacia atrás como si temiera que ella fuera a seguirlo para desbaratarle los planes.

A Red Bob, como comerciante, le preocupó, desde una perspectiva mercantil, que la compañera de Squeaker estuviera «durmiendo porque le había caído un árbol encima». En su vida había conocido a nadie que se encargara del filtrado y el calentamiento de la miel como ella. Era una mujer recta y cuadrículada. Jamás le echaría agua a la miel, ni después de haberla calentado ni simplemente tras filtrarla, y, en cada lata de queroseno, el peso de la miel era exactamente el que ella decía, hasta el último gramo, con una precisión absoluta. Además, a Red Bob no le apetecía pagar a Squeaker, al que veía tan indecentemente ansioso, antes de haber comprobado cómo estaba la mujer. Claramente, desconfiaba de él. De modo que, a regañadientes, Squeaker lo llevó al lugar en que ella seguía tumbada, boca

arriba. A base de todo tipo de amenazas y palabras gruesas, pronunciadas con una violencia incesante, Red Bob consiguió que aquel que por ley debía protegerla y cuidar de ella fuera en busca de ayuda. Mientras esperaba, derramó un poco de la bebida que llevaba para él en sus labios, asegurándose, tierna y caritativamente, de que el líquido le llegara hasta la garganta, y sacudió las moscas que seguían posándose en su cara hasta que llegaron los otros hombres.

Una vez allí, todos juntos arrancaron una tira de corteza de un árbol y, con sumo cuidado, pusieron a la mujer sobre esa cama improvisada. Así la transportaron hasta su cabaña. Squeaker iba detrás, llevando el cazo y la comida.

Red Bob soltó al caballo del carro y se fue a la ciudad en busca del doctor. Esa misma noche, ya tarde, en la parte trasera de la cabaña vieja (había dos), se reunieron él y los otros que habían oído que la mujer estaba herida para, de cuclillas, con las pipas sin encender en la boca, esperar el veredicto del doctor. Una vez dado y una vez recibido, después de que el doctor se hubiera ido, los hombres se comunicaron en susurros con esa mirada que solo se ve en las caras de los que viven en el monte. De lo que hablaban era de la mala suerte que había ido a tener esa mujer que solo se había dedicado a trabajar como una mula, codo con codo junto a los mejores de todos ellos, para hacerse con cada metro y con cada cabeza de ganado de aquel lote de terreno que habían ido a elegir.

Squeaker se quedaría sin nada en día y medio. ¿Cómo había permitido ella que todo se pusiera a nombre de Squeaker, cuando el dinero era suyo? También eso constituía uno de los muchos misterios que se plantearon en aquella conversación.

A él lo consideraban «una vieja» y así lo llamaban. Y no porque estuviera todo el día merodeando en torno a las latas de la miel, sino por esa tendencia masculina a eliminar cualquier tipo de virtud. Le hicieron señas para que se les acercara y, tras haberle explicado la lesión de su compañera, le dijeron que lo mejor sería que no le contara a ella que iba a quedarse impedida ya para siempre.

—Qué más me da. Lo que importa ahora —respondió mientras señalaba a Red Bob— es que este me pague. Tengo que ir a la ciudad.

Le dijeron sin alzar la voz lo que pensaban de él y, tras echar un vistazo al

lugar en el que ella descansaba, con cierta cobardía, los hombres se fueron a sus casas sin más, sin pronunciar una sola palabra de despedida, como sombras.

Al día siguiente llegaron las mujeres. La compañera de Squeaker no formaba parte de su grupo ni era una de las personas a las que más apreciaban. Resultaba imposible que lo fuera, alguien como ella, sin tiempo para el comadreo. Después de aquel primer día, la dejaron completamente sola, y la excusa que les pusieron a sus maridos fue que ella siempre había defendido su independencia con uñas y dientes. Y, al fin y al cabo, está en el orden de las cosas el que poco a poco los maridos terminen por aceptar la opinión de sus esposas con respecto al resto de las mujeres.

Las manchas de harina que salpicaban la ropa de Squeaker, tan descuidada ahora que tenía que encargarse de todo, mostraban claramente que había intentado hacer pan,² pero que no le había salido del todo bien. Las mujeres le dieron de comer varias veces, tras llegar a la conclusión de que aquella situación debía de ser horrible para él.

También podían haber llegado a la conclusión de que la situación era horrible para ella. Quizá se sintiera inmensamente sola. Pero la compañera de Squeaker no se quejaba. Para ella, los largos, larguísimos días solo daban paso a largas, larguísimas noches. Noches en las que el inmenso silencio de la espesura se veía repentinamente atravesado por una de las voces de la propia espesura que, sin embargo, para ella no suponía ningún peligro. No era una mujer especialmente fantasiosa y, en cambio, sí una perfecta conocedora del entorno y del paisaje. De modo que sabía que el prolongado gimoteo proveniente de los matorrales que cercaban el lugar en el que seguía enterrada el hacha, debajo del mismo árbol carcomido por los gusanos, era solo la llamada del dingo. Y ese lamento tembloroso que le llegaba desde la charca y que se extendía con turbio misterio hacia el este era tan solo el grito del asustado zarapito.

Mientras, su perro —siempre tan alerta y vigilante como ella— esperaba pacientemente a que se levantara y volviera a estar activa, yendo de aquí para allá otra vez. «Cosa que sucederá pronto», le dijo ella a su compañero, que seguía quejándose a todas horas.

—No es verdad. Te has destrozado la espalda —respondía Squeaker secamente—. Eso es lo que te pasa. Tienes una lesión en la columna. Según

el doctor, eso quiere decir que te has partido la espalda y que nunca más volverás a andar. No está bien que no te lo diga porque yo no puedo hacerlo todo solo.

En el rostro de la mujer se dibujó una mirada salvaje, e intentó sentarse.

—Ahí lo tienes —dijo él—. Ya lo ves. No puedes. Estás igual que una serpiente con el espinazo partido. Solo que tú no te muerdes a ti misma como lo haría una serpiente cuando ya no puede arrastrarse más. Lo único que te mordiste fue la lengua cuando el árbol te derribó.

Ella jadeó, y él pudo escuchar cómo le latía el corazón mientras dejaba que se le cayera la cabeza hacia atrás. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, y luego dijo que el doctor se había equivocado. No obstante, siguió comprobando día tras día lo que podía y lo que no podía hacer, y hasta dónde llegaban sus fuerzas. Y, fuera cual fuese el resultado, seguía manteniéndose en silencio, a pesar de que unos testigos de color blanco, a modo de halo, iban cercándole progresivamente la frente y las sienes.

—No es como si fueras a mejorar mañana. El doctor dice que nunca más volverás a trabajar en la vida. ¡Y yo no puedo cocinar y trabajar y hacerlo todo!

Murmuró algo acerca de «vender», pero ella se negó firmemente a pensar en una idea tan monstruosa.

Él se fue a la ciudad un sábado por la tarde, y no regresó hasta el lunes.

Las provisiones que había dejado para ella, un cazo con té, unos restos de ternera en salmuera y algo de pan (la carne se la dio al perro), se acabaron el primer día. Y eso no fue nada comparado con el balido de las ovejas que había dejado encerradas. Era verano y hacía calor y no les había dejado agua. Y el perro no podía abrirles la cerca para dejarlas salir.

Cuando por fin regresó, de lo único que ella le habló fue de las ovejas y del perro. Él maldijo al perro y la maldijo a ella, y le espetó: «Retuércete sobre esa espalda rota tuya y muérdete de una vez». Tiró al suelo las cosas que tenía a su alcance, hizo amago de patear a distancia a su perro, que le gruñía dispuesto a morderlo, y luego fue a sentarse afuera, a la sombra de la cabaña vieja, intentando mantenerse erguido hasta que se quedó dormido.

Por diversos motivos, en el pasado se había encargado ella de hacer esos viajes a la ciudad cuando era necesario. Iba y venía, llevando un caballo de

carga para los suministros. Y nunca había dejado de agasajarlo con media pinta. El único lujo que ella se permitía era una pipa entera.

Las ovejas esperaron hasta el día siguiente. Ella también.

Durante los días posteriores, él estuvo trabajando un poco para que ella lo viera. No mucho, pero es que nunca había trabajado mucho. Era ella quien levantaba el extremo más pesado del tronco y quien cargaba con las herramientas. Él, en cambio, tenía bastante con el cazo y la comida.

La mujer lo miraba incómoda y sin energías mientras él perdía el tiempo. Le recordó que el alambre que habían dejado pegado a la cerca se iba a oxidar. Un solo hombre podía extender todo el alambre fácilmente y, cuando ella se levantara pasado un día o dos, le ayudaría a tensarlo y a sujetarlo. Al principio él fingió que lo había hecho, pero luego dijo que no iba a pasarse el día poniendo cables él solo ni nada por el estilo. Y le daba igual que todos los demás hombres de la zona sí lo hicieran.

Ella le respondió que una sola persona podía hacer otras muchas cosas. Solo tenían que esperar a que ella se recuperara para volver a ocuparse de los quehaceres más duros. A veces él se ponía a silbar cuando ella hablaba. También soltaba todo tipo de insultos y groserías. Aunque por lo general se largaba, y cuando no quería irse, ya que era un hombre básicamente perezoso, le soltaba su «Anda, ve y muérdete como una serpiente», ya que había descubierto que semejante expresión hacía que ella se callara al instante. Así, poco a poco, ella fue desentendiéndose de los asuntos laborales y él, por su lado, cada vez espaciaba más las noches en que regresaba a casa para dormir.

Su perro recogía y trasladaba a las ovejas cuando el sol se ponía, y él no daba señales de vida. Los dos, perro y dueña, vigilaban los movimientos del ganado hasta el amanecer. Sabía que no debía decírselo porque, si él llegaba a enterarse de que entre ellos dos se las arreglaban con las ovejas, era capaz de dejar en sus manos la labor de cuidarlas para siempre. En cualquier caso, se dio cuenta de que el poco interés que él era capaz de dedicarle a algo, a lo que fuera, se centraba por entero en las ovejas. Y pronto averiguó por qué.

Un día vio a través de las rendijas de la cabaña cómo ante sus ojos, siempre atentos y vigilantes, iba emergiendo el polvo de la llanura. La polvareda fue acercándose más y más, hasta que vio cómo él y un hombre a caballo recogían y cercaban a las ovejas en el corral, para luego quedarse ellos a cargo de un grupo más pequeño. Sus balidos le llegaban a los oídos

como aullidos pidiendo ayuda. Muchas de aquellas ovejas habían sido sus favoritas. Las había acariciado al andar entre ellas, y ahora tenía que ver cómo él se las vendía a los carniceros de la ciudad.

A mediados de la semana siguiente, vino de la ciudad con un caballo nuevo y una silla de montar y una brida recién estrenadas. Llevaba una camisa roja brillante y, alrededor del cuello, un pañuelo de seda. Cuando se acercó, ella notó que olía a perfume, y aunque él no quería que advirtiera su flamante pipa nueva, una coqueta pipa de espuma de mar, ella la vio y oyó también cómo chirriaban sus botas nuevas, que ya no eran las de siempre, sus usadas botas planas del trabajo. Sin embargo, esta vez fue más amable con ella y le ofreció un poco de tabaco picado, el suficiente para llenar su pipa. Llevaba mucho tiempo sin darle nada. Muchos de los hombres que pasaban por allí y que se acercaban a echarle un vistazo podrían haberle dado un poco de tabaco de haberlo sabido, pero de sus labios no salió nunca ni una sola queja.

Mientras Squeaker le llenaba la pipa con el tabaco de su propia bolsa, ella mantuvo los ojos fijos en los suyos, pero él no le devolvió la mirada. Y, como si tuviera miedo de algo, al instante se dio la vuelta y desapareció.

Poco después oyó cómo empezaba a dar martillazos en la vieja cabaña de atrás, que servía para almacenar las herramientas y cualquier otro objeto al que no le afectaran la luz del sol y la lluvia. Entraba y salía rápidamente, y ella lo observaba a través de las rendijas de su cabaña. Vio cómo transportaba hasta allí un estrecho listón de corteza de árbol, y supo que estaba fabricando un catre. Cuando hubo terminado, se echó un cigarro. A continuación fue hasta ella y empezó a deambular por la estancia. Nervioso. Le dijo que esa cabaña era demasiado fría y que nunca se pondría bien si seguía ahí metida. Ella no tenía ningún frío, pero se dejó llevar por él, por sus ideas y su estado de ánimo, y le permitió encender un fuego en el que se podría asar una oveja. Él se quitó el sombrero y, abanicándose, le dijo que se estaba achicharrando, ¿ella no?

Sí, ella también.

De modo que se ofreció a llevarla a la otra cabaña. Le instalaría al cabo de uno o dos días un techo nuevo, que sería mejor que este, y allí se pondría bien en un periquete. Estaba de pie mientras le contaba todo esto, y ella no podía verle la cara.

Sus propias ansias lo estaban traicionando.

Todavía faltaban unos meses para que terminaran de cumplir todos los requisitos de residencia, etcétera, que imponía el Gobierno para poder obtener la cesión definitiva de aquel lote de tierra. Aun así, ella pensó que tal vez él estuviera intentando vender.

Y ella no se movería de allí.

En esa ocasión estuvo fuera cuatro días, y cuando regresó durmió en el catre nuevo.

Así que ella intentó que llegaran a un acuerdo. ¿Por qué no se ponía un catre para él a su lado y dejaba de ir tanto a la ciudad y de pensar en esa tontería de vender? Él le prometió al instante que así lo haría, pero con condiciones.

—¿Podrás arrastrarte? —insistió, observándola de pies a cabeza.

Ella dejó de respirar y notó cómo le temblaban las aletas de la nariz. Apretó los labios con todas sus fuerzas, pero no se movió.

Era evidente que se traía algo entre manos. Después de intentar arrastrarla para trasladarla, la empujó y la hizo rodar sobre la misma hoja de corteza en que la habían llevado a casa. Por fin, con mucho esfuerzo, consiguió remolcarla.

Ella le pidió un trago, y él colocó su cazo y una taza de aluminio al lado del catre. A continuación, la dejó allí, jadeando y aturdida, al cuidado de su complaciente perro.

Ella lo vio correr y montarse en el caballo. Y, aunque lo llamó y lo llamó, ni obtuvo respuesta ni consiguió que se diera la vuelta para quedarse a su lado.

En cuanto él se largó a toda prisa, en dirección a la ciudad, el perro saltó sobre el catre y se unió a sus lamentos, pero el gato se fue hacia la maleza y desapareció.

Él regresó al día siguiente, al anochecer, en un carretón de dos ruedas. Y no venía solo. Ahora traía a otra compañera. Aunque intentaron dar un rodeo y girar en un camino que no iba directo, tratando de estar frente a la cabaña nueva para evitar que ella la viera, ella la vio.

Debían de traer muchas cosas en aquel carro. Por los sonidos que hacían, supo que estaban sacando un objeto tras otro, y que luego los trasladaban a la cabaña. Después él se puso justo delante de una de las ranuras que había

cerca de donde estaba ella tumbada, y le dijo en susurros que si se estaba calladita todo le iría bien, pero que, en cambio, si no lo hacía, le prendería fuego a esa cabaña suya. Ella era una persona reservada, así que no era necesario que le advirtiera al respecto. No tenía nada que temer, además, ya que en esa ocasión había superado todo lo esperable. La había dejado estupefacta.

El caballo, liberado de su carga, llegó hasta la cabaña vieja tambaleándose y empujó la puerta con la cabeza como lo haría cualquier animal domesticado. No obstante, el perro no iba a permitir ni por un segundo que ese recién llegado tomara su casa por un establo, y empezó a ladrar. Los gruñidos enfurecidos del perro junto con el clamor de los cascos del intruso, que se dio la vuelta y se largó al instante, parecieron molestar a la pareja que había empezado a instalarse en la cabaña nueva. De repente dejaron de moverse. Todos los sonidos previos cesaron, y la lisiada oyó cómo la extraña cerraba la puerta a pesar de las afirmaciones de Squeaker, que le decía una y otra vez que aquella mujer de la cabaña vieja no podría moverse del catre ni aunque le fuera la vida en ello. Y tampoco debían preocuparse por el perro porque jamás se separaba de su lado.

Empezó a recibir más y mejor comida.

Se la dejaban junto al catre, pero ella, muda e inmóvil, yacía con la cara vuelta hacia la pared, y su perro gruñía amenazadoramente a la extraña. La nueva mujer estaba intranquila y le habló a Squeaker sobre lo que la gente podría decir, e incluso llegar a hacer, si la primera moría.

Fue el «hacer» lo que le asustó.

Se escondió en la maleza y esperó.

La intrusa se quedó en la puerta y le dijo que había ido hasta allí para cocinar y cuidar de ella. No quiso ponerse ante la ranura, que era el lugar hacia el que la lisiada dirigía la cara y la mirada.

Esta giró la cabeza despacio y observó a la extraña largamente. No es que fuera de esas mujeres que hacen que los demás se vuelvan a su paso para mirarlas. Sobre la frente le caía un flequillo de pelo rojo sin rizar, la parte inferior de la cara se había apoderado de la parte superior, y por su perfil podía adivinarse que iba a ser madre dentro de poco. Lo que resultaba difícil de averiguar era si aquella mujer infértil, al darse cuenta del estado de la recién llegada, supo deducir mediante un simple cálculo que el padre no era

Squeaker. No era muy ducha en esos asuntos, aunque lo supiera todo sobre ovejas y carneros.

Había una cosa cierta (¡ah!, la mayor de las amarguras para toda mujer): la recién llegada era más joven.

El abundante cabello que caía sobre la frente de la mujer que yacía en el catre estaba ya completamente blanco.

La recién llegada le llevó pan y mantequilla, y la tullida se quedó mirando el plato. Miró a su perro. Miró a la intrusa. ¡Pan y mantequilla para un perro! Pero la extraña no entendió nada hasta ver cómo la otra le ofrecía su comida al perro.

El pan y la mantequilla no eran para el perro. Trajo carne.

El hombre siguió escondido durante todo el día siguiente. La lisiada vio a su perro y supo que no andaba lejos.

En algún momento tendría que llegar el final de aquella pantomima, y este se produjo cuando, al atardecer, el hombre regresó visiblemente alterado, con una cuerda atada a un dedo de la mano derecha, que parecía muy hinchado. La nueva compañera se alteró mucho al verlo, pero la vieja compañera, que ya se sabía ese truco de la picadura de serpiente —lo mismo hasta había estado presente en el momento en que él se lo inventó—, asistió serena a los inútiles esfuerzos de la aterrorizada intrusa por despertar al hombre, que, después de haber lanzado una botella de cerveza vacía al montón que se alzaba en el exterior, ya roncaba.

Resultaba imposible, en cualquier caso, precisar con certeza qué era lo que pensaba la mujer enferma, porque siempre se mantenía en silencio. Tampoco estaba claro cuánto comía, si es que comía, y cuánto le daba a su perro, aunque la nueva compañera le dijo un día a Squeaker que, en su opinión, aquel animal nunca se tragaría ni un solo bocado más de lo que le correspondía.

El silencio de la tullida afectaba sobremanera a la recién llegada, especialmente cuando las dos se quedaban solas. Habría preferido que la tratara mal. Contaba una y otra vez los días que ya habían transcurrido y los que quedaban por transcurrir. Después de que sucediera lo que tenía que suceder volvería a la ciudad, pero no le habló de eso a Squeaker. Él no pintaba nada en sus planes para el futuro. De modo que si él, en algún momento, se ponía a parlotear sobre lo que harían juntos más adelante,

cuando por fin pudiera vender, y vendería tarde o temprano, ella se limitaba a escuchar en silencio, sin el menor interés.

Lo que sí le contó fue que tenía miedo de «ella». Después del primer día no volvió a ponerse a su alcance. Todas las mañanas le hacía el té, pero era Squeaker quien se lo llevaba, con algo de pan y un trozo de carne.

El montón de basura que iba creciendo en el exterior se vio coronado, por primera vez, por unas latas de mermelada y de pescado procedentes de la mesa de la cabaña nueva. Parecía que daban por sentado que ni la mujer ni el perro que seguían viviendo en la cabaña vieja necesitaban comer nada de todo aquello.

El perro de Squeaker solía olfatear el suelo y ladrar alegremente alrededor de la pareja. En una ocasión, su empeño por lamer el fondo de una lata de salmón hizo que se lanzara a una frenética carrera que se vio bruscamente interrumpida por la cuerda con que estaba atado, lo que provocó que los gruesos labios de la recién llegada se separaran en una sonrisa. Sonrisa que duró justo hasta el instante en que el perro se volvió hacia ella y se le acercó demasiado.

Aún les quedaban ovejas que reunir y cerrar en el patio; Squeaker se encargaba de ellas. Su antigua compañera le oía silbar mientras lo hacía. También empezó con las primeras quemas controladas, de modo que ahora, junto con las otras voces del matorral, la mujer paralizada captaba los lamentos de aquellos gigantes que iban cayendo demasiado pronto, cerca de ella. No hay sonido tan humano como el que procede de las almas arrancadas de estos seres arbóreos o los trémulos lamentos de sus vecinos verticales, cuyas ramas terminarían juntándose tarde o temprano sobre el cuerpo derribado de la pobre víctima.

No había ningún otro catre en la parte de la cabaña que abarcaba con la mirada, pero su perro llenaba ese espacio vacío, y la extraordinaria luminosidad que crecía entre esta mujer que se había roto la espalda y su perro podría haber sido el espíritu de las mismas criaturas arbóreas que estaban siendo asesinadas, de tan fantasmalmente maravillosa que era. Aun así, su sentido práctico regresaba de vez en cuando y volvía a imponerse sobre el desánimo, ya que una personalidad tan realista y libre de fantasías como la suya, respaldada por su fuerza corporal, no permitiría que la esperanza desapareciera del todo. Y así, olvidándose de sí misma, casi

deseaba volver a llamar a Squeaker para hablarle del peligro que, desde su punto de vista, corrían algunas colmenas.

Un día él se fue a la ciudad y regresó, como había prometido, mucho antes de la puesta de sol. Y al día siguiente apareció una cuerda extendida, a modo de tendedero, entre dos árboles situados cerca de la parte trasera de la cabaña vieja. Igualmente extraño le pareció a la antigua compañera de Squeaker que el hombre se pusiera sobre los hombros el yugo que ella había diseñado para sí misma, con una lata de queroseno a cada lado, y que regresara con ambas llenas de agua desde el lejano arroyo, para descubrir que con el agua que traía en las dos latas solo se llenaba parcialmente la tina, otra nueva adquisición. Mostrando un absoluto desdén por el calor y la sudorosa frente de Squeaker, su nueva compañera le dijo, incluso después de que él hubiera hecho otro viaje, que necesitaba dos más para el blanqueador. Y, siguiendo sus órdenes, él trajo más agua, aunque de mala gana. Quizá estuviera comparando los métodos de la antigua compañera con los de la nueva.

Su antigua compañera solía llevar lo que fuera que hubiera que lavar hasta el arroyo, y sus pantalones siempre habían estado blancos como la nieve sin necesidad de ningún blanqueador.

Hacia el mediodía había muchas prendas exóticas ondeando en la cuerda de tender, en lo que parecía una burla dirigida a la mujer estéril. Incluso podría haber visto cómo, con la puesta de sol, el diligente Squeaker bajaba los nuevos palos de apoyo para el tendedero y se inclinaba una y otra vez para recoger las pinzas que su desconsiderada compañera actual había dejado caer. Sin embargo, a la mañana siguiente, después de haber cargado con dos nuevas latas de agua, oyó que ella le decía que con tres viajes más bastaría para lavar sus cosas, y fue ahí cuando Squeaker se rebeló. Nada de lo que él pudiera argumentar haría que la recién llegada decidiera enfrentarse a aquel penoso camino hasta el arroyo, donde las serpientes azotadas por la sed esperaban la llegada de alguien, de cualquiera, para atacar y morder. Ella se enfurruñó y fingió que recogía sus cosas para largarse, hasta que a Squeaker se le ocurrió una idea brillante. Ató un tonel a un trineo y, tras ponerle los arreos al caballo nuevo, enganchó el trineo al animal. A continuación, bajo la mirada de aprobación de su nueva compañera, salió hacia el arroyo dirigiendo al caballo a pie. Aunque, en cuanto ella se metió en la cabaña, lo

primero que hizo Squeaker fue montarse a lomos del lento animal.

Tuvo varios contratiempos y cualquiera de ellos le habría bastado para plantarse ante su antigua compañera y decirle que aquello que le había ordenado hacer era imposible. Pero hasta los bebés aprenden pronto a diferenciar a quiénes pueden imponerse y a quiénes no. Con una energía desconocida en él, siguió trabajando y llenó el tonel, pero el viejo caballo se negó a arrastrar semejante peso a pesar de los despiadados latigazos de Squeaker. Perdieron casi la mitad del agua durante el triste proceso de carga. Impulsado por el aluvión de golpes, el caballo consiguió desplazarla unos pocos metros, pero finalmente el tonel se inclinó hacia un lado y la sedienta tierra se tragó su contenido en un abrir y cerrar de ojos. Todos los adjetivos que Squeaker pudo pronunciar para lamentarse de su trabajo perdido resultaron tan vanos e inútiles como las soluciones para la leche derramada.

Tuvo que dedicarle tanta destreza como paciencia a la labor de amarrar de nuevo el tonel. Lo llenó solo en parte y, justo en el instante en que parecía que aquello iba a salir bien, el alambre oxidado con el que había atado el barril al trineo se rompió por la tensión y, tras saltar por los aires, se enredó en los corvejones del aterrorizado caballo. La velocidad a la que marchaba aquel viejo animal de ciudad a pesar del trineo (del tonel se libraron de inmediato) era lo máximo a lo que él podía aspirar en ese momento. Horas después, en la llanura que se unía al horizonte pudieron verse dos borrones: la distancia que había entre ellos era fácilmente cuantificable. El más grande era Squeaker.

Como pensó que contaba con un suministro más que suficiente y como carecía por completo de la cautela que aquel lugar les había inculcado a las demás mujeres, la nueva compañera usó su medio cubo de agua para hervir el cordero con sal. Hacia el mediodía, colocó la carne y el pan en la tosca mesa, y se dispuso a esperar a Squeaker mirando en la dirección incorrecta.

Ya se había acabado el contenido de la nueva tetera, pero volvió a llevarse la boquilla a la boca, muerta de sed.

Continuó esperándolo durante horas. ¿Se habría largado a la ciudad pensando que ella no iba a usar el agua, o quizá sin darle la menor importancia a si lo hacía o no? No se fiaba de él. Ya había habido otros hombres antes y también la habían abandonado. Además, no había más que ver cómo trataba a la mujer que yacía allí con los ojos abiertos. De todos

modos, no serviría de nada llorar. La única que podría oírla sería esa callada mujer.

¿Le quedaría a ella un poco de agua?

Trató de comprobarlo a través de las ranuras, a distancia, pero la ropa de cama tendida se interponía entre ella y el cazo, de modo que se dirigió a la puerta y, sin querer mirar el catre, se centró en el cazo.

Estaba medio lleno.

Por puro instinto supo que la mujer la estaba observando. Se alejó y esperó. Y esperó. Durante sedientos minutos que se le hicieron horas.

La desesperación la llevó de nuevo hasta la puerta. ¿Se atrevería a seguir? No. No podía.

Se hizo con un palo largo que terminaba bifurcándose como una horca, e intentó alcanzarlo desde la puerta, pero el perro saltó intentando atrapar la vara. Así que ella la soltó y echó a correr.

A lo lejos se veía un esmirriado manchón de matorrales que flanqueaba los límites de la llanura. Allí estaba el arroyo. ¿A cuánta distancia?, se preguntó. A mucha. Ya lo sabía. Además, solo había agua en unas pocas pozas y por allí andaban también las serpientes. Squeaker, siempre ansioso de lucirse ante ella, le había hablado una y otra vez de aquellas serpientes con las que tenía que batirse a diario. Le había contado que eran muchas y despiadadas.

Recordó la tarde en que él llegó con una cuerda atada a un dedo después de haber estado escondido entre los arbustos. Le dijo que le había mordido una serpiente, y fue entonces cuando se bebió el medio litro de brandy que ella había llevado consigo para sus náuseas. Luego durmió hasta bien entrada la mañana. Al día siguiente tuvo que trabajar más de lo habitual con la cuerda atada al hinchado dedo azul, pero no parecía encontrarse peor que aquellos a los que ella había visto en el Descanso del Esquilador, recuperándose de cosas parecidas. Y lo cierto era que no había dejado ni una gota de brandy por si ahora las serpientes la picaban a ella.

Lloró un poco, compadeciéndose de sí misma. Luego apartó los ojos, que se le estaban poniendo rojos, dejó de mirar el lejano riachuelo y se fue otra vez hacia la puerta. La mujer del catre yacía con los ojos cerrados.

¿Estaría dormida? El corazón le latía acelerado mientras avanzaba de puntillas hacia el cazo, a pesar de no estar del todo decidida a llegar hasta él.

El perro, agachado con la cabeza entre las dos patas, la miraba fijamente, pero no pareció oponerse a su presencia. Y ella dio paso a la pantomima:

—Ya sabes que quiero ser tu amiga. No voy a hacerle ningún daño.

Volvió a mirar a la mujer y luego al perro, que no se movía ni parecía darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Además, si ese animal, que, ciertamente, seguía vigilándola, quisiera morderla, podría hacerlo cuando quisiera y como quisiera, en cualquier momento. (Ella separó los labios, sedientos y secos.) Aquel perro tenía una inteligencia casi humana. Era fácil llegar a esa conclusión después de observar lo que hacía y lo que no hacía en presencia de la otra mujer.

Lamentaba no tener el palo a mano. Ningún perro podría resistirse a eso.

Otros dos pasos más.

Y después quedaría solo uno. Entonces, con agacharse y estirar un poco el brazo, lo alcanzaría. ¿Podría hacerlo? Quiso darse ánimos a sí misma recordando lo mucho que se había acercado a aquella misma mujer el primer día, y pensando en lo deliciosos que serían un par de tragos. Por la garganta, mientras tanto, lo único que le pasaba era una constante sequedad.

Midió el espacio que había entre el cazo y el lugar en el que había estado la primera vez. ¿Podría encontrar algo con que acercárselo? No. El perro no se lo permitiría, y además, al moverlo, el asa podría emitir algún sonido, y la mujer, al oírlo, abriría los ojos.

La idea de que esos ojos hundidos pudieran abrirse de repente hizo que le diera un vuelco el corazón. Tenía que respirar con calma. Inspiraciones profundas e intensas. Su garganta emitió un ruidoso chasquido y, sin pensarlo, mirando hacia atrás aterrorizada, salió de allí inmedia-tamente.

En cualquier caso, ya no iba a esperar a Squeaker. Lo había dado por desaparecido y había decidido olvidarse de él.

Mientras esperaba a que se le acompasara la respiración, vio, para su sorpresa, que el perro salía al exterior. Aquello supuso un enorme alivio para ella, aunque, no obstante, hizo el amago de salir corriendo en dirección a la cabaña nueva. El perro ni la miró y, ajeno a ella, se encaminó hacia la llanura para recoger a las ovejas. Fiel a su deber, debía de estar al tanto de que el hombre se había marchado a la ciudad.

Squeaker se había ido.

El corazón le latía acelerado. ¿Sería porque lo que ella hacía en el catre

era dormir en vez de aceptar su compañía?

Esperó un poco más hasta que el corazón decidió volver a latirle con normalidad. A continuación, se deslizó de nuevo por la puerta.

La cabeza de la mujer tumbada en el catre se había vencido hacia la pared, como atrapada por un sueño profundo. No miraba en dirección al cazo, y la recién llegada podría avanzar hacia él si ponía todo el cuidado del mundo.

Entró de nuevo, esta vez más despacio. Con la máxima cautela y una inmensa solemnidad.

No quiso adentrarse tanto como en la ocasión anterior, aunque ahora se sentía bastante más segura, ya que los ojos de la mujer seguían mirando a la pared y estaban tan cerrados que era imposible que supiera dónde se encontraba ella en ese momento.

Se agacharía e intentaría alcanzar el cazo desde donde estaba.

Empezó a agacharse.

Un poco más...

Todo fue tan rápido y tan repentino que no pudo ni gritar. De repente, esos dedos huesudos habían apresado la mano que, tal vez demasiado pronto, estaba intentando asir el cazo, y durante un instante la dejaron paralizada de terror. Poco después, la nueva mujer se puso a chillar con unos gritos penetrantes y, mientras, jadeando, agotada por la victoria, la mujer postrada la agarraba con una fuerza de la que la otra ni siquiera intentaba liberarse.

Tirando de ella, hizo que se agachara.

Abajo.

Más abajo.

Tenía los labios entreabiertos mostrando los dientes mientras casi calcinaba con el aliento la cara de la otra mujer, a la que mantenía cerquísima de su boca para que sus propios ojos, fijos en ella, pudieran jactarse de la victoria. Su exaltación era tan grande que solo podía resoplar y jadear, mientras continuaba agarrando la mano de la recién llegada con una fuerza que la estaba dejando sin circulación.

Del mismo modo en que una tigresa herida y privada de libertad inmovilizaría y miraría a su víctima, así inmovilizó y miró ella a la suya.

Ninguna de las dos escuchó los pasos del hombre. Y, aun en el caso de

que la tigresa lo hubiera visto entrar, lo cierto es que no se sintió intimidada en absoluto.

—¡Líbrame de ella! —chilló la otra, aterrorizada—. ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Líbrame de ella! —repitió una y otra vez. Solo eso—: ¡Líbrame de ella!

Él cerró la puerta. Entró y dijo algo que quedó ahogado por los alaridos de pavor de su nueva compañera. Luego cogió el palo y, produciendo un ruido sordo, golpeó con él unos brazos que se habían convertido en puro acero por la tensión de los tendones. Una vez. Dos veces. Tres veces. Los golpes lograron que por fin cediera uno de los brazos, el que tenía agarrada con más fuerza a la otra mujer. Por ese lado, la víctima quedó libre.

El palo se había partido en dos. Con una de las mitades volvió a golpear a quien había sido su compañera, y al fin logró que la otra mujer quedara completamente libre. No obstante, ella no dejó de gritar «¡Líbrame de ella! ¡Líbrame de ella!», y siguió haciéndolo mientras aporreaba la puerta para salir.

Hasta que Squeaker fue a abrirla. En ese momento, el hombre tuvo que enfrentarse al enloquecido perro de su antigua compañera. El animal, enfurecido al haber encontrado la puerta de la cabaña cerrada, dejó que pasara ante él la mujer, que seguía chillando. Pero no hizo lo mismo con Squeaker, quien, a pesar de haber empezado a golpear al perro de manera agónica, partiéndole el palo sobre el lomo, al final tuvo que ceder ante la superioridad de aquella bestia salvaje.

—Llámale, Mary. ¡Me está comiendo! —imploró—. ¡Por Dios! ¡Llámale!

Pero la mujer yacía inmóvil, impasible.

—Dile que vaya tras ella. ¡Que la ataque a ella! —dijo señalando con un dedo a la mujer que, guiada por un terror irracional, seguía corriendo como si toda la llanura condujera a su ansiada ciudad—. ¡Es culpa suya! —suplicó mientras saltaba al catre de su vieja compañera—. ¡Que vaya tras ella! —Pero cuando fue a tocarla, intentando despertar en la mujer algún tipo de compasión, los colmillos del perro se clavaron en su mano y tiraron de él hacia abajo con todas sus fuerzas.

MANO TULLIDA

El anciano observó durante un buen rato, muy serio, la extensión de los límites de la llanura cubierta de matorrales, y siguió con los ojos unas huellas que no se diferenciaban bien de las otras marcas del camino. Eran las huellas del carro que, muy de vez en cuando, iba a la lejana ciudad. Ese mismo carro había atravesado la llanura, chirriando y crujiendo, unas semanas antes, al amanecer, hasta llegar al lugar en que el matorral marcaba un breve giro en el camino. Una vez allí, el marido había detenido el caballo mientras la mujer se inclinaba hacia el encorvado anciano para decirles adiós a él y a su perro. El anciano no reaccionó de inmediato ante sus palabras de despedida, pero sabía que se iban porque ella estaba a punto de ser madre y, cuando aquello sucediera, querían estar en un lugar más civilizado que aquel en que vivían. La ternura de su estado hizo que el anciano se sintiera más próximo a ella cuando se marcharon. Desde aquella mañana, hombre y perro habían añadido una muesca al palo cada semana para llevar la cuenta de los días transcurridos, y la última marca, hecha tres noches atrás, ponía de manifiesto que había llegado el momento de su regreso. Esa tarde, mientras los esperaba, creyó ver hasta en dos ocasiones cómo se levantaba la deseada nube de polvo, pero luego, al mirar con más atención, descubrió que se trataba solo de la brumosa luz del atardecer.

Se giró entonces hacia la casa que se alzaba en medio del paisaje dominado por la maleza. Junto al edificio principal había un corral y, dentro, un ternero. La vaca, que no estaba cerrada, parecía haberse acercado para consolarlo y darle aquello que el animal necesitaba.

—No tiene sentido cerrar al ternero —murmuró el anciano— si no van a volver. Mañana por la noche no lo haremos. —Miró a su alrededor lleno de inquietud, examinando los matorrales—. El ternero habrá pasado la cabeza

por los travesaños de la valla para sorber la leche. No puede haber sido nadie más. El tullido no está. Estoy seguro de que el tullido no ha sido.

No obstante, la sombra del miedo se apoderó de su marchito rostro mientras se arrastraba, rígido como un palo, hacia el corral de las ovejas. No dejaba de mirar a su alrededor, advirtiendo cómo su cuerpo se sacudía sin que él pudiera hacer nada para remediarlo. Avanzaba en parte siguiendo los movimientos del perro, y el perro, a su vez, seguía los movimientos del anciano de manera mucho más evidente, sobre todo cuando empezó a reunir a las ovejas. El hombre, quejumbroso, lo acusó de empujarlas y de estar haciéndolo todo muy deprisa en vez de dejar que Cazo (el líder) las guiara de manera natural.

Una vez recogidas, se acercó a las vallas y comprobó que no se encontraban en buenas condiciones.

—Sí. Alguien ha estado toqueteando todo esto.

Por dos abrazaderas sería capaz de «destrozar con el hacha a cualquier hombre».

En los ojos de las ovejas se reflejaba la perfección del sol poniente, tan opuesta a todo lo que en el mundo era confuso y sombrío. Hombre y perro se detuvieron para contemplar con devoción el fenómeno hasta que empezó a caer sobre ellos la gran colcha gris que precedía a la noche. Les brillaron entonces en los ojos unas luminosas lágrimas que parecían materializarse a partir de sus suspiros, como si estos pasaran del estado gaseoso al líquido. La amplia llanura se extendía como una gasa formando un océano en el que flotaba únicamente la cabaña. En su interior chispeaba el fuego, al otro lado de la puerta abierta, como la boca roja y humeante de una locomotora. Y más allá de la cabaña se alzaba de manera imponente, misteriosa y casi fantasmagórica un grupo de acacias. Alrededor de ellas graznaba ruidosamente una bandada de cuervos, sin mostrar la menor consideración para con el inmenso y magnífico silencio previo.

Dentro de la cabaña, el anciano, todavía quejumbroso, comenzó a hablar con el perro, siempre atento a lo que su amo quisiera contarle. Retiró la tela que cubría el sombrero que se había estado haciendo durante el último año con las hojas de un árbol col; sobre la copa descansaba una insignia en forma de estrella que la mujer había confeccionado especialmente para él. La dejó al revés mientras la examinaba.

—Está mal, ¿lo ves? —El perro dijo que sí—. ¡No queda bien! —gritó con la fuerza de la sordera. Y el perro entonces dijo que no—. Y lo hizo adrede. Como si quisiera que me lo clavara. Vaya que sí. Lo cosió mal en un ataque de celos, porque sabe que solo trabajo para él. De haberlo hecho yo, me habría salido mil veces mejor. Aunque no tengo mano para estos remiendos tan elaborados, la verdad. Pero ella no sabe hacer sombreros como este. ¿A que no? Yo mismo me lo hice. Ninguna mujer sabría. No saben hacer las cosas bien. No sirven para nada. —El perro no se opuso a semejante dictamen—. Le pedí que le pusiera un ancla justo aquí —añadió, señalando el centro de la insignia, todavía al revés—. ¡Y no lo puso! ¡No hay ancla! —El perro le indicó sutilmente que, si le daba la vuelta, vería el otro lado de la insignia—. ¡No hay! —gritó el anciano—. ¿Qué sabes tú de las anclas? Jamás verás ninguna en un barco. En toda tu vida. —Hizo una alusión casi inaudible pero muy despectiva a esos «insolentes colonos», que pareció incomodar al perro. Para apaciguarlo, el hombre se arrodilló y, doblando el cuello, le mostró el ancla descolorida que llevaba dibujada en la parte superior del sombrero de hojas de árbol col que llevaba puesto. El hombre habría entendido que el perro siguiera enfadado un buen rato más, pero el animal estaba deseando hacer las paces. Al darse cuenta, el anciano se alzó y volvió a centrarse en la insignia. Estaba buceando en su memoria para echarle en cara al perro más cosas.

—Y tú que te creíste que podía servir. —El perro se movió para mostrar su desacuerdo—. Sabes que lo que digo es verdad, sí, señor. ¡Y todavía iría más lejos! A ella ya no le ladras como antes.

El perro se mostraba intranquilo y le dio a entender que preferiría que ese pasado quedara enterrado y bien enterrado.

—Nada. No le ladras nada. Lo sabes. —Dobló la insignia y continuó—: Las mujeres no hacen nunca nada bien, y, de todos modos, siempre, continuamente, consiguen que los hombres se metan en líos. —Le había dado la vuelta a la insignia sin darse cuenta, pero volvió a ponerla como al principio, mientras miraba rápidamente al perro—. Esto no sirve para nada. ¡Vaya trasto! Podría arrojarlo al fuego. —Lo guardó cuidadosamente—. ¿Y ahora dónde está ella? —preguntó de repente. El perro indicó la ruta que había tomado el carro—. ¿Y cuánto tiempo lleva él fuera? —El perro miró el palo colgado en la pared, en el que habían ido haciendo las muescas—. ¡Sí!

¡Todo ese tiempo! ¡Qué le importamos ahora yo y tú, ahora que la tiene a ella! ¡Él era excelente, un tipo de primera categoría, antes de conocerla! Tendría que haberme largado en cuanto se hizo con las ovejas. Cualquier mujer querría atraparlo. Ellos están allí, en la ciudad, sin venir, y nosotros aquí solos con las ovejas. Ya me lo dijo el tullido, que en mi lugar él ya se habría largado. Sal, anda, a ver si hay alguna señal de que estén de camino. A ver si vuelven de una vez.

Mientras el perro salía, el viejo intentó ponerse la insignia a toda prisa, pero no lo consiguió.

—¿Solo niebla, ninguna nube de polvo? —le preguntó a su mensajero cuando hubo regresado a la cabaña—. Claro que no. ¡Ni soñarlo! —gruñó—. Ya no volverá más. Se quedará allí para criar al bebé. Que también será una chica. Seguro que sí. Las mujeres siempre tienen niñas. Seguro que será una niña. —Cuando el perro se mostró en desacuerdo, el anciano lo miró con aspereza—. ¡No te lo crees! Claro que no. ¿Es que estás de su parte? ¡Lo estás, Loo!

El nombre del perro era Warderloo (Waterloo) y el viejo tenía tres maneras de decirlo. «¡Todo bien, War!» significaba que se estaban entendiendo y que eran los mejores amigos. «¿Qué es eso, Warder?» significaba que había algo importante que solucionar. «Loo», en cambio, implicaba un triste recuerdo. De modo que, ahora que lo había llamado así, el perro se sentía abatido y desconcertado, escrutado por los ojos del anciano, que lo miraban firmes y acusadores.

—Y, más aún —continuó—, creo que darás vueltas a su alrededor como un tonto. Lo harás. Darás vueltas como un tonto, muchas más vueltas que nunca, en cuanto vuelva con el bebé.

Ante esta gravísima acusación, el perro, por dignidad o porque se sintió profundamente herido, prefirió guardar silencio. Su amo, en cambio, repitió la profecía, muy despacio y añadiendo nuevos detalles. El perro, no obstante, se mantuvo callado e inmóvil. Siguió mirándolo, pero en silencio.

—¡Mira! ¡Ahí viene! ¡Con el bebé! —gritó el viejo levantando los brazos como si quisiera mostrarse sorprendido, aunque de manera muy torpe. Tan torpe que Loo no cayó en el engaño. El viejo dejó de fingir—. ¡Oh, sí, soy un viejo mentiroso! Sí, lo soy. A esto hemos llegado, ¿verdad? Yo miento y tú mantienes las apariencias. Sí, señor.

Loo protestó en vano. Su amo se dio la vuelta, y, cuando el pobre Loo tuvo que salir de la cabaña, el viejo encogió las piernas, escondió los pies en el catre y se puso mirando a la pared. Más tarde, el angustiado Loo atrajo su mirada desde el exterior, a través de las ranuras, pero entonces el hombre cerró los ojos para dejar de ver al perro y reprimir los remordimientos que le provocaba aquella llamada muda pero, aun así, tan elocuente.

Por lo general, sus pequeñas diferencias tardaban un tiempo en resolverse. El amo se enfurruñaba con su silencioso compañero, y se mantenía en sus trece hasta que el perro llevaba a cabo alguna hazaña con una serpiente o con un dingo. Solo eso conseguía ablandarlo. Loo, consciente de ello, salió en busca de enemigos a los que vencer, y se dirigió al extremo de la cabaña que quedaba más cerca de las ovejas. El viejo echó dos rápidos vistazos y se dio cuenta de que el perro se había ido, pero no consiguió averiguar su paradero. De modo que tosió y aguardó. No obstante, esperaba demasiado del pobre Loo. Notó que empezaba a tener calambres en las piernas, aunque no pensaba dar su brazo a torcer. De modo que fue todo un regalo del cielo el que de repente entraran en la cabaña una oveja muy poco expresiva y un cordero que, por el contrario, se mostraba increíblemente expresivo.

El vergonzoso pasado de esa oveja no tenía secretos para el viejo. Y, dadas las circunstancias («su insolencia, su maldita insolencia»), no podía ni quería tolerar semejante intromisión en su intimidad. Cómo se atrevía a entrar en su cabaña, sin mostrar ningún respeto hacia él, cargando con su vacía y ciega ubre y con su bastardo, que caminaba detrás de ella más vacío aún.

—¡Aquí no hay nada para ti! ¡Largo! —Saltó del catre y le enseñó los puños a la silenciosa madre que, en cualquier caso, no parecía avergonzada—. ¡Warder! —gritó—. ¡Warder, sácalos de aquí!

Warder obedeció y, cuando regresó, su amo le explicó que lo que más lo torturaba en el mundo, «continuamente y sin remedio», era «esa vieja y maldita oveja». Constituía la única amargura que tenía en la vida, una amargura que lo perseguiría para siempre.

—No es normal, esa vieja oveja.

Había algo en la Biblia, le dijo a War, sobre esas ovejas de ubres estériles.

—Y es como si ella lo supiera.

Porque ese era el tercer cordero al que él había tenido que alimentar a

mano. Pero ya no lo haría. Vaya que no. A este no le daría ni un bocado más. Había tomado una decisión, y la había tomado en ese instante, después de haber estado dándole vueltas al asunto todo el santo día.

—No hay más que mirarme —dijo mientras le enseñaba al perro los dedos mordidos por el cordero—. ¡Es como querer sacar sangre de una piedra!

Se movió por el interior de la cabaña arrastrando los pies. Cubrió con mucho cuidado su sombrero hecho con hojas de árbol col y la insignia que le había regalado la mujer a la que tanto despreciaba. Entonces se impuso por fin lo mejor de su carácter.

—¡Ven! Anda. —Había en su voz un tonillo que denotaba que para él aquello suponía una clara victoria moral. Retiró la tela y colocó la insignia en el lugar apropiado del sombrero, con el lado correcto hacia arriba—. ¿Te parece bien así? —preguntó.

Después de haber entregado las armas, el viejo se sentía inmensamente conmovido, y el perro se dejó contagiar por su emoción, de modo que no paraba de moverse, inquieto. El mejor consejo que el anciano le pudo dar a War fue que se tumbase y se echase un sueñecito, y el viejo, aún intranquilo, salió a dar un par de vueltas en torno al corral de las ovejas, deteniéndose en cada uno de esos dos recorridos para asegurar las vallas con un martillo sin importarle el estruendo que estuviera causando al hacerlo, y, al tiempo, avisando a War para que no se preocupara, «que ahora están bien seguras. Tan firmes como una roca».

No hubo un solo instante en que la oveja y el cordero no fueran detrás de él y lo acompañaran en el desempeño de estas labores. El cordero, como hacen los corderos, metiéndose entre sus piernas. Y, con respecto a la oveja, él no tenía nada más que decir, pero, a juzgar por la expresión de sus ojos, ella todavía mantenía la esperanza de que cambiara de actitud. Los dos animales entraron con él en la cabaña. ¿Tenían que tratarlos como se trata a los intrusos?, le preguntó el perro. El anciano tosió y fingió no oír su pregunta. Se dirigió a la puerta, miró hacia fuera y dijo que la niebla había desaparecido. Pero el perro volvió a preguntarle lo mismo.

—Creo, War, que por aquí ha sobrado algo para que este pobre y palurdo mamoncete pueda comer un poco —dijo, sacando suavemente al cordero de entre sus piernas—. No tiene más que sorber. Solo esta vez y ninguna más.

Eso tenlo por seguro. Y luego os largáis —le dijo a la oveja.

Se llevó al cordero al exterior. En ningún caso iba a darle de mamar con los dedos esa noche, delante de Waterloo.

Cogió el hacha que tenía en el cabecero del catre, cortó en dos un tronco de acacia y metió una mitad en la cabaña. Esa pieza haría las veces de leño trasero en la lumbre. Serviría de apoyo para las ramas que el anciano iba a poner sobre él. Pero primero se encargó de atizar las brasas que seguían encendidas. También hizo un montoncito con las cenizas para cocinar el pan entre ellas.

Llenó la lámpara de aceite, recortó la mecha y sacó hilo, aguja y cera de abeja de unos saquitos planos que colgaban de la pared. Colgó una tela blanca como fondo para que le ayudara a distinguir el ojo de la aguja, y la sostuvo a una distancia adecuada para poder enhebrarla. Pero a pesar de alejarla y acercarla y volver a alejarla aún más, lo cierto era que el hilo seguía en una mano y la aguja en la otra. Aguja, hilo, luz... Todo estaba mal, le dijo a War.

—En lo que a mí respecta, menos mal que sigo viendo tan bien como siempre, ¿eh, War? Doy gracias a Dios por ello. ¿Tú has notado algún cambio en mí?

War dijo que no había notado ningún cambio en él.

—¿Lo ves? ¡Y tú tampoco has cambiado nada, War! —le contestó en agradecimiento al perro, que ya era viejo y tenía el pelo encanecido. No obstante, se quedó con la impresión de que War estaba un tanto decepcionado por su incapacidad de enhebrar la aguja, de modo que le prometió que se levantaría temprano a la mañana siguiente y que cosería la insignia a la luz del día—. Da lo mismo, War. Y dime, ¿te gustaría ver lo nuestro después de la cena?

No podía haber mejores palabras para exponer la camaradería de esos dos. El anciano desató un par de bolsas de la viga central, y sacó unos pedazos de cordero hervido de una de ellas. En la otra estaba el currusco de un pan.

—Ahí no hay moscardones, ¿eh? —El perro miró la carne sin objetar nada. La única objeción llegó cuando advirtió que en realidad sí había dos moscardones claramente molestos por la intromisión.

—¡Y sin huesos! —El viejo se había ocupado de quitarlos con mucho

cuidado—. ¡Vamos! Dale ahí. —Como siempre, War creyó a pie juntillas lo que le decía su amo. Atrapó y se tragó al instante los trozos que le había echado.

Al final, el viejo le preguntó «¿Qué? ¿Había alguno?», refiriéndose a los huesos.

Y los agradecidos ojos de War brillaron: «Ni uno».

—¡No volverá a pasar nunca más! —Se refería a un problema que War había tenido con un hueso hacía tiempo.

Había llegado el momento de que él mismo se pusiera con su propia cena. Empezó a masticar, pero lo dejó en varias ocasiones. Finalmente se levantó como si hubiera terminado.

—¡Que me aspen si me he olvidado alguna vez de poner a hervir el cazo! ¡Es rarísimo! ¿Cómo he podido olvidarme de algo así! —Se quedó inmóvil un instante, llenó el cazo, y, comportándose de manera extraña, como si dudara, se dirigió al fuego con el cazo en la mano, para luego alejarse de él. War terminó por pensar que no tenía ningún sentido llevarse el cazo y ponerlo tan lejos de la llama si lo que quería era que hirviera.

—¿Sabes qué, War? Mientras hierve, vamos a contarlas. Eso me abrirá el apetito, ¿eh, War?

War pensó que «contarlas» era la palabra mágica. Cerraron la puerta juntos, extendieron una piel de canguro en el suelo y pusieron la lámpara de aceite en el lugar preciso para que iluminara lo que ellos querían ver perfectamente bien. El hombre se sentó, al igual que War, se quitó el cinturón, lo giró con cuidado, casi con ternura, y abrió su navaja para cortar las costuras. El proceso era lento porque el hilo con el que el viejo cosía el cinturón estaba encerado y, además, su manera de coserlo consistía en cruzar una puntada sobre la anterior. Por fin oyeron cómo caían las monedas con su característico tintineo. El anciano las contó una a una mientras le daba la vuelta al cinturón para asegurarse de que salían todas, y el perro hizo el recuento con una pata.

—¿No hay más?

Claro que sí, dijo War.

El viejo le dio un nuevo tirón, no demasiado fuerte, a la correa, y logró que cayeran más monedas sobre aquel fascinante montón.

—¿Todas?

Todavía no, indicó el perro con la pata levantada.

El viejo se rio entre dientes.

—Estas viejas manos las sacarían todas si pudieran rascar el cuero.

El perro estuvo de acuerdo.

Tras una serie de pequeñas rotaciones salieron más monedas y, después de agitar el cinturón con fuerza, aún más.

El viejo le preguntó a War con cierta ceremonia:

—¿Ya? ¿Han caído todas?

Y con cierta ceremonia respondieron los solemnes ojos del perro, así como su pata, que, al dejarse caer, anunció que sí, que «todas». A continuación, celebraron el recuento, siempre intachable, y pusieron en escena el consiguiente espectáculo adicional en el que fingían «haber olvidado cuántas monedas había antes» o albergar dudas acerca de cuál era la auténtica cifra final. Unas dudas que se disipaban solo con un nuevo recuento. El hombre se había concentrado tanto la primera vez que se había olvidado de su ayudante. Además, se sentía tan aliviado de que hubieran vuelto a ser amigos que casi se había librado de su temor a lo que pudiera venir desde fuera.

Pero el perro había oído un ruido y se había acercado a la puerta para quedarse allí un rato. Quería asegurarse de que todo estaba en orden. A esas alturas, el hombre echó en falta los ojos de su compañero y, en el momento en que se dio cuenta de que su amigo estaba muy inquieto, se tumbó boca abajo sobre su tesoro con la idea de protegerlo. Recogió las monedas a toda prisa, echando a perder todo el placer y la emoción de un recuento final, mientras el perro seguía vigilando.

Sin hablar, valiéndose solo de gestos, le hizo todo tipo de preguntas a su centinela y, dependiendo de cómo fueran las miradas del perro, así interpretaba él las respuestas. Minutos después, Warder, más calmado, comenzó a moverse de un lado a otro, sin rumbo, y el anciano se atrevió entonces a burlarse de sus temores, fingiendo estar más tranquilo de lo que estaba en realidad. Quiso librarse de su propio miedo intentando que desapareciera el miedo del perro, y le dijo que seguramente habría un par de dingos en el corral de las ovejas o un varano en el tejado.

—O una zarigüeya —afirmó, haciendo como que hasta seguía oyendo al animal en ese instante, reconociendo sus pasos.

En cualquier caso, esa noche no iba a ponerse el cinturón. Era un hombre de vida solitaria y sabía que solo había un lugar en que esconderlo.

Empezó a moverse por la cabaña como si tuviera muchas cosas que hacer aunque no estuviera haciendo nada. Intentaba parecer despreocupado y se puso a canturrear, pero cada dos por tres se quedaba en silencio, prestando atención a cualquier sonido procedente del exterior. Le asustaba pensar que el fino oído del perro pudiera perderse algo. No obstante, su compañero seguía alerta, con el cuerpo en tensión, evidenciando que se encontraba de servicio.

—¡Sé quién crees que era, Warder! —Se habían sentado juntos, el uno al lado del otro, y, sin embargo, el viejo hablaba muy alto—. El tullido, ¿a que sí? —Había acertado—. ¡Y creíste también haberlo visto por aquí la pasada noche! —Acertó de nuevo—. Y crees que fue él quien estuvo merodeando ayer por el corral, rompiendo el cercado, cuando fuimos a recoger a las ovejas. Y que tuvo que ser él quien le dio al hacha. —El comportamiento del perro mostraba bien a las claras que no había cambiado de opinión. El corazón del viejo latía con fuerza—. ¡No temas, Warder! ¡El tullido se ha largado y ya está muy lejos, Warder! —Pero el perro mantenía las orejas en alto, vigilando el doble de lo habitual y poniendo de manifiesto que no estaba muy convencido de lo que le decía el anciano—. Además, el tullido nunca lo haría. No haría daño ni a una mosca —continuó—. ¡Pobre viejo tullido! ¡No fue él quien cogió el hacha, Warder!

El perro parecía estar esperando que su amo le dijera que había otro ladrón por los alrededores y que era ese otro ladrón quien se estaba metiendo en su aislada casa sin que ellos lo vieran. Pero su amo no sabía de qué otro ladrón hablarle. Así que ambos guardaron silencio y luego el hombre se puso a apilar leña en el fuego, diciendo que se iba a quedar ahí sentado toda la noche. Le pidió al perro que lo acompañara hasta la mesa para echar más aceite en la lámpara y recortar la mecha.

Esas sombras convulsas que se deslizaban por la pared eran únicamente el resultado del chisporroteo de las llamaradas parpadeando en la oscuridad, le explicó el perro.

—También podrían ser los aborígenes que merodean por ahí —dijo el hombre—. ¡No andan lejos! Fueron ellos los que mataron al cordero en el arroyo.

Estaba hablando demasiado alto. Esperaba que no atraparan al «pobre y

viejo tullido que solo tenía una mano». Comentó lo mucho que lo sentía por el «pobre y viejo tullido, porque el tullido no le haría daño a nadie. Si ha venido a vernos es porque es un viejo amigo. Solo por eso. Ha recorrido todo tipo de caminos en busca de trabajo, y está sin un céntimo después de ventilarse la paga en ese tugurio sin licencia que queda a casi cien kilómetros de aquí».

—Le dije —continuó con la voz alterada— que no podía prestarle nada porque había mandado al banco el poco dinero que tenía —la palabra *dinero* la dijo en voz baja, casi en un susurro—. El jefe me había dicho que lo enviara, ¿verdad? Y así lo hice.

Enfáticamente, su compañero confirmó que ese era el caso, y el viejo dejó caer la cabeza entre sus temblorosas manos. Le dijo al perro que se había «mareado un poco».

Se quedó en silencio un momento y luego alzó bruscamente la voz, y proclamó que su jefe era mejor rastreador que Jimmy el Cincha o que cualquiera de los aborígenes. Se fijó en el palo en el que había ido haciendo las muescas y anunció de repente que sabía con certeza que el jefe y su esposa regresarían esa misma noche o a la mañana siguiente, temprano, y que lo mejor que podía hacer era ir y preparar pan para la ocasión. Así que se levantó y comenzó a mezclar el bicarbonato y la sal con la harina. Miró el agua turbia del cubo que había cerca de la pared y, después de verificar que no tenía el color que debía tener, cambió de opinión.

—Primero voy a hervir el agua, War, como hace ella, porque hoy, no sé por qué, me están dando mareos de vez en cuando. ¡Mira la neblina que hay esta noche! Así que mañana lloverá. Va a llover y ellos dos ahí fuera, en el carro sin capota.

Se sentó un momento, incluso antes de haberse sacudido las temblorosas manos para quitarse la harina.

—Vamos con un té, War, para calentar a las lombrices y levantar el ánimo, ¿eh?

El perro solo se movía para obedecerlo y seguirlo adonde fuera que lo llevaran sus cambios de planes.

Su amo miró el cazo y dijo: «No hierve». Y que, si se vigilaba un cazo, el agua nunca hervía. Descansó un rato en silencio con las harinosas manos cubriéndole la cara. Luego inclinó la cabeza, acercó la boca a la oreja del

perro y le susurró algo. Warder, antes de responderle, levantó las orejas y la cabeza. La mano del anciano descansaba sobre su cuello.

—En serio te lo digo, War, mientras hierve voy a intentarlo otra vez con la insignia, porque quiero dársela a él en cuanto llegue. ¡Supón que ya vienen, todos juntos! —Se sentó de nuevo, y parecía que las palabras le salían en un silbido—. ¿Crees que van a venir todos, Loo?

Loo no podía responder con total seguridad porque no sabía a quién se refería su amo con «todos».

La boca del anciano se contrajo. Se estremeció ante la vehemencia de la idea que acababa de tener.

—¿Y si fuera un niño? Podría ser, ¿verdad? ¡Seguro que sí! —Empezó a menear la cabeza sin pensárselo mucho, de una manera bastante atolondrada, y al echarse en el catre dejó que se le cayera el sombrero. No hizo ademán de ir a recogerlo para ponérselo de nuevo y sobre el brillo de la cabeza descubierta se reflejó el color del fuego. El perro no lo había visto sin sombrero hasta ese momento y no sabía que era calvo. Nunca estaba presente cuando, por las mañanas, el viejo se quitaba el gorro de dormir para ponerse el sombrero.

—War, no estás completamente seguro de que sea una niña, ¿verdad?

El perro bajó los ojos por discreción o por modestia, pero su amo no iba a soltar a la presa.

—¡Warder! —Warder lo miró—. De verdad te lo digo. Puedes ir en cualquier momento y ver si es un niño.

Se dio la vuelta para tumbarse de lado, de cara a la pared, y el perro colocó una de sus patas en la nudosa y temblona mano que se balanceaba desde el catre.

Cuando el viejo volvió a levantarse, no se puso el sombrero. Ni siquiera lo cogió. Podría decirse que esa noche, en general, había algo extraño en su comportamiento, y eso angustiaba a su compañero. Se incorporó unos segundos y echó la cabeza hacia atrás, como si deseara escuchar atentamente los sonidos que les llegaban desde el exterior. El silencio pareció tranquilizarlo y volvió a acostarse. Tenía la mirada perdida, clavada en el techo.

—He creído oír campanadas, las campanadas de una iglesia —le dijo al perro, que también estaba mirando hacia arriba, pero no al techo, sino a él—.

Y eso es imposible. Por aquí no hay ninguna campana de ninguna iglesia. No he vuelto a oírlas desde que me marché de mi antiguo hogar.

Movió la cabeza para poner el oído bueno en dirección al sonido que creía estar oyendo. Aunque en realidad el viejo ya no se encontraba allí. El recuerdo le había hecho abandonar a su perro y salir de la choza, y en ese instante estaba soñando con los días de un pasado remoto e impreciso.

Se levantó del catre y siguió la mirada del perro hacia la pequeña botella que había en el estante, empañada por el humo de la lumbre.

—¡No, no, War! —dijo—. ¡Eso es solo para los días en que uno se pone enfermo de verdad! ¡Para algo mucho más grave que lo que tengo yo hoy! — Con una respiración pesada y ronca, enumeró la lista de enfermedades para las que podría servir aquella botella. Entre ellas se encontraban la parálisis, la mordedura de serpiente, la hidropesía y la muerte súbita. Solo ante esas dolencias estaría justificado que se tomara lo poco que quedaba de aquel calmante.

Se había dejado la pipa en el cinturón que ya se había encargado de esconder, pero guardaba otra en uno de esos pequeños bolsillos. Fue a por ella e intentó encenderla. Dijo «No tira», y muy lenta y torpemente arrancó el borde de una hoja de árbol col que colgaba de una viga e intentó meterla por la boquilla. Pero no pudo encontrar la abertura. El perro lo miraba con toda la atención del mundo, y él le explicó que el agujero se había obstruido, pero que no importaba. Puso la pipa debajo del catre en el que estaba sentado. Primero echaría «un trago de té». Volvió a menear la cabeza mientras observaba el contenido del cazo. No. Hasta que el cazo rompiera a hervir iba a echarse una pequeña siesta. El perro debía estarse quieto hasta que el cazo hirviera.

De una manera bastante inconsciente, murmuró mientras miraba a su compañero:

—¡Qué raro! ¿Adónde habrá ido a parar el tomahawk? —Solo entonces echó de menos el hacha—. ¡Dios mío, Warder! —exclamó—. Me he dejado el hacha fuera. Lo olvidé por completo.

Semejante descubrimiento alarmó al perro, y sugirió que deberían salir a buscarlo y meterlo en la cabaña.

—¡No! ¡No! —dijo él, y en su rostro aún manchado de harina se dibujó una expresión horrible.

No se movió. Toda su energía pareció desaparecer durante un instante, y luego se dejó caer en el catre con el cuerpo rígido. Al poco volvió a levantarse y, tambaleante, se frotó los ojos. Entre respiraciones entrecortadas, se quejó de la mala luz que había en el interior de la cabaña y de que la neblina había vuelto. El perro vio la cara de su amo incluso bajo esa luz tan borrosa, y solo pudo hacer una cosa: ladrar con un sonido grave y terriblemente humano.

El anciano hizo un gesto para que se callara. «¡Ah!» Separó los labios y dejó que la mandíbula inferior le colgara unos segundos. Pero solo unos segundos, porque una acerada desolación se apoderó pronto de él. Se agarró a la mesa y le hizo señas al perro, con un dedo torcido, para que se acercara. «¿Es el tullido?» Se lo preguntó con todo el cuidado del mundo, con la máxima cautela, haciéndole ver que se refería al exterior, que si el tullido estaba ahí fuera, y con idéntica cautela le respondió el perro. Luego buscó a tientas el catre, y se tumbó con los ojos fijos en el cazo y con la boca abierta.

Al cabo de un rato juntó las palmas de las manos. «Que nuestros corazones acaten esta ley»,³ susurró. Y los ojos se le fueron al escondrijo. Luego regresaron al perro.

Enseguida les llegó un sonido siniestro procedente del exterior. El perro, siempre vigilante, se puso inmediatamente en guardia, pero el hombre siguió tendido en el catre, como si no se diera cuenta de nada, con aspecto despreocupado.

Warder gruñó de forma salvaje mientras iba de un lado a otro por la parte trasera de la cabaña. A pesar de la penumbra que lo dominaba todo, sus ojos centelleaban con tanta intensidad que el brillo se filtraba amenazador a través de las grietas, logrando que la figura que se había agachado junto a la pared exterior se mantuviera a cierta distancia. Esa misma figura se apresuró a agarrar el hacha que habían dejado cerca de los troncos de las acacias, y luego tropezó con el recipiente con el que alimentaban al cordero. No pudo verlo porque lo ocultaban las sombras que proyectaba la propia cabaña. Al ver cómo se reflejaba la luz de la luna en la hoja del hacha, el intruso recordó la intensidad con que le habían advertido los ojos del perro. Se aferró al arma que había agarrado con rapidez y presteza, pero incluso así le pareció que las fuerzas eran muy desiguales.

Su plan consistía en librarse del perro. Lo que haría en primer lugar sería

abrir a las ovejas para dejarlas salir, y así el perro tendría que ocuparse de ellas y de los dingos que, acechantes, se acercarían desde el arroyo para perseguir a los corderos. Se agachó silenciosamente para engañar de nuevo al anciano y a su perro, y se arrastró en dirección al corral. Pero las vallas que lo cercaban daban a la cabaña, y se sentía intranquilo por el modo en que esos mil ojos reflejaban el brillo de la luna que seguía alzándose por el cielo. La noche parecía estar preñada de ojos.

Todas las sombras caían del lado incorrecto. La luna se hallaba frente a él, y el rostro de hombre que cada noche aparece dibujado en su cara visible observaba tranquilamente sus movimientos. Ya habría amanecido antes de que se pusiera. Retrocedió desde el patio hacia la exigua pantalla de acacias, donde pudo comprobar que también ellas se habían transformado con el paso de las horas. De debajo de su abrigo sobresalía el mango del hacha. El cerebro empezó a indicarle al cuerpo cómo tenía que prepararse y qué era lo que tenía que hacer. Lo visualizó: abrazado al hacha, se arrastró hacia su objetivo y se enderezó para alcanzarlo. Luego descorrió un cerrojo imaginario sirviéndose del gancho de su brazo sin mano, y se inclinó para entrar. Con el arma preparada, se deslizó hasta el lugar en que se encontraba el catre. Levantó el hacha dos veces y dos veces descargó el golpe.

Visto desde fuera, parecía bastante fácil. El plan parecía perfecto, pero con solo imaginarlo ya había empezado a sudar y notaba que se le había secado la boca. Incluso si contaba con la ventaja de que el anciano estuviera dormido, aún tendría que vérselas con el perro. Así que debía arriesgarse y acercarse al patio para dejar salir a las ovejas. Cubrió la cuchilla del hacha, se dirigió al corral dando un rodeo y accedió a las vallas por el lado opuesto al de la cabaña. Las ovejas se alborotaron, se alejaron de donde estaba él y se amontonaron en un mismo sitio, dejándolo claramente a la vista de cualquiera, aunque se hubiera agachado. Ya había contado con que los animales iban a actuar así, pero no esperaba verse a sí mismo en esa situación, tan expuesto. Si lo descubrían los de la cabaña, no sería rival para el perro, aunque tuviera el hacha. De manera muy imprudente, impulsado por el miedo, corrió hacia el lugar desde el que podía vigilar la puerta, a pesar de saber que era muy fácil que así lo vieran. En ese momento no había nada más importante que evitar que el perro o el viejo lo pillaran por sorpresa.

La puerta seguía cerrada. Nadie llamaba a Warder desde el interior,

aunque él, allí plantado, fuera claramente visible. Mientras vigilaba, atento a lo que sucedía a su alrededor, vio cómo una oveja se dirigía a la choza en busca de refugio. Se agachó, aún alerta, y prestó toda la atención de la que era capaz. No pudo oír nada. Avanzó sigilosamente y abrió las vallas. Si de algo estaba seguro era de que en ese momento no podrían haber hecho más ruido. Sabía que las ovejas no saldrían mientras él siguiera allí. Así que se alejó sigilosamente. No obstante, aunque el carnero al que las demás ovejas siempre seguían se hubiera dado cuenta de que tenían el acceso libre y podían salir, tanto él como aquellas a las que dirigía eran criaturas de costumbres. No tenían hambre y no solían salir a alimentarse de noche, por lo que seguirían esperando hasta la mañana, aunque hombre y perro llegaran tarde.

Fue detrás de ellas por todo el patio, incluso pasaron más de una vez por delante de la puerta abierta. Empezó a sentirse furioso, con una rabia impotente, al darse cuenta de que esa extraordinaria claridad que parecía abrirse en el cielo podía significar que empezaba a amanecer. Le parecía que con cada minuto que pasaba veía mejor. Extendió la única mano que tenía, la miró, y se convenció de que así era.

Se enderezó, corrió entre los animales, atrapó a uno de ellos y lo lanzó al otro lado de la verja mientras el bicho no dejaba de patear. La oveja, en cuanto se vio fuera, volvió a entrar. Aunque en algo sí que lo ayudó, ya que, a pesar de todo, hizo que las demás salieran en tropel de forma inesperada. Así lo comprobó el vagabundo que, agachado y desconcertado, vio cómo se empujaban entre sí para huir lo más rápido posible, sin dejar de formar un grupo, pero sin querer ser la última oveja que tuviera que quedarse sola con el intruso que las había liberado.

Cuando se sacudió de encima a la primera, miró atentamente en dirección a la cabaña y pudo ver cómo corrían hacia ella una vieja oveja y un cordero; golpearon la puerta con la cabeza, pero esta no se abrió. Si allí dentro se había producido cualquier tipo de movimiento, el sonido que hubiera podido generarse quedó ahogado por el estruendo que producían todos esos animales que corrían a su lado.

Pocos segundos después todas las ovejas se habían dispuesto en torno a la cabaña. La luna brillaba justo encima de ella, y los animales iban hacia la luz. Él fue arrastrándose detrás de ellas, aguzando al máximo el oído para intentar captar cualquier rumor. Subía y bajaba la cabeza entre el grupo de animales

para seguir mirando la puerta, que se mantenía cerrada.

En el interior de la choza, el tronco del fondo se había partido en varios pedazos hacía un buen rato. Al hacerlo, había producido una pequeña explosión que dispersó las brasas, dejándolas a la distancia precisa para que el cazo empezara a hervir. Gracias a la luz resultante se podían apreciar con claridad los ojos abiertos del viejo, clavados en el cazo. El perro lo miraba fijamente. Luego apoyó la cabeza entre las patas y, sin dejar de observar la cara de su amo, empezó a golpear el suelo con la cola. Gimió mansamente y de inmediato regresó a su puesto de vigilancia junto a la puerta. Parpadeaba con una dureza pétrea y no dejaba de enseñar los colmillos. Como consecuencia de la furia que sentía se le había erizado el pelo del lomo. Ante la insistencia de la oveja y el cordero que seguían llamando a la puerta, decidió que iba a ayudarlos. De modo que, cuando la oveja se acercó a la cabaña, corrió hacia el catre, alzó la cabeza hasta situarla a la altura de la de su amo y ladró suavemente. Esperó. Y esperó. A pesar de la ansiosa luz que se reflejaba en su rostro, tan lleno de inteligencia, su amo y compañero no se movió ni le preguntó nada acerca de los motivos que habían llevado a las ovejas a acercarse a la cabaña y rodearla. ¿Por qué no se levantaba e iba con él a cerrarlas de nuevo? ¿Por qué no le preguntaba con su habitual aire de superioridad que dónde estaban el cuervo y sus graznidos si era de día, o que dónde estaba el furtivo dingo si es que era de noche, animales ambos que no eran rival para ellos? ¿No iba a exigirle a su fiel compañero de cuatro patas su acostumbrada respuesta directa? ¿No iban a discutir sobre quién había sido el primero en escuchar los ruidos? ¿No iban a pactar ningún empate final?

Tanto silencio terminó por desconcertar al hombre que seguía merodeando por el exterior. Se agachó, sin dejar de vigilar tanto la puerta como el cerrojo. Las ovejas rodeaban la cabaña, y el hombre y el perro de dentro debían de estar oyéndolas. ¿Cómo era posible que aquella noche en que acampó con ellos captaran los movimientos del dingo antes de que se acercara siquiera a cualquiera de los corderos? ¿Si hubiera sabido entonces lo que sabía ahora! Agarró el hacha con más fuerza. Nadie lo había visto llegar y nadie debía verlo marchar. ¿Por qué no se despertaba ese viejo? Era imposible no hacerse esa pregunta justo en aquel momento, mientras se aproximaba a la cabaña oyendo cómo gimoteaba el perro. A medida que se acercaba, comprendió que lo que estaba haciendo el animal era llamar a su

amo.

Se tendió en el suelo e intentó descifrar lo que sucedía. Las ovejas habían vuelto a dispersarse, siempre inquietas y sin ningún control, y se movían tanto por los alrededores de la cabaña como por los del cercado. Los dos de dentro debían de saber lo que estaba pasando fuera. Seguro que lo estaban esperando. Seguro que estaban organizándolo todo, preparándose para recibirlo, y por eso permitían que los dingos atacaran a las ovejas. Solo por eso. Esa era la única razón por la que aún no se habían enfrentado abiertamente a él.

Aun así, habría sacrificado la mitad de la codiciada riqueza por saber con total certeza el auténtico significado de todo aquel silencio. Estaba a punto de amanecer. Ya era casi de día. Extendió los dedos de su única mano y pudo ver el color de la sangre en las venas. Debía actuar rápidamente o tendría que volver a esconderse otro día más. Y el hombre ausente podía regresar. Para darse ánimos a sí mismo, trató de imaginarse por fin con ese brillante montón de monedas en su poder. Las monedas que los había visto contar en la estera. Sin embargo, su afán se había ido enfriando y ahora se sentía bastante abatido, y notó por primera vez el peso del hacha que llevaba encima. Sería estupendo que la puerta se abriera, que el anciano saliera de allí y que le ordenara al perro que fuese a recoger a las ovejas. Se estaba haciendo de día, y pronto resultaría imposible refugiarse y mantenerse oculto entre las sombras.

Se arrastró hacia la cabaña, y esta vez lo que notó fue el filo del hacha. A su paso, las ovejas se dividieron en dos grupos, a derecha e izquierda. En cualquier caso, ya no tenía sentido seguir arrastrándose porque los ladridos del perro evidenciaban que lo había visto. Se levantó y se irguió. Con el cuerpo casi rígido, echó a andar con total determinación.

Fue hacia la puerta mecánicamente. Conocía los recursos defensivos de la cabaña. Él tenía el hacha, y después de robar el tomahawk lo había clavado en una de las divisiones del tronco de una acacia. Lo cierto era que no iba a necesitar las dos armas. El viejo contaba con la única defensa de ese inútil cuchillo de carnicero. Abrió mucho los ojos y advirtió, sin necesidad de palparla, lo rígida que tenía la barba.

Respiró profundamente sin moverse. Ahora no captaba ni un solo sonido. Ni producido por el hombre ni producido por el perro. En su mente, se los

imaginó esperando a que arremetiera contra la puerta. Era algo que daba por seguro, de modo que ni se lo cuestionó. Aquello era lo que había. Fue hacia el postigo, deslizó el borde del hacha a lo largo de las bisagras ocultas, le dio un empujón a la estructura para que se abriera hacia dentro y luego retrocedió unos pasos.

Inmediatamente apareció la cabeza del perro. No gruñó ni ladró, pero le dio a entender que, en esa contienda, a pesar del hacha, el que tuviera una única mano suponía una importante desventaja. Y se lo dijo con los ojos, que despedían un fulgor acerado, y con el ardor de su respiración entrecortada, sibilante al proyectarse entre los colmillos que había dejado al descubierto.

Con el primer golpe, los sentidos del tullido se activaron. La lámpara de aceite se había apagado y en el interior no había ni rastro de la luz del día. Percibió la intensidad de semejante oscuridad mientras lanzaba un golpe tras otro hacia el perro, sin dejar de buscar a su víctima. ¡Qué extraño que el viejo no presentara pelea! ¿Dónde se había escondido? ¿Era posible que, olfateando el peligro, se hubiera largado? Recordó la advertencia que le había lanzado el perro a su amo cuando este contaba su botín. El recuerdo de ese tintineante montón oculto en el cinturón predominaba sobre cualquier otra consideración, y hacía que la codicia lo dominara. ¿Habría escapado el viejo? Iba a registrar la cabaña y lo buscaría en cada rincón hasta dar con él. ¿Qué eran los dientes de cincuenta perros? De cerca, en un espacio reducido, acabaría con ese animal de un solo golpe.

Ahora respiraba pesadamente, con profundos jadeos. El afilado borde del hacha había cercenado las bisagras y él arremetió contra la puerta, la derribó y a continuación se detuvo balanceando el arma, preparado para lo que le pudiera venir encima. La puerta no se había vencido del todo, ya que la sostenía aún el cerrojo, que seguía echado. Pero aquello no era ningún obstáculo. Aquello habría podido detener solo a un niño. Con la cabeza del hacha le asestó un golpe al cerrojo y lo rompió a la primera. La hoja cayó al instante sobre la parte superior del catre, aunque el extremo final bloqueaba la entrada parcialmente. Con un empujón lateral, el intruso movió la puerta e hizo que quedara encima del catre todo lo larga que era.

El perro estaba terriblemente angustiado. El vagabundo, que aún seguía en el exterior, pensó que se debía a que había derribado la puerta. Se encontraron cara a cara. Los ojos del perro, dispuestos a la batalla, se

reflejaron en los del hombre, dispuestos a matar. Blandió el hacha trazando un círculo a su alrededor, estiró el cuello y, valiéndose de la luz tenue del fuego, registró la cabaña. No vio a nadie más que al perro. A menos que su amo estuviera debajo de la cama, había escapado. Y fue entonces cuando toda la trama se le vino encima de repente. El astuto y avaro viejo había comprendido que el perro lo delataría en su huida porque iría detrás de él, de modo que lo había dejado encerrado allí dentro. Si eso era verdad, el vagabundo había desperdiciado todo ese tiempo apuntando en la dirección incorrecta. En ese momento habría podido matar al anciano a golpes, sin piedad. De día o de noche, iba a acabar con él.

Se dirigió de nuevo al corral de las ovejas, lo rodeó y rastreó el matorral que crecía alrededor. Pensó que podría haberse escondido allí, así que golpeó las plantas con los pies y pasó el hacha por las zonas más frondosas. Pero allí no estaba, y tampoco lo encontró en el grupo de acacias donde él había concebido su sangrienta trama. El perro seguía en la entrada de la cabaña. Lo vio cuando atravesó, de camino al arroyo, el espacio en el que se habían reunido las ovejas. También iba a buscar por allí. Para ganarse la confianza y la cooperación del perro, estuvo incluso tentado de recogerlas él mismo y evitarle así ese trabajo.

Las miró mientras seguía avanzando. Las ondulantes escamas de luz blanca que emitía la luna cayeron sobre los lomos esquilados de los animales, mostrando una reciente marca de alquitrán que grababa el número 8. Aquello le trajo a la memoria la forma de los grilletes que hacía tiempo lo habían unido por los tobillos a los otros convictos, en cuadrillas, todos encadenados. Señor, ¡qué revelador debió de ser para él ver eso!

Extendió la mano nuevamente. No había habido ningún cambio perceptible en la luz. Todavía contaba con unas horas antes de que amaneciera. Se hizo a la idea y planificó sus próximos pasos en función de esa nueva información.

El arroyo dividía la llanura en dos, con unos márgenes marcados por las manchas de los arbustos que iban definiendo su extensión, y él lo recorrió con la mirada. No parecía muy factible que nadie pudiera ir a esconderse entre aquellos árboles, y sería inútil intentar buscar en todos ellos. Además, de repente cayó en la cuenta de que el viejo podría estar arrastrándose entre las ovejas sin el menor problema, ya que los animales estaban acostumbrados

a él y a su compañía. Corrió de nuevo hacia el rebaño y comenzó a guiarlo, conduciéndolo rápidamente hasta el patio. Antes de que entraran, ya sabía que se había equivocado. Nuevamente se volvió y echó un vistazo al arroyo, pero no quiso ir a examinarlo de arriba abajo. Estaba a casi un kilómetro de la cabaña y era imposible que el anciano hubiera podido llegar hasta allí o hasta la gran casa que se alzaba a una distancia aún mayor. Por otro lado, ¿por qué iba a quedarse el perro en la puerta si no era porque se mantenía de guardia? Echó a correr de regreso a la cabaña.

El perro seguía en el mismo sitio, sin dar la menor muestra de haberse apaciguado un poco después de que él recogiera y cerrara a las ovejas. El vagabundo maldijo a la bestia amenazante, se enfrentó a ella y buscó un pedrusco para lanzárselo, pero no había piedras por ningún lado. ¡Una rama lo salvaría! Cerca de donde se encontraba había siete u ocho troncos de acacia que servirían de leña, pero eran demasiado gruesos para poder cogerlos y lanzárselos al perro. Lo único con lo que podía contar era con aquel grupo de acacias y con las pocas casuarinas raquílicas que bordeaban el lejano arroyo. E ir a buscar algo útil hasta allí implicaría correr un gran riesgo y perder un tiempo valiosísimo. Pero, por Dios, ¡si lo tenía ahí mismo! ¡Los postes que sujetaban el tejado! Corrió hacia la parte posterior de la cabaña, hizo un corte en la corteza para abrir un orificio y, poniendo un pie encima, clavó el hacha en uno de los anhelados postes y lo sacó en un instante. Pudo oír cómo las hojas de col que colgaban de las vigas de dentro temblaban con la sacudida, pero no hubo ninguna otra protesta desde el interior.

A continuación, arrancó un trozo de corteza podrida y una parte del tejado se vino abajo. Fue a caer dentro de la cabaña, justo encima de la puerta derribada, lo que produjo un ruido similar al del primer montón de tierra que se echa sobre un ataúd. Aquello indignó al perro con especial intensidad. El vagabundo se arrodilló y examinó cuidadosamente el interior. Los brillantes ojos del perro se encontraron con los suyos. La puerta seguía tal y como había caído sobre el catre. El fuego no emitía ya ningún destello de luz y, sin embargo, podía ver con más claridad todo lo que había allí dentro. Por qué, no sabía decirlo. No supo identificar de dónde procedía aquella luminosidad hasta que, desde las acacias más cercanas, las cucaburras empezaron a chillar. Desde su puesto de constante vigilancia, el perro les lanzó una advertencia. De forma bastante incomprensible, el hombre advirtió cómo se le relajaban

de pronto todos los músculos del cuerpo. «¡Oh, por los clavos de Cristo!», exclamó mientras soltaba el palo. Se alzó de un salto y volvió la cabeza hacia el este. A continuación, se giró hacia la traicionera luna, que ya palidecía. Ahí estaba la luz del día. El sudor le producía picores en la piel, y ahora temblaba. Lentamente, recorrió con los ojos toda la llanura y comprobó que no había ningún ser humano a la vista. ¡Todo lo que quedaba al alcance de su mirada era una extensión de tierra dominada por unas ruidosas cucaburras y los ladridos del perro!

Y él iba a hacer que aquel perro se callase de una vez. Agarró de nuevo el palo y golpeó con él al animal. Había advertido que cuando parecía sentirse más tranquilo era cuando se encontraba cerca de la puerta caída, que seguía horizontal sobre el catre. Adivinó el motivo gracias a las señales que le enviaban sus sentidos, constantemente alertas. Podría haber desplazado fácilmente la puerta con el palo, pero si no lo hacía era por prevención y por temor a que, si el anciano estaba efectivamente allí debajo, tuviera que enfrentarse a dos enérgicos enemigos, en vez de a uno solo. Lo que tenía que hacer era mantenerse a solas con el perro en un espacio reducido y partirlo por la mitad o abrirle la cabeza con el hacha.

Arrancó otro pedazo de corteza y con ella se desplazó un listón, lo que le hizo perder el equilibrio. Tuvo que rodear una viga con su brazo ganchudo, y quedarse estirado, plano, empujando con los pies otro listón que quedaba justo encima del catre. Ahí era donde quería estar, porque era el único lugar que el perro no iba a abandonar. Allí lo tenía a buen recaudo. De modo que fue desde allí desde donde lanzó un buen golpe, bien dirigido, que acertó de pleno. A continuación, asentó los pies firmemente en el listón en que los seguía apoyando, y volvió a lanzar otro golpe con tanta fuerza que su base se partió en dos. Soltó el hacha, que fue a caer encima de la puerta. Con su mano sana se aferró a la viga más próxima, pero, por más que lo intentó, se vio incapaz de equilibrar el cuerpo, de forma que se quedó colgando sobre la puerta, y el perro aprovechó la situación. Saltó hacia él y lo arrastró hacia abajo. En medio de aquella agonía, en la que los mordiscos le llovían de todas partes, el intruso se precipitó sobre la puerta, que, de manera automática, se volcó y cayó al suelo.

Era ya de día y, a la luz de la mañana, la potencia de esos ojos abiertos, instalados en aquella cabeza calva y aún clavados en el cazo que seguía junto

a la chimenea muerta, resultaba mucho más intensa y violenta que cualquier cosa que pudiera hacer el perro. La mano buena del vagabundo tenía la fuerza de ambas. Y con ella levantó la puerta, con la que se protegió mientras retrocedía.

Pero aquello no le bastaba al perro. Desde la entrada de la cabaña, siguió vigilando al hombre que se larga-ba a toda prisa, y esperó a ver que no se acercaba de nuevo a las ovejas con alguna infame intención.

Había llegado la hora de comer. Aunque las vallas estuvieran bajadas, el perro seguía siendo su guía y su amo. Y esperaban sus órdenes, aunque el animal no pudiera moverse de la entrada de la cabaña. El perro, a su vez, esperaba recibir las órdenes de su propio amo y, mientras, ladraba a las ovejas desde su puesto. Así lo hizo hasta el mediodía.

A lo largo de la jornada, la oveja y el cordero entraron en distintas ocasiones en la cabaña. Contemplaron la figura tirada en el catre sin emitir ningún juicio al respecto, y luego se dirigieron hacia el fuego apagado. El agua del cazo se había enfriado, pero el perro no iba a permitirles que se acercaran a ella ni que la tocaran. Era para el té de su amo. Cuando su amo despertara.

Hubo asimismo otra incidencia. El perro dejó que los moscardones se aproximaran al pedazo de cordero que nadie se había encargado de volver a cubrir. Ese día podrían hacerlo sin restricciones. Pero nada más. Tendrían que contentarse con eso.

Al día siguiente volvieron la oveja y el cordero, que embestía contra todo lo que se le ponía por delante (menos las ubres de su madre). Aquellos objetos inanimados no iban a reaccionar por mucho que él los golpeará con la cabeza, y el cordero balaba ya sin fuerzas y sin energía. Aunque el primer día la oveja se había dirigido al catre y se había puesto a balar, ahora ya sabía qué era lo que había allí; las ovejas son lentas para aprender cualquier cosa nueva, pero lo cierto era que había comprendido la situación. El cordero siguió balando débilmente, moviéndose en torno al plato seco del exterior, olfateándolo sin encontrar nada en él. La oveja entonces se fue hacia el arroyo, y el cordero la siguió. Ya en la orilla, el cordero la miró, se volvió hacia la cabaña y, balando desconsolado, trotó unos pasos hacia atrás. La madre, ya en el agua, lo llamó, y el cordero la miró distraídamente y comenzó a descender hacia ella sin mucho interés. Entonces la oveja se inclinó y bebió

con moderación, pero de manera deliberada, dejando claro lo que estaba haciendo y cómo lo estaba haciendo. El cordero olfateó el agua y se quejó para evidenciar su insatisfacción. Desde donde estaban no podían ver la cabaña, pero aun así se giró en esa dirección. De nuevo, la oveja bebió tranquilamente. En esa ocasión, los labios del cordero tocaron el agua, pero no llegaron a beber. No obstante, cuando alzó la boca para balar, le cayeron unas gotas dentro. A toda prisa, la madre llevó la cabeza al agua y, aunque no bebió, el cordero sí lo hizo. Después siguieron camino arriba, hacia los lugares en que el arroyo estaba seco, y cruzaron en dirección a la hierba tierna de la charca. Por primera vez, se unieron al rebaño.

Esa misma tarde, un carro blanco avanzó inclinado por la llanura, atravesando la bruma del día que se espesaba con el transcurso de las horas. Iba zigzagueando, dando pequeñas sacudidas, y parecía orientarse mediante distintos puntos de referencia en lugar de seguir la propia pista, que no estaba muy bien definida. Rodeó el matorral, y la mujer, con su bebé, prestó toda la atención del mundo para vislumbrar su hogar, situado más allá del arroyo. Le dijo a su marido que no había humo en la cabaña del pastor, que quedaba más cerca de donde ellos se encontraban en ese momento. Y, a pesar de su propia inquietud, él trató de convencerla de que lo que sucedía era que la niebla lo cubría y por eso no lo veían.

Ya se había puesto el sol, pero las ovejas seguían sueltas. Nadie las atendía y corrían en grupos dispersos, dirigiéndose al arroyo o regresando desde allí. Ambos vieron el tejado derrumbado de la cabaña, y el hombre, deteniendo el caballo a cierta distancia, le entregó las riendas a la mujer y le dijo que esperara. Entró en la cabaña por la puerta destrozada, pero inmediatamente salió para asegurarse de que su mujer no se había movido del lugar en que la había dejado.

Lo que descubrió allí dentro, la imagen de aquel perro con las costillas rotas tras lo que parecía haber sido una lucha delirante contra el horror, y el reproche que vio en sus ojos salvajes, era un recuerdo que el hombre no estaba dispuesto a compartir con ella.

BILLY SKYWONKIE⁴

La vía no estaba cercada así que el tren se arrastraba lentamente por ella, con prudencia, por si se diera el caso de que alguna oveja aletargada por la sequía intentara masticar lo poco que crecía por allí. De vez en cuando se detenía sin previo aviso y alguien bajaba para apartar a algún animal apático y hambriento. En el coche más próximo a los vagones del ganado, un par de arrieros y unos desbrozadores de caminos jugaban al euchre⁵ y tarareaban a intervalos, de manera discontinua, la estridente música que les llegaba de una concertina que no sabrían localizar. Cuando el tren se detuvo de nuevo, uno de los jugadores sacó la cabeza por la ventanilla del vagón en que viajaba. Desde otro de los compartimentos, concretamente desde uno de los más próximos a la locomotora, un representante comercial estaba protestando y quejándose al vigilante por el paso de tortuga que llevaban y por todas aquellas paradas innecesarias.

—Tú con calma. ¡Con calma! —le gritó el arriero al vigilante—. Las costumbres son las costumbres. Todo lleva su tiempo y tú tienes que tomarte el que necesites. No vayas a herniarte porque ese te lo diga. ¿Qué es el mundo para un hombre que ha dejado viuda a su mujer? —Se echó a reír a carcajadas y a continuación agitó su sombrero en dirección al representante comercial, que seguía furioso—: Y tú ve a echarte una siestecita, que ya te despierto yo pasado mañana.

Estiró el cuello para ver cómo iban las cosas en el coche de ganado más cercano a él. Ya habían caído cuatro, les dijo a sus compañeros. Y ellos le respondieron, con una violencia blasfema, que lo más seguro era que perdieran a más de la mitad antes de llegar a la zona a la que se dirigían, donde crecía la hierba.

La pasajera que estaba escuchándolos, y que iba en el vagón situado entre

el de los arrieros y el del comercial, oyó unos minutos más tarde un golpe sordo procedente del coche en que viajaba el ganado, de modo que pudo agregar una nueva baja a la lista de los caídos. Ese mismo día, antes del amanecer, el tren se había detenido en un apeadero para cargar a los animales, y ella había observado con doloroso interés cómo subían a todas aquellas bestias amansadas por la sequía y las embutían en unos coches que no podían ir más llenos. El codicioso e infatigable sol se abrió paso rápidamente tras el amanecer gris, y ella se horrorizó al contemplar la desolación de aquellas áridas llanuras que se desplegaban ante sus ojos sin ningún cobijo. La oscuridad de la noche había ocultado el paisaje, pero ahora se abría ante ella bajo una luz que incluso en ese instante parecía ya envejecida y marchita. Comprendió lo que debían de estar sufriendo aquellos animales escuálidos. Aún no habían dado las doce de la mañana, y ella ya había vaciado dos veces la botella de agua que iba sacudiéndose en su soporte de metal.

El tren reemprendió su desfallecida marcha, y la viajera cerró los ojos ante la monotonía de aquellas llanuras sin vida. Poco después, sin embargo, la locomotora carraspeó para darle una estridente bienvenida a los dos tanques de hierro que aparecieron de repente en el camino. Situados a unos seis metros de altura, ardían como dos ojos infernales excavados en una cara que hubiera desaparecido.

El tren maniobró y puso los depósitos justo debajo de los tanques. Un pulgar ennegrecido apareció sobre el canal de llenado y la locomotora comenzó a emitir un siseo por entre sus dientes cerrados, como lo haría un gato salvaje al que hubieran atrapado y encerrado en una jaula. Sin dejar de tragar litros y litros de agua. A los animales les llegó aquel olor verde y viscoso, y los más sedientos comenzaron a patear el suelo débilmente, entrechocando los cuernos y bramando para que les hicieran caso, con una súplica que iba a quedar sin respuesta.

La viajera vio que un granjero de largas barbas se había detenido sobre las losas que formaban el minúsculo apeadero. Llevaba un látigo enrollado en el brazo como una serpiente, y ella le preguntó que cómo se llamaba el sitio en el que se habían detenido.

—Esto es el Never-Never.⁶ El último sitio que se le ocurrió hacer a Dios —respondió uno de los arrieros que se habían apiñado en las ventanas.

—En todo caso, es mejor que ese agujero del infierno del que venís vosotros —se defendió el granjero—. Ya veo que traéis todos el corazón roto y que estáis al borde del suicidio por haberlo sacado de allí —añadió burlonamente, señalando al ganado.

Dejándose guiar por su ira patriótica, el hombre se dirigió al vagón de vigilancia sin haber respondido a la pregunta de la viajera, a pesar de que ella seguía mirándolo llena de inquietud. En distintos momentos, a lo largo de las muchas paradas del tren, había escuchado una buena cantidad de chistes obscenos y, cuando el tren volvía a ponerse en marcha y seguía con su lento viaje, también tenía que oír fragmentos de las letras lascivas que cantaban en el vagón de los arrieros. Pero el lenguaje que utilizó aquel granjero para dirigirse al vigilante, mientras lo ayudaba a levantar la tonelada de alambre para vallas que llevaba en su silla nueva de montar, le hizo volver la cabeza y mirar hacia otro lado. Cerca del apeadero había un carretón de dos ruedas, y a continuación la viajera volvió a mirar para ver cómo ese hombre echaba allí su silla de montar, ya liberada de toda carga, y cómo se subía al carro y empezaba a alejarse. No había nadie más a la vista, y con un temor intranquilo le preguntó al representante comercial si acaso se encontraban en el apeadero de Goriabba. Él le dijo que aquello estaba a catorce kilómetros y medio de distancia.

La locomotora levantó el pulgar del canal de llenado. «Bien-bien-mejor ir sobre seguro. Bien-bien. Mejor-ir-sobre-seguro», resopló, como si de repente se hubiera dado cuenta de que llegaba varias horas tarde a su cita.

No vio a nadie en el siguiente apeadero. Solo había un calesín aparcado junto a una de las barras móviles que podían desplazarse para abrir la valla. Debía de ser para ella. Según lo acordado en Sídney, iban a recogerla allí, y luego recorrerían otros veinte kilómetros. Un arriero le preguntó mientras el tren volvía a ponerse en marcha dejándola allí, junto a su baúl:

—¿Viaja usted sola o es que va a alguna parte?

Y otro le lanzó un trozo de papel arrugado, vociferando sin ningún tipo de tono reconocible en la voz que aquello era «¡Una flor de la tumba de mi madre! ¡Un ángel!».

Ella fue hacia el calesín, pero, cuando se estaba acercando, el conductor se subió y emprendió la marcha. Ella corrió y lo llamó porque, si se iba de verdad, se quedaría sola en medio de ninguna parte, sin nada alrededor, y lo

único que oiría sería el ronco sonido de las ranas croando en el pantano cercano, y el estridente «le-sacaré-los-ojos» de los cuervos.

Sí, era de la hacienda de Gooriabba y había venido a buscar a una «pieza» joven procedente de Sídney, pero no había llegado.

Ella se sentía fatal, enferma de una afección biliosa derivada de un cerebro sobrealimentado y de un hígado insuficientemente alimentado. Su cara se sonrojó con una expresión confusa:

—¿Era un ama de llaves?

Con quien estaba hablando era el peón de la finca. Se había puesto sus mejores ropas de una forma tan horrible que resultaba evidente que no lo hacía con frecuencia. Las mangas del abrigo le quedaban demasiado largas y en la espalda se le formaba una arruga que marcaba aún más la manera en que dejaba caer los hombros, tan característica de esas regiones. Luego estaba ese asombroso trozo de camisa suelta entre el chaleco y los pantalones, que parecía propia de los jornaleros del monte. Y no podía obedecer a ningún empeño decorativo ese ostentoso pañuelo de seda que llevaba atado al cuello con un nudo de marinero.

El hombre se bajó del carro y ajustó las anteojeras del caballo. Luego se metió las manos en los bolsillos e intentó hundirlas en ellos todo lo posible, pero por cómo llevaba puestos los pantalones resultaba más que improbable que pudiera llegar a rozar con los dedos siquiera el fondo de la tela. El que se sostuvieran en su sitio sin caer al suelo era un misterio sujeto a alguna ley desconocida. Echó hacia delante la mandíbula inferior, alzó su pipa y dejó caer un poco del líquido del tabaco sobre uno de sus pies, que estaba trazando unos semicírculos en el suelo.

—Que me aspen si lo sé —dijo con un bufido—, pero lo que sí sé es que hay un sitio en el que se va a armar una buena.

Ella reparó en que los descoloridos dientes que quedaban tan ampliamente a la vista cada vez que el hombre sonreía con una mueca estaban muy desgastados en la parte del centro, y que se congregaban, tanto los de un lado como los del otro, en torno a la pipa, que se mantenía en la boca sujeta entre los dientes delanteros. Eran como la parte más erosionada de los peldaños de una escalera, y así se los representaba ella en su cabeza.

Dirigió la mirada hacia el horizonte, por donde el humo del tren ya oculto iba desapareciendo al fundirse con la claridad de un cielo despejado. Como él

permanecía en silencio, ella quiso dar a entender que estaba escuchando con atención el croar de las ranas y el amenazante graznido de los cuervos. Sabía que, por debajo del ala del sombrero que le cubría los ojos, aquel hombre estaba mirándola de reojo.

De repente él retiró las manos y dijo de nuevo:

—Que me aspen si lo sé. ¡Supongo que sí! ¿Ha traído equipaje? Suba entonces y sujete el caballo mientras yo me encargo de eso.

Fueron en completo silencio durante un kilómetro y medio o durante casi cien. Él seguía con la pipa en la boca, aunque no estuviera encendida. Y ella habló una sola vez.

—¡Parece que hay muchas ranas en ese lago!

Él se rio.

—¡Esa es la presa Nine Mile! —Y volvió a reírse poco después. Con una risa perspicaz y autocomplaciente—. Antes se llenaba de cercetas si la estación era buena. Pero solo Dios Todopoderoso sabe si va a volver a llover alguna vez. ¡Yo no tengo ni idea! —Aquella era una concesión importante, porque aquel hombre había sido un gran vaticinador del clima—. ¡Lago! ¿Lago? —Soltó una nueva risita y miró de reojo a su compañera—. Así es como aquel tipo se refería a la presa, el pintor de garabatos. Así la llamaba. Y, como quería pintarla, va y me dice que me da cinco chelines si le llevo a los caballos hasta allí y me encargo de ellos para que también estén en el cuadro y él pueda dibujarlos. Y entonces dibuja la presa y los árboles, y pone también el árbol seco y pone a los caballos en la orilla bien cerca del agua, en la parte donde están las ranas. Pone también a las ranas ¡y que me aspen si no va y dibuja a los caballos bebiendo junto a las ranas y a las ranas escupiendo en el agua! ¡Como si alguien fuera a creerse que los caballos iban a beberse un agua en el que han escupido unas malditas ranas! ¡Mucho saben sobre la vida en el campo! ¡Ni idea! ¡Esas malditas niñas!

Luego le preguntó que cómo se llamaba el sitio en el que guardaban los cuadros en Sídney, y ella le dijo que era la Art Gallery.

—Bueno, pues un día de estos voy a bajar a Sídney —continuó él— y voy a echarle el lazo a ese cuadro, porque es un buen retrato de los caballos. Se podría distinguir el pellejo de cada uno aunque estuvieran extendidos sobre un eucalipto. Y además ese mestizo miserable no me pagó los cinco chelines.

Durante kilómetros y kilómetros fue silbando una canción de la zona, dejándola escapar entre los dientes, sin llegar a separarlos. Después dejó de mirar al cielo y comentó:

—¡Ni rastro de lluvia! Esta temporada nos quedamos sin corderos. En cuanto nazcan, un buen golpe en la cabeza. ¡A todos! —Maldijo con un grito de odio a los cuervos, pendientes de las oscilantes filas de ovejas que se dirigían hacia el agua de una forma tan irregular que no llegaban a formar un rebaño compacto—. ¡Mírelos! —dijo—. ¡Comiéndoselas con los ojos! — Señaló hacia el lugar en que los cuervos se cernían sobre las ovejas empantanadas—. ¡Los muy miserables llevan la vida en los ojos! ¡Son los chinos del cielo! Así es como yo los llamo. ¡No hay quien los distinga! Son todos iguales.

Volvieron a quedarse en silencio. Únicamente lo quebró él cuando comentó de nuevo que podría escupir de una sola vez la poca lluvia que habían tenido por allí en los últimos nueve meses.

Después llevó la mirada hacia la izquierda. A lo lejos corría una vía lateral y la estudió con todo cuidado mientras se aproximaban a un acceso cerrado. Se puso de pie en el calesín y volvió a repasar con la mirada el camino entero.

—Le prometí a ese Napias que podría echarle a usted un primer vistazo antes de entrar —murmuró— si es que estaba aquí para abrir. ¡Pero no voy a pasarme todo el maldito día esperando!

Bajó de muy mala gana y fue a abrir la puerta, y, justo cuando acababa de sentarse de nuevo, escuchó un cuií⁷ que le llegaba por la derecha precedido de una bien definida columna de polvo. Empezó a resoplar visiblemente ofendido.

—Aquí está. Justo cuando acabo de hacerlo yo.

El Napias fue hacia ellos al trote. Los cascos de su caballo avanzaban sin producir ningún ruido sobre una tierra acolchada por el polvo, que amortiguaba cualquier sonido. El conductor se echó hacia atrás para no interponerse en el campo de visión del recién llegado, y, pasado un minuto, o tal vez dos, el Napias decidió que prefería acercarse un poco más. Así, hizo que el caballo se moviera hacia la izquierda, tras lo cual se dibujó en su cara asilvestrada una expresión nada sofisticada de maravillado asombro, que fue a chocar con la completa sofisticación que habitualmente daba forma al rostro

de la chica.

Ella no había visto en su vida a un ser tan grotescamente simiesco. La nariz de aquel pequeño horror peludo eliminó el paisaje que quedaba detrás y empequeñeció toda perspectiva cuando su dueño giró el cuello para mirarla a la cara. Ella experimentó un extraño deseo de extender la mano. Un instante después, cuando la sorpresa hubo disminuido un poco, su entereza evitó que cediera al salvaje impulso de cubrirse la cara con ambas manos, impidiendo así que aquel hombre siguiera mirándola.

Por fin, el conductor rompió el silencio al arrastrar una cerilla sobre su pierna para encenderse la pipa. La peluda criatura recolocó los dos huevos de emú que llevaba hábilmente colgados del cuello con la técnica que solo conocen los hombres del campo. Quería asegurarse de que no se rompieran.

—¿No piensas repartir? —preguntó el conductor, señalando a su acompañante como la posible destinataria.

—¿Y tú qué me das? ¿Por quién me tomas? —preguntó el Napias indignado, tirando de la tela anudada para que fuera más firme.

—Bueno, dámelos para Liza.

—¿Y los quieres ya o vas a esperar a que te los dé?

—¿Los incubas tú mismo? —se burló el conductor.

—Sí, y el primer huevo que ponga el gallo será para ti —se rio el Napias. Volvió la cabeza de su caballo hacia la puerta—. ¡Oye, Billy Skywonkie! Menudos precios los de Sally Ah Too, ¿eh? —preguntó con su boca de gorila bien abierta.

Billy Skywonkie descruzó las piernas y sacó el látigo. Ladeó la pipa y sacudió la cabeza como si quisiera poner de manifiesto que en parte podía llegar a entender los precios de Sally Ah Too. Estaba preparándose para marcharse y llevarse el calesín, pensando que lo acertado de su pregunta había hecho que se sacara la espinita de haber tenido que abrir la puerta él solo. Dio un tirón al caballo a modo de despedida.

—¿Vas a lavarte el cuello? —gritó el hombre de la nariz, desde la puerta.

—No, a no ser que no me entere.

El Napias recibió la observación con total incredulidad.

—¡Eres un sucio! —gritó.

En la jerga de los hombres del monte, esa expresión venía a decir que no

se creía nada.

Con aquello parecieron despedirse definitivamente, y los dos enfilaron su propio camino, cada uno en su propia dirección. Pero de repente el Napias se giró en redondo.

—¡Oye, Billy! —gritó.

Billy sujetó al caballo y se dio la vuelta a la espera de lo que el otro le fuera a soltar.

—¿Para cuándo la lluvia?

El rostro del conductor se ensombreció.

—Tu asquerosa envidia acabará contigo. Tú sigue rezando —gruñó, y se alejó rápidamente, después de haber azotado al caballo con el látigo.

Fue entonces cuando se lo presentó a su compañera:

—Mickey el Napias —dijo mientras se acariciaba la nariz.

Un gesto que parecía explicar el impulso que ella había sentido anteriormente, cuando quiso extender la mano y tocarlo. Si el Napias hubiera sido un caballo, ella le habría acariciado el hocico.

—Como ve, sería posible que unos cuantos cientos de rebaños de ovejas descansaran a su sombra —dijo.

Un espacio ilimitado de sombra en medio de aquella llanura sin árboles y machacada por el sol.

—También podría servir como reja de arado —continuó él—. ¡Y sería de lo más fácil arar un terreno entero con ella!

En la siguiente puerta pareció no saber qué hacer. Ni su mente ni su cuerpo reaccionaron a la primera. Había dos caminos; y lo que hizo fue continuar por uno de ellos durante unos trescientos metros. Luego, deteniéndose, se giró y, al darse cuenta de que no veía al Napias por ningún lado, se dirigió bruscamente hacia la otra vía. Pasaba continuamente el látigo por el lomo del caballo, empujado, al menos en apariencia, por la prisa, aunque lo cierto era que no llegaba a azotar a la bestia.

Después de haber avanzado unos cuantos kilómetros por el nuevo camino, ante ellos surgió una estructura imprecisa que brillaba deslumbrante en medio del resplandor de la llanura quemada por el sol. Como una estrella que hubiera caído del cielo. Se trataba del techo metálico de la taberna. Aquel era el lugar en el que se reunían los esquiladores y los jornaleros de toda la

zona los sábados por la noche y los domingos. Solo había un tugurio como aquel en treinta kilómetros a la redonda. Casi todas las bebidas alcohólicas las elaboraban en el propio local siguiendo las recetas tradicionales de la zona, en las que los ingredientes principales eran el basalto y el tabaco. Cada gota tenía fama de «quemarlo todo hasta el fondo».

Un árbol joven tachonado de herraduras rotas parecía conectar dos árboles ya secos e invadidos por los cuervos. Eran los únicos árboles que había por allí, y bajo su escasa sombra se reunía el pequeño grupo de abatidas aves de corral que parecían vivir con los picos permanentemente abiertos. Aunque las ruedas del calesín casi las rozaron, las aves no se movieron. No batieron las alas y se quedaron quietas, con la única excepción de sus temblorosos cuellos. A ambos lados de la taberna, extendidas por el suelo, había unas pieles de canguro, tensas y firmemente unidas entre sí. Y en la veranda yacía un perro indolente y apático que parecía ciego e incapaz de ladrar, completamente inmóvil salvo por la agitación involuntaria de los párpados, que se sacudían para defenderse del acoso constante de las moscas.

—Jerry no puede estar lejos —dijo Billy Skywonkie cuando vio al perro y lo reconoció. Se puso de pie en el carro—. ¡Santo Dios! Ahí lo tiene. Ya bien mamado, y eso que fue anoche cuando le dieron la paga.

En el lado de la taberna por el que se alzaba la chimenea había un hombre tumbado en el suelo, durmiendo junto a su rifle y su saco de dormir de una manera que no parecía muy cómoda. Por la mañana habría habido en esa parte un poco de sombra, y el hombre había estado lo suficientemente sobrio como para decidir que iba a ser allí donde se echaría un sueño con la cabeza recostada en el saco. Desde entonces había vaciado ya la botella que tenía a los pies. El saco había sido «inspeccionado» a fondo, al igual que su camiseta y los bolsillos de su pantalón. Los vapores del grog que se fabricaba en la taberna entontecían a las moscas, y lo que lo despertó no fue su ataque, sino el sol abrasador que ya dominaba todo el cielo. El hombre gimió y se buscó la cabeza con las manos. Le ardía.

Billy Skywonkie le explicó a su acompañante que se trataba de «ese idiota de Jerry, el cazador de canguros, fundiéndose la paga de las pieles». Sacó la bolsa de agua que llevaba debajo del asiento del calesín y derramó todo su contenido en la boca abierta de aquel hombre anestesiado, y también sobre su cara. Luego lo obligó a enderezarse hasta dejarlo sentado en el suelo.

Jerry luchó vigorosamente contra tanta amabilidad y, tambaleante, se puso de pie, cogió el rifle y apuntó, aún borracho, a su salvador, y a continuación a la aterrorizada mujer que seguía en el coche.

El peón de la finca se rio despreocupadamente.

—Piensa que somos un par de miserables canguros —le dijo a la chica—. ¡Eh! ¡Jerry! ¡Viejo zorro! ¡No le darías ni a un cobertizo de ovejas! ¡Te ha pegado el sol a base de bien!

Le quitó el rifle y le dio un empujón al ahora sumiso y hundido Jerry, que fue a dar contra una de las esquinas de la chimenea.

El peón ladeó su sombrero al estilo de la zona, dejándolo «colgando de un pelo», y entró en la taberna.

—¡Mag! —gritó, golpeando la barra, que era en realidad un tablón apoyado sobre dos barriles.

La mujer del calesín vio cómo salía de la parte de atrás una muchacha desaliñada con las manos pringosas, limpiándose la harina de la cara con un trapo de cocina. Suponía que estaban hablando de ella, y lo confirmó cuando la chica se acercó a la puerta y se dispuso a examinarla sin ningún disimulo, atentamente. Después de haberla estudiado de arriba abajo, sacudió la cabeza hasta que los largos pendientes de bronce que llevaba en las orejas comenzaron a balancearse como péndulos, y se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué? —preguntó el peón.

—¡Vaya que sí! ¡Tan cierto como que es de día! —respondió ella, regresando al lugar del que había salido, detrás de la barra.

Él se quitó el pañuelo de seda del cuello, y jugó con él un rato intentando meterle uno de los picos a ella en un ojo. Mag estaba acostumbrada a tan delicadas atenciones y era perfectamente capaz de defenderse. Con el trapo de cocina sucio a modo de látigo, logró arrancarle el sombrero de la cabeza, y echó a correr alrededor de la casa, dando vueltas y más vueltas con el sombrero en la mano y esquivando diestramente los palos en los que estaban extendidas las pieles. Él no pudo alcanzarla ni salirle al paso con sus ágiles regates, de modo que tuvo que rendirse, y finalmente recuperó su sombrero pagando como rescate todas las rondas que ella quiso.

Desde la parte posterior de la taberna, una anciana encorvada, casi a cuatro patas, se arrastró hacia el hombre que volvía a estar tirado en el suelo, cerca de la esquina en la que lo había dejado el peón. Se detuvo un instante,

con una oreja puesta en los gritos de la muchacha y el peón, que seguían con sus payasadas. Con movimientos de gata, se acercó sigilosamente hasta tener al alcance de la mano los bolsillos vacíos de Jerry. Volvió entonces su terrible rostro hacia la mujer del calesín y la miró casi como si esperara su comprensión. Alejándose bastante de la puerta principal, se acercó al carro y se situó al otro lado.

Con la fascinación que genera el horror, la mujer contempló a esa criatura cuya boca y cuyos ojos mancillaban la nobleza de su edad, marcada por un cabello gris que, ciertamente, llevaba muy sucio. Estaba pidiéndole algo, pero la mujer del carruaje no era capaz de entender qué quería por mucho que se lo repitiese, hasta que la vieja se señaló la boca desdentada, cuya misión parecía ser la de rellenar los cavernosos agujeros de su rostro con el pellejo que tanto arriba como abajo se le había ido cayendo con el paso de los años. Debajo de cada ojo le había crecido una bolsa de color azul, como las papadas de las aves, que se le marcaba en la cara con saña, y tenía los tendones del cuello tensos, como en un bajorrelieve. Seguía señalándose la boca y de vez en cuando se llevaba los hinchados dedos de las manos a las bolsas azules de los ojos, como si estuviera secándose unas lágrimas que no existían. Atrapada tras las sucesivas capas de piel seca, un muñón de lengua morada se esforzaba por hablar y decir algo coherente, pero solo cuando aquella criatura extendió una garra en dirección a la mujer llegó esta a entender qué era lo que quería, y empezó a buscar su bolso. La vieja le arrebató una moneda con ansia y se la metió en la boca, y, cuando el conductor, que ahora parecía muy feliz, se acercó seguido de Mag, ella agitó una garra ante la mujer que seguía en el calesín, como si estuviera amenazándola o lanzándole algún tipo de advertencia, y se dejó caer al suelo, aullando y quejándose como una desesperada, con las manos abiertas para limpiarse unos ojos completamente secos.

—Hola, Bidy. ¿Empinando el codo otra vez?

La botella que sobresalía del bolsillo del abrigo del hombre le permitiría a la vieja hablar con él, a pesar de la moneda que llevaba en la boca.

Él colocó la botella en el maletero del calesín y, dirigiéndose a Mag, dijo:

—¡Dale una buena dosis a esta pobre vaca vieja!

—Sí, en un cazo. ¡Como beba más se me muere! —dijo Mag—. ¡Acabo de pillarla con la espita metida en esa boca, tragando como una cerda!

El peón le preguntó a su acompañante si le gustaría beber algo. Ella pidió agua, y tan grande era su necesidad que, formando una barricada con los labios y los dientes apretados contra el montón de mosquitos aparentemente sin alas que proliferaban en la verde tibieza del agua, consiguió humedecerse la boca y la garganta.

—¡Eh! ¡Billy! —lo llamó Mag cuando ya se alejaban. Por su tono de voz parecía que se hubiera olvidado de un asunto importante, y él se volvió lleno de entusiasmo—. ¿Para cuándo la lluvia? —chilló ella, convulsionándose dichosa en su regodeo.

—¡Ve a arrastrarte a un tronco hueco!⁸ —gritó él, incapaz de controlarse.

—No, de verdad, Billy. —Billy volvió a girarse—. Dale recuerdos a esa mestiza tuya, tu Liza. ¡Esa te endereza!

No habían llegado muy lejos cuando él volvió a mirar a su alrededor.

—¡Santo Dios! —exclamó entusiasmado—. ¡Mira a Mag! ¡Está registrando a la vieja!

Mag se había puesto la cabeza de la anciana entre las rodillas, como una dentista, y parecía estar especialmente concentrada en la boca de su víctima, que no pudo resistir mucho tiempo. Su débil impotencia quedó patente cuando la chica que había actuado como cirujana la soltó por fin y alzó una mano triunfante en señal de victoria.

La mujer que viajaba en el calesín supo de inmediato qué era lo que tenía entre el índice y el pulgar. Y el otro lo adivinó.

—¡Por Dios! ¿A que sí? Esa ha sido buena, ¿eh? ¡A Mag no se la pegan! ¡Ni una sola vez! —dijo con admiración—. ¿Nos ve a mí y a ella juntos? —preguntó, mientras conducía.

Por su tono de voz parecía evidente que no era necesario responder, y su acompañante no lo hizo. Una vertiginosa irrealidad se había apoderado de ella, haciendo que todo pareciera más fácil y realizable, incluso su deseo de suplicarle que regresara al apeadero y la dejara allí, a la espera de otro tren que la devolviera a la civilización. Tenía la impresión de estar volviéndose loca. Había perdido el equilibrio mental, y los problemas más pequeños estaban distorsionados mientras que los más importantes se encogían y se marchitaban ante sus ojos.

Ahora el hombre se mostraba mucho más comunicativo, y seguramente había acuñado para la ocasión cada una de las groserías, maldiciones y

adjetivos que estaba usando con prodigalidad, sin la menor timidez. Todos ellos para una circunstancia concreta. Podridas parecían y estaban aquellas ovejas desgraciadas, miserables y muertas de hambre. Puñeteros los picos de los cuervos empachados de tanto comer. Y maldita toda la llanura por la que pasaban en ese momento.

Las enormes grietas del suelo se abrían como tumbas bostezando, y los dedos de esqueleto de las mustias acacias parecían apuntar directamente hacia ellos.

—¿Nos ve a mí y a Mag? —preguntó de nuevo—. Ya le digo que a ella no se la dan. No hay ni quien le guiñe un ojo. —Se rio por lo bajo como para hacerle un cumplido a la chica—. Estuvo ese maldito idiota de Jimmy Fernatty —continuó—. Ese miserable idiota. Nunca tuvo la más mínima oportunidad con Mag. ¡Y aun así se atrevía a pasarse por allí! Por este camino tiene que recorrer tres kilómetros más, y que me aspen si ese jodido idiota no venía por aquí una y otra vez, en lugar de seguir el atajo que he tomado yo esta mañana; a no ser que su jefe viniera con él, claro. ¡Y cada vez que iba, Mag le hacía soltar media libra! Yo mismo he estado allí poco más de cinco minutos, solo eso, y me he agenciado casi media libra... ¡Y que en este camino tenga que haber cuatro puertas! —Azotó al caballo y se llenó de ira al recordarlas—. Más que en el camino por el que he ido esta mañana.

Al rato le pasó las riendas a ella, indicándole paso a paso cómo debía llevar el carro para atravesar una de esas puertas. Era muy difícil cerrarla, al parecer, y él se tomaba su tiempo para hacerlo. Además, tuvo que reordenar algo en la parte trasera del calesín antes de abrir la puerta y también después de dejarla como estaba.

Más tarde, aunque no hubiera ninguna puerta que abrir, atravesar y cerrar, volvió a bajarse del calesín una y otra vez sin considerar el tiempo que estaba perdiendo. Al parecer tenía que reorganizar con frecuencia la parte trasera del carro. Aquello le hizo olvidar el terrible suplicio de tener que recorrer una distancia mayor por el hecho de estar siguiendo aquel camino. Cada vez que ella le daba las riendas, él sujetaba sus manos más de lo necesario, y le decía que alegrara esa cara. Ya vendría alguien a espabilarla, si no era el propio jefe el que andaba por allí para animarla. Aunque el jefe, al parecer, era el «terror de las jovencitas».

—Jimmy Fernatty se ha juntado con una mestiza y se ha ido a vivir con

ella. Pero yo no. ¡Yo no soy de esos! ¡Yo soy como el jefe! ¡Ese soy yo! ¡A mí no me des un raso amarillo!

Él la miró para comprobar el efecto que causaba en ella su exquisita diferenciación de tonos.

Aunque ella hubiera retirado la mano, él seguía haciéndole gestos y guiñándole un ojo, de modo que ella tuvo que desplazar los pies hasta uno de los extremos del carro para evitar que los rozara y siguiera apretándose los. Entonces él le dijo con una ira repentina que cualquier mujer aborigen rojinegra era tan buena como una medio china. Que eso era así y punto. Y que más le valía dejarse de tonterías de una vez porque él sabía perfectamente lo que era.

—Si Billy Skywonkie se la pega a su mestiza Liza, mejor para él. ¡Una nueva medalla para su chaqueta! —dijo, dándose un golpe en el pecho—. ¡Me puedo ir con cualquier blanca! Con todas las blancas que me dé la gana. ¡Y no tendría el menor problema con ninguna! Ni con una aborigen ni con una china. Eso es así. Me libraría tan pronto de una como de la otra.

Cuando volvió a bajarse del calesín para dirigirse a la parte de atrás, lanzó algo contra un árbol y ella oyó cómo se rompía la botella de cristal en mil pedazos. Después de canturrear varios fragmentos de distintas canciones, se encendió una pipa y se puso súbitamente nostálgico. Empezó a recordar con un resto de tristeza en la voz.

—Sí, la verdad es que ella me ayuda. Y mucho. ¡Casi media libra! ¡Y esa vieja vaca coloreada que tiene de madre! Una puerca. ¡En cuanto se queda sin alcohol, de una manera u otra lo consigue! —Entonces echó de menos su pañuelo de seda—. ¡Dios! —exclamó, con la respiración agitada—. ¡Mag me lo ha robado! Liza se va a dar cuenta de que no lo llevo puesto en cuanto le lancemos nuestro primer cuií para hacerle saber que ya llegamos.

Sin mucha esperanza, se volvió y examinó el trecho del camino que acababan de recorrer, por si se le hubiera caído por ahí. Se palpó los bolsillos, levantó los pies y miró debajo de la estera. Su acompañante, por comentar algo mientras él buscaba, le dijo que ella no lo había vuelto a ver desde su parada en la taberna.

—¡Dios santo! —dijo—. ¡Mag es lo peor! —Estaba francamente angustiado, hasta que el fanfarrón que había en él hizo acto de presencia y le hizo erguirse con un gesto de autoafirmación—. ¿Sabe lo que voy a hacerle a

Liza en cuanto empiece a sermonearme? —Quería que su pregunta sonara como un acertijo irresoluble y no esperó por tanto a que su acompañante diera con la solución—. ¡Ponerle la cara como una berenjena! —Y blandió ante ella un puño cerrado que era más grande que uno de esos frutos—. No sería la primera vez que lo hago ni tampoco la última.

No obstante, aquella perspectiva no pareció aliviarlo gran cosa.

El resto del viaje fueron en silencio y ni siquiera le echaron un vistazo al cielo. Cuando llegaron a la puerta de la hacienda, él murmuró que tenía la garganta como si se hubiera tragado un varano y como si el varano hubiera tenido la idea de ir a morir allí. Le pidió un alfiler e intentó subirse el cuello de la camisa hasta las orejas, pero no fue muy hábil y al final el alfiler se le cayó al suelo. Le salió bastante mejor con una horquilla.

De repente parecía estar completamente sosegado y sobrio. Después de haber cerrado esa última puerta, se sentó, le tendió la mano y dijo con mucha prisa:

—En realidad no ha pasado nada y en ningún momento ha habido mala intención por parte de nadie. Y no le vaya a decir a mi parienta, esa que está en la veranda, que hemos venido por la taberna.

Estaba oscureciendo, pero con la poca luz que aún quedaba en el cielo la viajera pudo ver que aquella mujer era también oscura.

—¿Está el jefe ahí dentro, Liza?

La voz del peón se había llenado de remordimientos y de un afán de reconciliación.

—Has tardado lo tuyo —dijo la mujer—. E imagino que te lo habrás pasado en grande. Por suerte para ti, Billy Skywonkie, el jefe no está.

Con la cabeza agachada, esforzándose al máximo por hacer que los hombros le llegaran hasta las orejas y mantener oculto el cuello, él siguió sentado en silencio, escuchando con todo respeto lo que ella tenía que decirle. La mujer del carruaje pensó que la increíble locuacidad de la que hacía gala aquella mestiza, que evidentemente estaba muy enfadada, era lo más parecido que había visto nunca a un móvil perpetuo. En cuanto Liza dio la orden, los dos se bajaron del coche, y la recién llegada entró en la pequeña habitación que la mujer le indicó; entonces fue a sentarse en un banco situado debajo de la ventana abierta, y desde allí prestó respetuosa atención a la vertiginosa diatriba que seguía fluyendo sin que pareciera tener un final próximo. La

ofensa provenía de la terrible injusticia que se estaba cometiendo contra una respetable mujer casada que vivía esclavizada y que se pasaba el día «batallando y sudando de la mañana a la noche para un canalla, un tirado, un perezoso y un embaucador». Por alguna razón que no sabría precisar, la recién llegada pensó que ambos eran culpables, y que el que aquella otra mujer no se incluyera a sí misma en la reprimenda y no asumiera su parte era algo mezquino y cobarde. En un momento dado comprendió que la mestiza incluso la estaba incluyendo a ella en su bronca, y gradualmente se fue dando cuenta de que acusaba a su marido de habérsela querido beneficiar y de que le reprochaba que por eso hubiera perdido tanto tiempo. Nadie habló de la taberna ni de Mag.

Desde una cocina que daba al patio, de vez en cuando se asomaba un chino que terminó por aproximarse al lugar en el que estaban ellos. Fue moviendo la cabeza como si comprendiera perfectamente lo que allí estaba sucediendo y como si dominara la situación gracias a su profundo conocimiento de la lengua inglesa. Hacía continuos gestos de sorpresa, fascinado y estupefacto, pero sin perder nunca la calma. No había duda de que él apoyaba a Liza, y hacía ver hasta qué punto comprendía la dimensión del agravio diciendo cosas como:

—¡Por Dios, Billy, qué jodida vergüenza!

Tal vez a causa del presentimiento de lo que aquel hombre podía tener en mente cuando se acercó a ella, la temblorosa mujer ocultó su rostro al darse cuenta de que el virtuoso Ching Too iba a mirarla. Estaba intentando comer algo cuando vio que un perro entraba corriendo en el comedor y, a pesar de los violentos latidos de su corazón, escuchó la voz del peón de la finca, que le estaba diciendo al jefe mientras este desensillaba su caballo:

—La única mujer a la que he visto es medio china, y dice que es ella. Ahora está en el comedor cenando algo.

Estaba demasiado mareada para ponerse de pie cuando el jefe entró, pero volvió sus tristes ojos hacia el hombre y, apoyándose en la mesa, consiguió levantarse y enfrentarse a él.

El jefe se dejó el sombrero puesto, y ella, que no dejaba de mirarlo, pudo ver cómo la curiosidad y la sorpresa iniciales se iban transformando en ira al darse cuenta de cómo era la mujer que tenía ante sí.

—¡Qué desfachatez tan impresionante! ¿Cómo diablos se te ha ocurrido

venir aquí? ¿Quién te envía? —le preguntó a gritos.

Ella se lo dijo, y añadió que no tenía la menor intención de quedarse.

—¿Cuántos años tienes?

Ella no respondió.

Su última ofensa, el que él saliera de allí a grandes zancadas como por efecto de la indignación y la repugnancia, hizo que su cuerpo agonizante se sintiera sacudido por una especie de descarga eléctrica capaz de abrasarla por dentro.

Su habitación apestaba a algo verde y espeso. En el tocador encontró varias cajitas de maquillaje vacías, tarros de colorete apilados unos encima de otros y todo tipo de productos para mejorar la condición natural de una persona, lo que, a sus ojos, venía a demostrar lo frágil y débil que había sido su predecesora. En una de las esquinas de su refugio había una araña negra que la miraba con malicia y desconfianza, y ella se quedó contemplándola a su vez hasta que se hizo tan de noche que resultaba ya imposible ver nada.

El sonido de una campana colgada en la bifurcación del tronco de un árbol la despertó al día siguiente, antes del amanecer. Tenían que reunir al ganado (el inventario habitual de la zona) y todos los trabajadores de la hacienda estaban ya bien despiertos y en pie. Oyó el estruendo de los cascos de los caballos a los que llevaban al galope al corral, y a continuación llegó hasta ella el griterío de los hombres que iban a sujetarlos y ensillarlos. Por encima del jaleo de los platos de la cocina, pudo oír también el acento afectado del chino, que arrastraba las palabras al hablar con Liza. Ella se movía lentamente por el pasillo, llevando y trayendo el desayuno del jefe. Pero aquella comida temprana terminaría rápido y todos se largarían seguidos de los perros, que intentarían morder juguetonamente los talones de los caballos.

Unos compases discontinuos de *A Bicycle Built for Two* le llegaban desde la cocina, «Mayly, Mayly, give me answer do».⁹ No había ninguna prisa ni la menor preocupación en la entonación del cantante. Situado ante el fuego de la cocina, ajeno al calor, encontró al cocinero chino, inerte por el opio de la mañana. Eran solo las nueve, pero el día ya estaba bien avanzado para Ching, cuyas mañanas comenzaban a las cuatro.

Cuando ella entró él dejó de cantar.

—¿Vienes de Sídney? ¡Ah! ¿Casada? ¡Ah! Sídney muy buen sitio. Muy

bonito y agradable. Este lugar muy seco. No llueve. Muy seco.

Ella miraba al perro. En un cubo había un trozo de tocino; el animal pasaba la lengua por el lado recién cortado y luego intentaba morder a las moscas.

—El perro se va a comer el tocino —dijo.

—¡No! —respondió el cocinero—. No se lo come. Está rancio.

Era pura sal. Ella lo había probado en el desayuno.

El cocinero comenzó a hablar con una energía repentina:

—Dentro de nada, me caso. Y, por Dios, nada de mezclas. Ya llevo mucho tiempo siendo amarillo. Más que tú. —Se rio y movió la cabeza recordando lo que había sucedido la pasada noche. Esperó a que ella dijera algo y le diera la enhorabuena. Pero ella, fascinada, seguía mirando al perro, que no dejaba de lamer lo rancio rodeado de todas sus moscas.

—¡Fuera! Sí, señor. ¡Vamos! ¡Sentado! —exclamó el cocinero como si sintiera que el perro le estaba robando el protagonismo. El animal se levantó y le lanzó un amago de mordisco—. ¡Vamos! ¡Fuera! ¡Sentado! —Pero el perro no lo obedecía—. ¡Vete! ¡Sentado, te digo! —insistió pateando el suelo con los pies, que llevaba calzados con unas zapatillas, y luego yendo a buscar el atizador. El perro se sentó tranquilamente y miró a su amo con un gesto de leve reprobación—. ¡Bueno, pues entonces entra! ¡Y siéntate donde te dé la gana!

Pero lo que le estaba señalando con el atizador era el dormitorio adyacente.

El perro se acercó a la puerta grasienta, vio que encima de la cama había unas gallinas poniendo en silencio unos huevos que irían estupendamente con el tocino, y volvió a la cocina.

Ella le preguntó que dónde estaba el peón que la había llevado ayer hasta allí.

—¡Oh, Billy Skywonkie! ¡Él ya casado! ¡Liza es su mujer!

A continuación, le dio a entender que allí los afectos no estaban muy bien repartidos, y que él mismo seguía soltero porque nadie quería a quien tenía que querer.

Vio entonces cómo el peón entraba en el patio conduciendo un estridente carretón de dos ruedas. Cuando llegó a la altura de la horca¹⁰ se detuvo, quitó

el tablón trasero e hizo bajar a las tres ovejas que llevaba en el carro. Las situó justo debajo de la soga y ella pudo ver que los animales tenían las dos patas delanteras atadas con una correa a una de las traseras.

El peón estaba jadeando. Al parecer tenía mucha prisa y mil cosas que hacer.

—¡Eh! ¡Oye! —la llamó—. El jefe me ha dicho esta mañana que te lo diga, que te largas de aquí. Y yo tengo que llevarte —le explicó—. ¡Así que vamos! ¡A guardar tus trapos rapidito y con ganas! Liza está abajo, lavando en el depósito. Tenemos que irnos antes de que nos vea o hará que empieces a tragar sin masticar. —Bajando la voz, continuó—: Además, quiero pasarme por la taberna. Tengo que recuperar mi pañuelo.

Echó entonces hacia atrás la garganta de una de las ovejas, a la que había tendido en el suelo. Del cinturón sacó un cuchillo y un afilador, y con destreza deslizó la hoja sobre el acero hasta dejarla con un buen filo.

Ella vio que la oveja se estaba quieta, totalmente inmóvil, con la cabeza hacia atrás, hasta que el cuello se le curvó más aún formando un arco y el brillo del cuchillo se reflejó en sus ojos.

UNA IGLESIA EN LA MALEZA

I

ENTRE LAS ATENCIONES QUE EXIGE la hospitalidad de las tierras del interior no se encuentra la de tener que prestarle un buen caballo a un jinete sin experiencia. Así que el clérigo avanzaba dando tumbos sobre la vieja Rosey, incapaz de sujetar a la condenada bestia que ya había olido el agua de la presa redonda. La yegua, que tenía bastante más experiencia que él en aquellos parajes y que además era más astuta, se desvió del camino con la embocadura entre los dientes, y siguió a un ritmo lo suficientemente inestable como para que el hombre tuviera que poner toda su atención en mantenerse sobre la silla y no caerse. Llegados a la orilla del embalse, para evitar el lodo y no resbalar, la vieja Rosey caminó con el lomo arqueado y los cascos muy juntos por el tablón que, a modo de muelle, se extendía hacia las aguas más profundas. Las protestas y los movimientos del clérigo solo consiguieron inclinarlo sobre el cuello del tozudo bicho, ya arqueado hacia el agua, y resbaló por él hasta ir a caer en los pocos centímetros de tablón que ella, toda consideración, le había dejado libres. La vieja yegua bebió sin prisas, luego retrocedió con la misma cautela y se detuvo por fin para darles a las moscas con su raquítica cola. El clérigo fue detrás de ella y por suerte llegó a agarrar las riendas. Después de intentar subirse por el lado equivocado varias veces, llevó al exigente animal hasta un tronco. Se quitó el velo que se ponía para protegerse de las pegajosas moscas que le devoraban los ojos, con el objetivo de que Rosey pudiera reconocerlo y darse cuenta de que era su antiguo jinete. Y fue justo en ese instante cuando llegó el jactancioso de Ned Stennard, que

siempre disponía de tiempo de sobra para malgastarlo a la menor ocasión y que, además, había nacido con una lengua especialmente diseñada para ese propósito. Al verlo, se acercó y empezó a darle instrucciones, siempre a gritos, además de un buen empujón.

Si estaba allí, tan lejos, le explicó el clérigo a Ned mientras cabalgaban juntos, era porque tenía una misa en la granja de un ganadero que quedaba aún a unos kilómetros de distancia. Siempre siguiendo los serviciales consejos de Ned, se detuvo ante los travesaños de la valla de la pequeña parcela de un granjero, tiró de las riendas y les anunció a los que allí vivían que iba a dar una misa muy cerca. Estaban en la casa del hermano de Ned, pero Ned no se hablaba con su cuñada, así que siguió montado en su caballo y esperó.

Habían tumbado a unos niños medio desnudos bajo lo que querían que fuera la sombra de un eucalipto enfermo, y sus cuerpos se confundían con los de varios cachorros de canguro que yacían entre los propios críos. Por encima de todos ellos, de una de las ramas, colgaba una bolsa de lona atada con la correa de una silla de montar. La longitud de la correa marcaba la distancia entre la rama y la propia bolsa, y hacia ella aullaban dócilmente los cachorros, a la espera de que lo que había allí dentro terminara en algún momento en sus estómagos. Mientras tanto, se contentaban con lamer las pocas gotas de sangre que resbalaban de la bolsa y les caían encima. El clérigo vio cómo los niños se frotaban los ojos para apartar el montón de moscas que les revoloteaba por la cara y cómo se giraban para mirarlo. Justo delante del agujero que hacía las veces de puerta de entrada al chamizo, había una fogata y, al lado, una chica algo mayor que los demás, descalza y vestida con una enagua y un sombrero viejo. Se entretenía jugando con un palo largo. Lo que hacía era controlar los avances de un viejo macho cabrío hacia el agua que empezaba a hervir en el recipiente colocado sobre el fuego. Le permitía acercar el hocico a unos centímetros de él, pero no más allá.

—¿Están tus padres? —le preguntó el clérigo.

—Usted no es el viejo Keogh —dijo la niña.

Cuando admitió que no lo era, vio que del rostro de la niña se evaporaba cualquier rastro de interés que hubiera podido tener por él.

—¿Están tu madre y tu padre?

El sediento macho cabrío seguía acercándose furtivamente al agua una y

otra vez, y ella lo dejaba avanzar justo hasta el límite prescrito, momento en que le atizaba un golpe que, al parecer, la divertía muchísimo.

—Mamá se ha ido donde Tilly Lumber para ver a la niña, y los demás se han ido a la presa redonda.

Él le explicó a la niña los motivos por los que estaba allí, pero ella no le prestó la menor atención. El agua pronto estaría demasiado caliente para que la pudiera beber el macho cabrío, con lo que dejaría de acercarse y ella se quedaría sin diversión. Tampoco podía esperar gran cosa de los cachorros, porque en cuanto sacara de la bolsa de lona el trozo de tocino y lo pusiera en el recipiente de agua hirviendo, ellos no iban a ser tan bobos como para intentar sacarlo de allí.

Sin saber con certeza si su mensaje había calado o no, el párroco se reunió de nuevo con Ned y volvieron a trotar por la pista polvorienta. El clérigo solo participaba en el diálogo para decir que no le parecía oportuno que el otro empleara tanta variedad de adjetivos vulgares y ofensivos. Y también tenía que asegurarle con frecuencia que no servía de nada ese empeño suyo por seguir rebuscando en sus eclesiásticos bolsillos, porque no fumaba.

En la curva de la Herradura adelantaron al hirsuto de Paddy Woods, que contaba dieciocho devastadores veranos y que estaba pagando con sus bueyes el cansancio que arrastraba tras haber recorrido catorce kilómetros y medio. Iba blasfemando mientras avanzaba tras ellos, golpeándolos sin cesar. Mientras, los animales tiraban de su carga con las cabezas inclinadas hacia el camino polvoriento, en silencio, aguantando las ronchas que cada latigazo les abría en la piel y tosiendo para liberar la boca y las fosas nasales del polvo. La vieja Rosey, una cuentista empedernida, se detuvo bruscamente. Pero Paddy, que iba a terminar en nada aquella larguísima jornada en la que había tenido que esquilar a las ovejas y preparar la lana para transportarla, asintió de soslayo sin decir una sola palabra ante el saludo del clérigo. Sí, lo había captado, pero no pensaba detenerse, de modo que siguió avanzando, conduciendo a su equipo. En las conversaciones sobre catecismo, sus contestaciones solían consistir en un sí y un no expresados con meros movimientos de cabeza. Pero hubo una clara excepción en el instante en que el clérigo le preguntó si estaba casado. Paddy adoptó una actitud de anticuada responsabilidad, miró a Ned de reojo y, lanzándole un guiño cómplice, hizo

como que rebuscaba en un pasado espinoso y lleno de telarañas para finalmente responder que creía que sí. El clérigo decidió otorgarle el beneficio de la duda y le preguntó si había niños que bautizar. Y Paddy, todavía con los ojos clavados en Ned, respondió que no podía precisar en ese momento cuál era el número de posibles descendientes, pero que le prometía que tan pronto como entregara esa carga de lana se pasaría un día entero «reuniendo datos y haciendo un borrador y contando y marcando las orejas de mis niños como si fueran ganado de mi propiedad». Y luego le enviaría un informe. Las carcajadas de Ned y sus «El bueno de Paddy» no tuvieron el efecto deseado en su bolsa de tabaco, que estaba casi vacía y que podría haberse llenado si el joven Paddy le hubiera dado algo de la suya, que iba bastante más cargada. El párroco, malhumorado, quiso seguir su camino. Trató de convencer a Rosey para que se pusiera en marcha, pero Rosey se negó a prestarle su agradable ayuda hasta que Ned le pasó la vara por el lomo.

Ned se quedó con Paddy el tiempo suficiente para decirle que, en su opinión, aquel clérigo vestido de negro no era «otra cosa que un inspector encubierto, que va por ahí husmeando y merodeando a ver si se encuentra al viejo Keogh», el arrendatario de las tierras de pastoreo y su común enemigo. Agregó que el velo verde que llevaba encima de los ojos era una máscara, pero que a él no lo engañaba. Como seguía sin tabaco, intentó todavía con más ímpetu despertar en Paddy una admiración auténtica y provechosa, y le dijo que iba a perseguir a ese inspector disfrazado para «sacarle todo lo que lleve encima hasta dejarlo seco como una jodida vejiga reventada, y luego le daré una paliza de muerte». Pero ni con esa seria amenaza vertida contra las pertenencias del clérigo consiguió que Paddy le pasara algo de tabaco, de modo que volvió a guardarse la pipa vacía y galopó en busca de su compañero.

Mientras cabalgaban juntos, el párroco fue estudiando, verdaderamente asombrado, cómo aquel hombre pequeño y enjuto era capaz de guiñar diestramente ambos ojos ante el ataque de las moscas. Además, siguió escuchando su cháchara interminable, aunque ahora lo que hacía Ned era inventarse las palabras y soltarlas sin ton ni son en medio de la conversación, de manera exagerada, en lugar de continuar con aquellos adjetivos que al clérigo le parecían vergonzosos. Al cabo de un rato no había casi nada que el

oyente de Ned no supiera acerca de la vida personal de cada uno de los pequeños agricultores que habían ido asentándose a lo largo de aquella tierra de pastoreo consumida por el sol. Además, Ned aportaba datos sobre su propia vida, que, comparada con la de los otros, siempre resultaba mejor. En orden de infamia, el primer lugar lo ocupaba el arrendatario, y en un magnífico segundo lugar venía el administrador de las tierras del pequeño poblado del que procedía aquel clérigo peregrino. Pero había algo que quería dejarle muy claro: aunque el arrendatario fuera diez veces más rico que él, aunque el administrador de las haciendas fuera diez veces más inmoral e injusto, y aunque los agricultores de las concesiones estuvieran ocupando cada metro cuadrado, más les valía a todos andarse con ojito, porque Ned era un hueso duro de roer.

Algo más tarde volvió a la carga con las historias de sus colegas granjeros, contándole todo lo que se le iba pasando por la cabeza acerca de sus vidas. El párroco se dio cuenta de que lo que le interesaba de verdad era alardear largo y tendido sobre la certeza, la probabilidad o la posibilidad de ir aumentando el número de yeguas, vacas, ovejas y cabras de sus propios rebaños y manadas, así como las de los otros granjeros, cada uno con su rebaño y su manada. Y solo después se planteaba la idea de descender a las estadísticas humanas. Además, la probabilidad y la posibilidad, más que la certeza, eran las variables con las que más contaba Ned a la hora de trazar sus cálculos.

De vez en cuando alcanzaban a divisar a lo lejos el chamizo de algún granjero, pero Ned, que había ido a dar con aquel hombre y estaba dispuesto a exprimir al máximo su descubrimiento, le dijo que podía seguir hacia su destino sin salirse del sendero, ya que él mismo se encargaría de acercarse a cada uno de esos lotes de terreno en su camino de regreso, para informarlos a todos de que iba a haber una misa al día siguiente por la mañana. Para subrayar su empeño y hacerle ver al párroco que cumpliría su palabra, añadió, con un guiño que ponía de manifiesto esa camaradería tan propia de los hombres de la zona, que «solo se lo diré a dos tipos de personas: a las que me atacan y a las que no». Aquel hombre, ahora su hermano clerical, recién iniciado en los misterios y artimañas que se fraguan cada día en las tierras del interior, no podía haber ido a dar con un mensajero mejor. No obstante, el asombradísimo párroco, que veía maravillado cómo ese nuevo trabajador de

la viña del Señor se alejaba enérgicamente al galope para compartir las buenas nuevas, se habría quedado de piedra de haber podido escuchar las distintas versiones que Ned les fue dando a las dispersas familias respecto a los verdaderos motivos por los que tenían que presentarse en la casa del ganadero al día siguiente, de manera forzada, en cuanto se levantaran. La mayor parte de lo que Ned les refirió acerca de la conversación que en teoría había mantenido con el clérigo a lo largo del camino le habría parecido al mismo párroco tan novedosa como a los oyentes, ya que los adjetivos con los que Ned iba aderezando su relato y que, según él, procedían de los labios del clérigo solo podían pertenecer a alguien que dominara con total fluidez la escabrosa y horrible lengua de la zona.

Era la estación del esquilado y, como aquello también los había pillado a mediados de semana, casi todos los hombres estaban fuera. Los pocos que se encontraban en ese momento en casa dejaban de comer y salían para hablar con él. Siempre hay que recibir en el exterior, fuera del chamizo, a cualquier visitante al que se le ocurra llegar a la hora de la comida, y lo normal es que el anfitrión, limpiándose la boca llena de grasa con una mano, conduzca al recién llegado hacia el tronco más cercano. Las mujeres de la zona tienen poco que ofrecer y poco que compartir con los demás, así que, aferrándose a esa idea de que unos no saben nada de cómo viven los otros, dedican muy poco tiempo a las visitas. Dos de las comidas diarias consisten básicamente en un pan cortado en rebanadas para pringar la grasa de la cazuela que siempre cuelga sobre el fuego. No suele haber carne de cordero en el tiempo de la esquila, ya que los hombres se quedan a comer en los cobertizos en los que trabajan. Y puede que las mujeres agarren y maten a algún cerdo salvaje para preparar la comida principal a base, en ese caso sí, de carne. Pero no hay mucho cerdo salvaje en la estación seca.

Por otro lado, Ned no estaba entre los favoritos de las mujeres. Si no lo tragaban era debido en parte a su pedantería, pero sobre todo a la reputación que tenía de pegar a su esposa. Además, había intentado imponer su ejemplo entre los integrantes de la comunidad masculina, imprimiéndoles su filosofía sobre lo apropiado que resultaba golpear a una mujer cada vez que se la viera, ya que ellas siempre venían de liarla o se disponían a hacerlo. En cuanto a su famosa jactancia, Ned consideraba que, si disponía de algo de lo que alardear, debía hacerlo. Había estado dos veces en Sídney y no solo podía deletrear de

oído, sino que, contando con un indeterminado número de circunstancias favorables, podía llegar incluso a usar una pluma para poner su nombre en un cheque. Ciertamente, antes de que lo intentara, Liz, su mujer, tenía que cerrar a las cabras, asegurar la cabaña y, acompañada de los perros y los niños, llevarse a las aves de corral a un kilómetro y medio de distancia de la casa, para quedarse allí con ellos hasta que Ned, por fin, comenzara a disparar. Porque, una vez solo y sin ningún tipo de vigilancia, Ned se acomodaba y arrancaba uno de los cheques, lo ponía sobre la mesa y a continuación colocaba un bloque de madera en el borde inferior del papel, para evitar que se le desmandara la mano por la parte de abajo, hacia la mesa. Luego tenía que atarse la muñeca al lado izquierdo del cinturón (era zurdo), de manera que la mano no se le desviara e incursionara en la región extranjera que quedaba por encima del cheque, y entintaba la pluma con la mano derecha para después pasársela a la izquierda. Pero incluso entonces, después de todo aquello, era frecuente que no terminara de rematar la tarea. A veces estaba tan decidido a tratar de mantener en la línea el «Edward» que lo llevaba hasta el final del documento, sin llegar a poner el «Stennard», y, a pesar de las protestas de Ned respecto a un espacio insuficiente, el banco se negaba a aceptar que parte de la firma siguiese por la zona posterior del cheque. Cuando intentaba escribir con una letra pequeña y derecha, el resultado general podía parecer satisfactorio hasta que un minucioso análisis mostraba que faltaba por lo menos una letra, si no más. O podía suceder simplemente que, cuando parecía que por fin iba a tener éxito, se le acabara el talonario de cheques o se le rompiera la pluma. Para Liz y para su hijo Joey no era precisamente una buena noticia el que le ocurriera alguno de estos incidentes, ya que entonces no dispararía ningún arma, pero, a pesar de todos los esfuerzos y sudores de Liz, de los niños y de los perros, seguro que más de una gallina o cualquiera de las aves de corral decidía volver a casa para dormir al llegar la noche, y, por permitir que se lo molestara «justo cuando estaba a punto de conseguirlo», Ned se desquitaría con Liz o, lo que era peor para ella, se desquitaría con Joey.

Pero, en esta ocasión, Ned, que tenía hambre, se negó a que se lo llevaran hasta un tronco, y lo logró, como de costumbre, echando mano de su ingenio. En su contra estaba la reputación que lo precedía de ir siempre alardeando de haber hecho algún descubrimiento sorprendente, pero también era consciente

de que muchos de ellos lo habrían visto pasar a caballo con aquel extraño vestido de negro, y en eso se basaría para construir la historia que su aguda imaginación tenía preparada para todos. Lo que exigía de entrada, en cada caso y sin admitir que le rechistaran, era ver a la señora. Ellas aparecían con cara de pocos amigos, pero, después de escuchar sus oscuros y agoreros consejos sobre la necesidad de que asistieran al servicio en la casa del ganadero al día siguiente, lo invitaban a entrar y hacían sitio en la mesa para él. De manera bastante incauta, lo bombardeaban con pintas de té y lo atiborraban de pan y algo en que mojarlo, aderezado con sal. En algunas ocasiones, las más extravagantes, hasta con pimienta. Ned aceptaba todas aquellas dádivas porque estaba convencido de que era lo que se merecía, a pesar de ser plenamente consciente de que seguía sin contar con su simpatía.

Mientras las mujeres escuchaban lo que les tenía que decir, parecían dejarse arrastrar por la ansiedad y al mismo tiempo permitían que cayera en el olvido aquello de que pegaba a su mujer, así como el relato de sus fanfarronadas. Lo convencían para que las esperara sin moverse mientras ellas rebuscaban entre las pocas prendas que tenían para cambiarse, almacenadas en las cajas de las botellas de ginebra. Las tapas se abrían con unas bisagras que quedaban ocultas bajo la madera, y allí guardaban los recibos de las tierras, los certificados de matrimonio, las cartas oficiales del Gobierno, los hierros de marcar que ya habían llevado a registrar, los moldes para las orejas de las ovejas y todos los demás instrumentos que protegen al pobre granjero de un gobierno rencoroso y vengativo, cuyo único objetivo es el de pillarlos por sorpresa en el menor descuido, y confiscarles su lote de terreno. Ned inspeccionaba todos estos documentos al revés o de cualquier otra manera, mientras pronunciaba con una claridad nada legal que, si lo que ese tipo andaba buscando estaba en alguno de esos papeles, le bastaría con echarles un vistazo rápido para descubrirlo. Les dijo que se los llevaran consigo al día siguiente. Y todos aquellos hombres a los que en algún momento se les había ocurrido intercambiar un caballo con cualquiera de los arrieros que a veces pasaban por allí, sin haber firmado ningún recibo, se pasaron la tarde yendo de un lado a otro, a la caza de algún testigo falso que asegurara haber estado presente en la transacción.

II

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el ministro estaba sentado en la mecedora que había en la veranda de la casa del ganadero. En una mano tenía un libro de oraciones y en la otra, un pañuelo con el que perezosamente les disputaba a las moscas el derecho a posarse y establecerse en la tela del velo con el que se cubría la cara. Al sacudírselas hacía que la silla se balanceara con su cadencia ondulante, lo que resultaba francamente reconfortante después de las sacudidas sobre la vieja Rosey. Vio cómo un par de manos marrones retiraban la tela que, a modo de toldo, mantenía la galería a salvo del sol. Entonces surgió ante él una cabeza negra que se sostenía firme, parecida a la de un animal en el momento de embestir. Como ya no había ninguna tela que se lo impidiera, la cabeza se estiró aún más para mirarlo mejor. Y lo que vio el párroco fue una cara plana y astuta, con unos ojos negros, pequeños, redondos y brillantes situados a ambos lados de una nariz sin puente. De la amplia boca de aquel rostro pendía un trozo de hierba seca.

—Tata quiere montar en ese caballo en el que está usted —dijo la boca, escupiéndole la hierba con una fuerza considerable.

A esas alturas de la conversación, Tata ya se las había arreglado para asomar la cabeza también. Era blanca, con un pelo y unos ojos bastante insulsos, y estaba mascando algo.

—¿Dónde está el caballo, Jinny? —preguntó, ya que en ese momento la silla no se estaba balanceando.

—Haga que se mueva para que pueda verlo, y explíquese lo —ordenó Jinny.

—Dad la vuelta y subid aquí —dijo el ministro suavemente, señalando el acceso que quedaba enfrente de la puerta.

Ellas entraron y se acercaron a él. Las capuchas les colgaban por la espalda, atadas con unos cordeles.

—¿Habéis venido solas?

—Los otros llegarán ahora. Yo y Tata les hemos dado esquinazo. No queríamos cargar con la dichosa niña.

—¿Venís de muy lejos?

—Usted pasó por nuestra tierra ayer por la mañana. ¿No nos vio a mí y al

macho de la cabra? Dios, casi nos morimos de risa al ver cómo le colgaban las piernas. Al principio creí que era usted el viejo Keogh. Cabalga igual que un chino.

Era la morena la que hablaba todo el tiempo.

—Nuestra Tata quiere montar en esto —continuó.

Y le dio a la silla tal golpazo que hizo que los pies del clérigo se elevaran por los aires. Para evitar que su amenaza se cumpliera y que volviera a golpear la silla, como aseguraba que haría, el hombre se agarró a ambos lados y plantó los pies firmemente en las tablas del suelo.

Mientras, la más joven había hecho un agujero en la malla del velo, justo al lado de la oreja izquierda del clérigo, con el tallo de una planta seca que se había sacado de la boca. Obedeciendo sus órdenes, él se levantó, y la niña mayor se sentó en la silla de un salto.

—Ahí llegan, Jinny —advirtió Tata.

Jinny se asomó por el toldo.

—Sí, son ellos. Vamos a ver: usted los engaña, ¿vale? Cuando le pregunten por nosotras les dice que aún no hemos llegado —le indicó al párroco—. Y así nosotras nos largamos y nos escondemos al otro lado de la casa, ¿eh, Tata?

Mamá y papá (a los que todos llamaban Jyne y Alick, incluso su propia descendencia) llegaron con cuatro hijas, todas menores que Jinny y Tata. Jyne llevaba a la más pequeña a horcajadas sobre la cadera.

El rasgo que más destacaba en la cara de Jyne era la boca, y parecía orgullosa de sus dientes, especialmente de los de la fila superior. Hiciera lo que hiciese, se le veía siempre hasta el último diente, sin que para ello tuviera que hacer ningún esfuerzo evidente. Era una mujer con gran influencia en la región, y su propia gente la apodaba «Conejera», que, traducido, venía a significar partera. Los aires que se daba Jyne estaban más que justificados porque era la única «conejera» de ese lado de la región, y llevar hasta allí a una partera reputada y competente desde la civilización habría representado un gasto enorme para los granjeros. Las moderadas tarifas de Jyne generalmente se saldaban con bienes de cuatro patas.

—Buenos días —dijo Alick, moviendo repetidamente unos párpados hinchadísimos y sonriendo de buen grado al párroco, al ganadero y a su esposa. Se sentó sin quitarse el sombrero. Los dientes de Jyne los saludaron

también a todos, pero sin rastro alguno de la afabilidad de su marido. Jinny y Tata entraron sigilosamente por detrás de su madre.

—¡Vosotras! ¡Holgazanas! —exclamó Jyne—. ¡Os lleváis a la niña ahora mismo! —A pesar del tamaño de su boca, la voz le salió por la nariz.

Puso al bebé en el suelo y, quitándose la capucha, se enjugó la cara con la parte interior de la tela de su vestido estampado.

—Hemos estado buscándoos a ti y a Alick —le dijo Jinny a su madre, guiñándole un ojo al párroco.

—Sí, claro. Con todas vuestras fuerzas —contestó Jyne.

Sin más preámbulos, giró la cabeza hacia un lado, cerró un ojo a sabiendas y le dijo al clérigo, que la estaba mirando fijamente:

—Con Jinny no hay guiños que valgan.

La hija que no se dedicaba a ir guiñando ojos por ahí le ofreció al instante toda una detallada muestra de sus incesantes desvelos:

—Tendrías que habernos visto a mí y al abuelo la otra mañana. Él estaba ordeñando a las cabras, y entonces voy y veo que el macho cabrío se le arrima y que va a hacer algo. Entonces yo me acerco despacio hacia el macho cabrío y le arreo un buen golpe, y va y echa a correr hacia el viejo Alex y lo embiste. Habría matado al abuelo de no haber sido por mí, ¿verdad, mamá?

—Eres una chica muy valiente —dijo «mamá» con voz orgullosa.

El desconcertado ministro, para cambiar de conversación, se dirigió hacia un jarrón de flores silvestres.

—Pertenece a la familia de los lirios, creo —dijo la anfitriona—. Son bulbos.

—Son cebollas silvestres. Sin más. —Jyne olfateaba la planta sin intención de ocultar ni disimular el desprecio que sentía hacia ese tipo de mujer a la que consideraba una cobarde y una pusilánime. Una mujer que se tenía en tan baja estima y confiaba tan poco en sí misma que se hacía acompañar cada día de una enfermera que venía de la ciudad.

Luego llegó el hermano de Alick, el jactancioso de Ned. Eran tan distintos como pueden llegar a serlo a veces los hermanos. Ned saludó al párroco con la familiaridad con la que se saludaban todos los de la zona. Llevaba el sombrero ladeado y un abrigo de seda de Sídney que le llegaba hasta los talones. Liz iba detrás de él, con sus cinco hijos. Joey se quedó

fuera, y de vez en cuando se preocupaba de ubicar hábilmente a su padrastro. Era hijo de Liz, de un matrimonio anterior. Al menos, ella siempre había asegurado que en ese momento estaba casada.

Encaramado sobre la cabeza de Liz asomaba un sombrero muy sucio que tan solo un mes antes había sido blanco como la nieve. Aquel sombrero era otra de las compras de Ned en Sídney. Liz lo estrenaba para la ocasión, pero ella y los niños lo habían toqueteado muchísimas veces y se lo habían estado probando, igual que lo habían hecho todas las mujeres de la zona que se habían acercado a la casa de Liz bien por curiosidad, bien por pura envidia. Jinny había pasado a hacerles una visita de camino a la iglesia, y como resultado ahora le faltaba a la pluma blanca la parte del final. Después de haberla utilizado hasta la saciedad para hacerse cosquillas, la tenía oculta en un lugar seguro que solo ella conocía.

Jyne vio a Joey y de inmediato lo invitó a entrar. Pero el niño, tras captar la mirada de advertencia de su madre, retrocedió y se alejó aún más. Esa mañana había ido a buscar a su padrastro en el caballo que no era, y ahora estaba intentando librarse de la amenaza de una paliza que incluía arrancarle el pelo y la piel a tiras. A Liz le habría gustado que la paliza fuera para ella en lugar de para Joey, pero ni se le ocurría interponerse, porque hacerlo, como bien sabía para su desgracia, habría implicado que también se la cargara ella sin por eso librar al chico.

En cualquier caso, y a pesar de las circunstancias, Liz pensaba que en general su vida estaba bastante bien y se consideraba una mujer dichosa. Porque no sucedía todos los días que Ned intentara firmar un cheque o que las ovejas se mezclaran entre sí sin que nadie pudiera hacer nada al respecto o que el caballo no se dejara enganchar. Tampoco caía lluvia del cielo cuando a él le venía bien. Las cosas no salían mal todos los días, y él no le pegaba a ella, ni tampoco a Joey, a menos que fueran ellos quienes la liarán de alguna forma. Bastaba con que le comprara una libra de caramelos para ella y para los niños al vendedor que pasaba por allí de vez en cuando para que Liz pensara que tenía el mejor marido del mundo.

Entre Jyne y Ned solía producirse ese enfrentamiento que resulta casi instintivo entre dos espíritus que aspiran a ponerse al mando. Liz le debía obediencia en primer lugar a Ned y luego a Jyne.

—¿Cómo está Polly? —preguntó Liz, y en su semblante podía leerse la

gravedad de la situación.

—Pregúntale a él —gruñó Jyne, mostrando los colmillos y dirigiendo los ojos hacia el lugar en que se encontraba un incómodo y esquivo Alick—. La hizo arrastrar tres barriles de agua. Durante dieciséis kilómetros. Y estando ella como estaba. Los cerdos se la estarán comiendo mientras nosotras hablamos aquí.

—¡No! —exclamó Liz, a pesar de que ya se había enterado de todo el día anterior. Las noticias de ese tipo de catástrofes se extendían rápidamente por la zona.

—Si vas a llamarme mentirosa, me lo dices a la cara —soltó Jyne.

La madre de Jyne y el padre de Alick vivían con Jyne, y los dos estaban a punto de llegar a la casa. La anciana iba montada a horcajadas en una silla de hombre y dejaba que el viejo dirigiera a su caballo. Ella tenía la boca de Jyne, o más bien Jyne tenía la suya, pero no le quedaba ni un diente. El anciano saludó al párroco con reverencia, sopló sobre el que iba a ser su asiento y luego lo limpió cuidadosamente con un pañuelo que se había sacado del sombrero. No obstante, antes de sentarse alzó los faldones del chaqué con el que se había casado hacía mucho tiempo. Había sido la única chaqueta de vestir en todo el territorio hasta que Ned se fue a Sídney e hizo todas sus compras.

A continuación llegaron Tilly y Jim Lumber con su bebé de diez días. Jim era el mejor intérprete de concertina del lugar y también el mejor conductor de bueyes. Venía en representación de las distintas familias del otro lado del arroyo, con las que se había reunido el enérgico Ned el día anterior. Lo eligieron a él por su tamaño y por su fuerza, con la idea de que presentara batalla en nombre de todos ellos. Ned había puesto tanto empeño en asustar a las mujeres que estaban solas en sus casas porque sus maridos se habían ido a la esquila que al final tuvieron miedo de ir. Les repitió tantas veces que debían asistir al servicio que no fueron. Pero habían confiado sus preciosos documentos a la poderosa custodia de Jim. Él llevaba su hierro de marcar, ya registrado, en un pañuelo sucio, y lo dejó caer a su lado con un sonido metálico mientras se acomodaba en el borde de una silla, tímidamente y con la mayor de las cautelas. Medía unos dos metros, pero se sentó con la cabeza casi entre las rodillas, hasta parecer un cuadrúpedo. Se había metido los documentos de sus «clientes» en la parte delantera de la camisa, y la llevaba

abombada como una billetera. Evaluó furtivamente a aquellos que estaban allí reunidos. Todos sabían que había sido la vivaz y pequeña Tilly quien se había encargado de cortejar al que era ya su marido. Incluso ahora, después de casada, era ella quien hablaba siempre, y no Jim.

—Tú, tontaina, ¿cómo va la chiquilla? —le preguntó Alick a Jim, ceceando desde el lado de la boca en que se había metido un buen trozo de tabaco para mascar. Sentía un interés paternal por todo lo relacionado con la actividad de Jyne como «conejera».

Jim, que nunca usaba la voz excepto para dirigir a los bueyes, le respondió con una risa furtiva.

—Un nuevo trocito de carne, ¿eh? —dijo Ned mirando a la niña y moviendo la cabeza como si quisiera jugar con ella.

—¿Cómo ha amanecido hoy Polly? —preguntó Tilly con delicadeza, mientras tomaba asiento al lado de Jyne.

—Ah, pobre Polly —balbuceó la madre de Jyne. Y contó ella misma cómo había sido el prematuro final de Polly para que no tuviera que hacerlo Jyne.

—Dios nos asista. Qué horrible pérdida —dijo la comprensiva Tilly. Y repitió una historia bien conocida sobre cómo había reventado una vaca sin cuernos el año anterior.

Jyne pidió que le dejaran al bebé y comenzó a ensalzar a la madre por haber tenido el valor de «caminar once kilómetros y medio tan pronto». La madre de Jyne, al oír aquella alabanza, la interrumpió y empezó con su relato sobre «lo que hice yo cuando John tenía solo dos días». John estaba presente con sus casi dos metros de altura, sonriendo ampliamente con una boca que era aún más grande que la de Jyne, pero que, gracias a Dios, quedaba oculta bajo un bigote disperso y poco tupido.

En cualquier caso, Jyne no estaba dispuesta a que nadie le hiciera sombra, ni siquiera su madre, y se puso a hablar de cómo había parido a la última, siempre con la asistencia de Jinny, que tenía once años y que la ayudaba a recordar cada detalle. Entre las dos dejaron bien claro que no había nada que nadie pudiera hacer para superarlas en coraje y fuerza de voluntad.

El bebé de Liz estaba echando los dientes, pero ella conseguía que se mantuviera tranquilo y calladito frotándole con todo cuidado la encía inferior con un pulgar sucio. Su manera de expresar su rendida admiración ante la

impresionante valentía de Jyne consistía en sacudir la cabeza, producir pequeños ruiditos chasqueando la lengua y gesticular con todo tipo de movimientos que indicaban fascinación y sorpresa. Cuando parecía que Jyne había terminado, se atrevió a decir algo sobre una de sus propias experiencias:

—Bueno, y ¿sabéis que cuando yo estaba pariendo a Drary (abreviatura de Adrarian) hasta encontré yo sola las tijeras?

Jyne, que sabía que a continuación vendría el discursito sobre lo valiente que había sido y lo mucho que se la jugó, le preguntó:

—¿Pero cuándo fue eso? ¿Cuando tuviste a Joey?

—No —respondió Liz. Y no dijo nada más. Se detuvo en seco y se volvió hecha un manojo de nervios para mirar a Ned.

La niña de Tilly se mostraba claramente incómoda, y el siguiente capítulo comenzó cuando Jyne, que aún la tenía en brazos, empezó a servirse de ella como un ventrílocuo se sirve de un muñeco.

—Mamá, dice, me tienes toda arrugadita, dice. No puedo estar a gusto si todos mis trapitos están arrugaditos, dice. —Jyne, que había estado examinando la ropa interior del bebé, cambió de inmediato el tono de broma que había estado empleando y dejó de hablar como si fuera una niña pequeña—. ¡Dios mío, Tilly! —gritó de repente, con la entonación de una profesional horrorizada y, aunque pareciera imposible, dejando que los caídos pliegues de la boca casi le cubrieran los dientes superiores—. ¡Mira dónde está la fajita del bebé! Se le ha subido tanto que la lleva por debajo de los brazos. — Su intención era que todos los presentes se enteraran de aquella terrible situación, pero sus ojos se clavaron directamente en los del clérigo. Con la seguridad que le daba la práctica de la que hacía gala a cada instante, insinuó que, de no haber estado ella ahí mismo en ese momento, alguna intrincada zona de la anatomía de la pequeña «habría estallado y habría empezado a sangrar, y ni todos los médicos del mundo habrían podido pararlo».

El ministro estaba muy ocupado, mientras tanto, en sonrojarse y en ordenar todos sus libros. Había llegado el momento de empezar, así que miró a la congregación que tenía ante sí, compuesta por diez adultos y dieciocho niños, y dijo:

—Mis queridos hermanos...

Jim Lumber se aferró a su hierro de marcar bueyes, le echó un vistazo

rápido al párroco y luego se giró hacia Tilly. Habían decidido entre los dos que sería ella quien hablara. Alick también llevaba encima todos sus documentos de valor, a pesar de los esfuerzos de su padre por iluminarlo en cuanto a lo que era en realidad un servicio de la iglesia. Los guardaba en la tela frontal de la camisa, y se aseguró de que seguían allí palpándolos con una mano. En parte, había decidido llevárselos alentado por el comentario de Jyne sobre que «no se lo iban a comer».

Durante unos minutos, los adultos escucharon las palabras del párroco y le prestaron atención, pero la dulce voz del hombre y su actitud nerviosa les hicieron ver casi al instante que no tenían nada que temer de él. Al parecer, Ned se había vuelto a burlar de ellos otra vez, y le anotaron una más en la larga lista de las muchas que ya les había hecho.

Los niños vagaban por la habitación. Jinny y Tata invitaron a su hermanita a que fuera «a ver los bonitos dibujitos del libro del hombre», y empezaron a ayudar al ministro a volver las páginas de su Biblia.

El padre de Alick, que era del norte de Irlanda y, a pesar de llevar ya cuarenta años en aquella tierra despoblada de Australia, no había perdido ni un ápice de su reverencia por el clero, les pidió a sus nietas con una mirada suplicante que se largaran de allí, a lo que Jinny respondió sacándole unos cinco centímetros de lengua manchada de tinta. La tinta era un producto desconocido en el hogar de Jinny, y todo lo desconocido es comestible para una niña que se ha criado en la maleza.

—¡Mujer! —dijo, acudiendo a la madre de Jinny—. ¿Por qué no se lo dices tú, que se larguen de ahí?

—Deberías estar metido en una caja de cristal bien adornadita con una banda. Seguro que ahí no había niños. Ahí es donde deberías estar —respondió Jyne.

Él entonces le hizo un gesto a una niña de seis años que andaba por allí como perdida, para que se le acercara. La niña tenía la cara de Alick. Se fue hacia él a toda prisa, se sentó en sus rodillas y al momento acarició la mejilla del viejo con su manita marrón.

—Abuelo —dijo.

—Chist. Calla, cariño —susurró él, con toda la seriedad del mundo.

La niña lo miró asombrada.

—Te digo que eres abuelo —repitió ella—. No el viejo Alick.

Él posó su blanca cabeza sobre la de ella sin decir nada.

—Abuelo, el viejo Tommy Tolbit está muerto.

El hombre giró entonces un rostro radiante hacia Liz. Estaba sufriendo otro de sus olvidos momentáneos:

—¡Lo que sabe esta niña!

El viejo Tolbit llevaba muerto dos años, y la niña, que lo sabía, le iba con la noticia al menos dos veces a la semana, dejándolo igual de sorprendido en cada ocasión.

—Hemos errado y nos hemos extraviado de Tus caminos como ovejas perdidas —murmuró el ministro.

Los niños más pequeños entraban y salían de las habitaciones llevándose consigo todo lo que iban robando en cada una de ellas. Pero Jinny y Tata se entretenían de otra manera: habían arrastrado hasta la ventana la mecedora, que ya no se balanceaba porque la habían roto, y, subidas a ella, se dedicaban a ponerles caras a dos de los hijos de Liz, que estaban en el sofá de dentro. Uno de ellos quiso darle con un cepillo del pelo a la lengua de Jinny, aplastada contra el cristal, y lo que hizo fue arremeter con un golpe feroz contra la hoja de la ventana. El ruido resultante hizo que hasta el párroco se quedara callado un segundo.

Armándose de valor, retomó su homilía. De vez en cuando tenía que hacer alguna que otra pausa por culpa de las repentinas risitas que oía a su alrededor, y entonces pasaba a otra cosa o se giraba y colocaba un libro tras otro en el estante que había justo detrás de él, con la idea de dejarlos fuera del alcance de los niños. Justo cuando estaba leyendo la última línea del *Te Deum*, «En Ti, Señor, confié; no me veré defraudado para siempre», uno de los hijos de Liz tiró de sus pantalones para pedirle, sin poder emitir palabra alguna, que liberara sus dientes de un trozo cuadrado de jabón de color rosa. Otro le ofreció al bebé que Liz estaba acunando un alfiletero que había sacado de una habitación.

—¡Jyne! —dijo Jinny desde la veranda—. Ahí viene el joven Tommy Tolbit. Y viene solo. Tenías razón, Jyne. ¡Ella no está!

A Jyne le brillaron hasta las encías. Miró triunfante a su marido Alick, a Liz, y luego a todos los demás... A todos menos a Ned.

Entró Tommy. Parecía avergonzado, y además estaba sudado y jadeaba. Siempre había sido arriero, pero recientemente había optado por una de las

parcelas de terreno que se habían sacado de las antiguas tierras de pastoreo, y tenía intención de cultivarla. Llevaba casado un mes. Su mujer había trabajado como sirvienta en uno de los hoteles de la ciudad.

—Ya habéis empezado —comentó.

Aunque su voz indicaba que en realidad le importaba muy poco que no le hubieran esperado.

—¿La señora no viene? —preguntó Alick tratando de hacer las paces con Jyne después de haber sobrecargado a Polly de esa manera.

—Hoy no —dijo el reciente novio, insinuando que lo más seguro era que sí pudiera asistir al día siguiente.

—¡Oh, no! —dijo Jyne, convirtiéndolo en objeto de todas las miradas. No obstante, procuró que su tono de voz no resultara demasiado indiscreto—. No está muy bien, ¿verdad? ¿No ha querido tomarse un buen desayuno esta mañana?

Y alguien comentó que, aunque el desayuno hubiera sido abundante, después no habría tenido lugar el proceso habitual de asimilación.

—¿Cómo está Polly? —preguntó él.

—Jodida —soltó Jyne, olvidándose por completo del tema anterior.

—¡Venga ya! —exclamó Tommy, fingiendo de maravilla un asombro que no sentía. Si había llegado hasta allí sin aliento y sudando de esa manera, se debía a que le había ido detrás a uno de los lechones salvajes que se habían comido a Polly.

—Oremos —dijo el ministro.

Su anfitrión, su anfitriona y el padre de Alick se arrodillaron, pero el resto se sentó como si tal cosa.

La niña de seis años que parecía saberlo todo pensó que la posición que acababa de adoptar el abuelo era una invitación para subírsele encima, así que trepó a su espalda. Haciendo una brida con el pañuelo que el anciano llevaba en el cuello, y clavando dos talones en sus costados, empezó a hablarle como si fuera un caballo. El viejo quejicoso se resistió vigorosamente, pero no era tarea fácil librarse de ella.

El clérigo dejó los textos y comenzó el sermón.

Momento en que las hijas de Jyne empezaron a protestar porque tenían hambre. De la funda de una almohada surgió entonces un pan de buen

tamaño. Después aparecieron dos fiambreras de metal y una botella de leche de cabra. Se lo entregaron todo a Jinny para que hiciera las divisiones y el reparto.

La anfitriona le pidió a Jyne en un susurro que por favor los mandara a todos a la veranda, y durante unos instantes disfrutaron de una relativa tranquilidad que, en comparación con lo anterior, era el paraíso. En cualquier caso, no se libraban de interrupciones como «Jinny no me quiere dar nada, títa» por parte de los niños de Liz, a los que Jyne hablaba con todo el desdén del que era capaz diciéndoles cosas como «A ver si os vais a jugar por ahí y dejáis de ser tan bocazas como vuestro padre».

Cuando fueron las propias hijas de Jyne las que dijeron «Esa rata miserable y codiciosa de Jinny se está tragando toda la leche ella sola, Jyne», la cosa pareció quedar apaciguada por la promesa que les hizo su madre de romperle «la espalda a esa maldita niña en cuanto volvamos a casa».

Pero como los niños de Liz seguían gimoteando y protestando, angustiados por el hambre de sus estómagos vacíos, al final Ned sintió una especie de compasión paternal:

—Válgame Dios —dijo—. Hay mujeres que son como las vacas. Le dan de mamar a su propio ternero, pero que no se les acerque el ternero de otra porque levantan la pata y le arrear una coz del demonio.

Jyne sacudió la cabeza y, con una carcajada burlona, dijo que en su opinión «a algunos les habría valido más gastarse el dinero en sacos de harina en vez de en abriguitos y en estúpidos sombreros».

Durante un breve periodo de tiempo solo se oyó la voz del predicador, que, con un estudiado estoicismo, seguía entregado a su ingrata tarea. Los demás lo miraban de vez en cuando para ver si se dirigía a alguien en concreto, pero al darse cuenta de que no, de que no hacía ninguna alusión de carácter directamente personal, dejaron de mirarlo del todo.

Liz se inclinó hacia Tilly Lumber y preguntó:

—¿Ya te ponen las aves?

—En Navidad comimos lo que nos dieron las gallinas.

Ned contó que se había traído a casa varios libros de leyes desde Sídney, y que él y un viejo al que había ido a buscar los estaban leyendo. Se había propuesto absorber tal cantidad de conocimientos que todo lo que tendría que hacer luego con el arrendatario de las tierras de pastoreo (un exabogado) sería

meterle la cabeza entre las barras de ordeño para las vacas, las que usaban para asegurarse de que no se iban a mover. Ned ilustró a las mil maravillas lo que pasaría a continuación: bajó la cabeza, se puso un cubo imaginario entre las rodillas y abrió y cerró las manos con rítmicos movimientos ascendentes y descendentes. Algunos de los presentes, al recordar lo desafiante y provocador que se había mostrado ante la llegada del párroco, a quien había pintado como alguien peligroso, pensaron que toda aquella pantomima debía de ser algo amenazante para el predicador.

Pero a Jyne, siempre tan escéptica, no la impresionaba.

—Santo Dios —dijo ella—, algunas personas mienten más que hablan.

Alick, siempre en son de paz, decidió intervenir entonces para romper la tensión.

—Me estoy acordando justo ahora —dijo, cambiándose el tabaco al otro lado de la boca y apuntando a las moscas de la chimenea con cada salivazo— de que Mick Byrnes nos ha contado una buena. El tipo tiene la suerte del tonto. Nos ha dicho que le han dado ocho peniques por sus pieles de canguro. Yo no consigo eso ni en sueños.

—¿Sabes lo que tendríamos que hacer? —le preguntó Ned—. Tendríamos que conseguir un buen montón de pieles y mandárselas a esos colegas suyos de Sídney. Luego tú mismo te bajas hasta allí, te presentas durante la venta y, sin decir quién eres, consigues mejores precios. Ya verías cómo ese Mick Byrnes salía de allí como alma que lleva el demonio. Eso es lo que pienso hacer yo con la lana el año que viene.

A Alick el plan le parecía inmejorable.

—¡Qué bueno! —dijo, con un leve brillo en los ojos.

Jyne no solía mostrar ningún interés por lo que Ned pudiera contar. Nunca le prestaba atención. Todo lo que hacía era resoplar cuando él hablaba, dejando al descubierto sus dientes inferiores. Pero en esta ocasión sí que se lanzó a hacer un comentario:

—Hay gente que con tal de ir a Sídney una y otra vez sería capaz de quedarse sin un solo penique.

—Hay gente que tiene la boca tan grande como un bolsillo descosido— dijo Ned—, y que si fuera mi mujer sabría lo que es que le partan esa ridícula mandíbula que lleva en la cara.

Jyne se giró hacia él componiendo un ángulo horrible.

—Me gustaría ver siquiera cómo lo intentas.

La mujer del ganadero creyó que iba a desmayarse cuando oyó que se abría la puerta del comedor. Sabía que los niños estaban tramando alguna porque no se les oía decir nada.

Entonces escuchó el ronco susurro de Jinny:

—Vosotros esperad aquí, que yo me encargo de traer algo.

En la mesa del comedor habían dispuesto unos platos para que el clérigo pudiera comer después. Ella miró a su marido con una súplica muda, pero él seguía con los ojos clavados en la alfombra, escuchando atentamente el relato de Ned sobre cómo casi hizo que el colono se cayera de culo al enterarse de que había ido a Sídney.

—«Buenos días, Keogh», dije yo. «¿Con quién tengo el honor de hablar?», dijo él. «Con el señor Stennard», dije. «Oh, por supuesto», dijo él. «Encantado de conocerlo, señor Stennard, caballero», dijo él. «Me importa una mierda que esté usted encantado o no», dije yo. «¿Cuándo diablos va a sacar a esas malditas ovejas de mi tierra?», dije. «Su tierra», dijo él. «No tenía ni idea de que tuviera usted una tierra por los alrededores», dijo. «Ah no, ¿eh?», dije yo. «¿Sabe qué? Ese administrador suyo no va a reírse más de mí ni voy a permitir que siga achicándose», dije, «con esas historias sobre que estoy en la reserva. Que se deje de tonterías», dije, «porque he pagado mi depósito y he estado en Sídney», dije. «He puesto mi nombre en un cheque», dije, «y...».

Jyne dejó de resoplar y empezó a reírse a carcajadas.

—¡Por Dios santo! —dijo con los ojos clavados en el techo, como si les estuviera hablando a las moscas—. ¿Dónde estaban todas esas batallitas y esos gallitos cuando vinimos aquí por primera vez?

Ned se largó. Salió por la puerta principal «para mantener a raya a las ovejas», que se encontraban a casi cinco kilómetros de distancia. Joey, que había estado merodeando por esa misma puerta, dio la vuelta y ahora se asomaba por la de la parte posterior.

—Entra, Joey —resopló Jyne—. Nadie va a atreverse a pegarte mientras yo esté aquí.

El ministro seguía con su sermón, pero solo predicaba para el viejo Alick, que era el único que le hacía caso a esas alturas.

Solo imaginar que Jinny pudiera estar repartiendo la comida que habían

preparado para tres personas entre aquella terrible masa de niños voraces hacía que la anfitriona se sintiera fatal. Si seguía pegada al asiento era por temor a convertirse, a ojos del clérigo, en «una de ellos». Quizá no le estuviera prestando la menor atención a la homilía, pero podía oír perfectamente cómo Tata se lamía los dedos, y se preguntaba si habría sido el vinagre o el vino lo que le había provocado a Jinny esa tos. La propia Jinny despejó sus dudas cuando entró apestando a alcohol, con la parte delantera del vestido manchada de vino.

—¡Oh! ¡La pequeña está dormidita! —exclamó mientras se tambaleaba, claramente aturdida, en dirección a la niña para hacer sobre su cara unos graciosos círculos con los nudillos de un puño cerrado. La madre de la durmiente se preguntó si habrían cerrado la puerta del comedor, pero supo que no en cuanto empezó a oír el barullo que estaban armando las aves de corral al destrozar la vajilla.

—Esas dichosas aves se están zampano toda tu comida —dijo Jinny vagamente, como en un sueño.

—Pues ve a echarlas y cierra la puerta —dijo Jyne, toda comprensión.

—Ve tú, Tata, que estoy cansada. —Jinny se sentía muy mareada, así que se dejó caer en el suelo y se quedó dormida.

—Liz —empezó Jyne con muy mala uva y con ganas de sembrar la discordia una vez más. Le parecía fatal que Tata tuviera que estar allí dentro, ocupándose de echar a las aves del comedor—. ¿Tú qué dirías que es esa flor de ahí? —preguntó señalando en dirección al jarrón.

—Una cebolla silvestre —dijo Liz sin dudarle un segundo.

—Sí, ¿verdad? Pues no tienes ni idea. Se llama *bulbo*. Así es como se llama ahora. Le han dado ese nuevo nombre.

Miró entonces a la mujer del ganadero y se echó a reír con una carcajada llena de sarcasmo.

—¡Bulbo! Estás como una cabra —dijo Liz riéndose a su vez, como correspondía a la situación.

El sermón terminó, y el ansioso ministro dio paso al bautizo.

No hubo el menor problema con el nombre del bebé de la anfitriona. Pero a continuación le entregaron a un niño de aproximadamente dos años de edad, y el clérigo preguntó:

—¿Cómo se llama este niño?

—Adrarian —dijo Liz. Un viejo pastor le había leído una vez una historia de amor y fue así como pronunció el nombre del héroe. Aquello dejó atónito al ministro, hasta que su anfitriona deletreó *Adrian*.

—¿Qué edad tiene?

—Unos dos años.

Aquel dato le pareció demasiado impreciso e insistió en que debían darle la fecha exacta. Pero para los habitantes de esas tierras el calendario no tenía demasiada importancia. La madre creía que pudo ser en noviembre. «Porque era la época de la esquila y Teddy tenía que quedarse conmigo en casa para ayudarme.» Teddy tendría por entonces «unos diez». El clérigo se tuvo que contentar con estas imprecisiones para rellenar las fechas de los papeles oficiales que luego entregaría en las oficinas del Gobierno.

—¡Señor! —fue lo que exclamó Jyne como para rebajar la preocupación del párroco—. ¿Qué más dará, si a fin de cuentas es un mocososo?

Ella había tenido seis y todas eran chicas.

La misma escena se repitió de forma más o menos idéntica con todos los demás. Solo se salvó el bebé de Tilly Lumber, que tenía menos de quince días. Los ojos del ministro dejaron translucir el espanto que sentía ante aquella diminuta y grotesca partícula que ya llevaba su propia ropita minúscula. Recordó el terrible descubrimiento que había hecho Jyne solo unos minutos antes, y se las arregló para no tener que sostenerla en brazos ni siquiera un segundo.

El bautizo sí que despertaba el interés de los adultos, por lo que se agruparon en torno al ministro. Tommy, el recién casado, saludó al anciano padre de Alick con un par de golpetazos en la parte posterior de la chaqueta, que estaba cubierta de algo que parecía musgo. Le dijo que estaría muy bien que él y la madre de Jyne se juntaran, y le habló de los maravillosos frutos que podría generar aquella unión. Habló del tema muy rápido, como si quisiera pinchar a Jyne y cobrarse alguna deuda antigua a base de indirectas.

Ella puso rápidamente a cada uno en su sitio. A Liz, que se había atrevido a sonreír de una forma más que imprudente, y a Ned, que directamente se reía a carcajadas sin saber lo que era el amor paternofilial.

—Deja ahora mismo de rascarte la cabeza, jovencita. Cualquiera podría pensar que hay algo ahí arriba —le dijo a la niña mayor de Liz, que estaba quitándose del pelo el agua del bautizo cepillándose con los dedos. A

continuación, le pidió al hijastro de Ned que se acercara y le dijera quién se había atrevido a ponerle ese pobre ojo así de morado. Le aconsejó al silencioso muchacho que se hiciera «con un buen garrote la próxima vez que alguien más grande que tú vaya a pegarte». Y le dio instrucciones de cómo usarlo girando velozmente un garrote imaginario, cuyo recorrido se desvió directo hacia el cráneo de Ned.

La ceremonia concluyó cuando la mañana estaba ya muy avanzada, mucho después del mediodía. El ministro se bebió entero un vaso de agua, se enjugó la cara y lanzó un profundo suspiro. Como toda la congregación seguía sentada, los informó de que la «iglesia» se había acabado y de que ya no hacía falta que siguieran allí. Expresó ante ellos su profunda preocupación por el calor que iban a pasar en el camino de regreso a casa, y, para enfatizar aún más sus palabras, estrechó la mano de todos los adultos y salió a la veranda. Los demás se quedaron sentados como si aquello no fuera con ellos, muy atentos a los sonidos que producían los desesperados intentos de la anfitriona por terminar de reunir algo de comida para el clérigo. En principio, todos tenían la intención de quedarse allí a pasar el día.

La esposa del ganadero hizo acto de presencia con el fin de invitar al ministro a que la acompañara hasta la parte posterior de la casa, por donde accederían al comedor. Una vez allí, todo lo que encontró el párroco fue un plato con las pocas sobras que habían dejado los niños.

En ese momento, Jinny, a quien habían despertado para los bautizos, asomó la cabeza por la puerta y echó un vistazo a ver qué encontraba:

—Nuestra Tata quiere saber cuándo va a estar lista la cena —dijo.

Lo que venía a dar a entender que su Tata ya había comido.

EL INSTRUMENTO ELEGIDO¹¹

Dejó el palo y al bebé sobre la hierba mientras desha-cía el nudo de la cuerda que ataba al ternero. La distancia que la separaba del animal venía marcada por la longitud de la cuerda. La vaca se había situado al lado del ternero, y los dos estaban tendidos en el suelo. Allí, cerca del arroyo, había alimento abundante, y todos los días encontraba un lugar fresco en el que dejarlo atado, ya que eso era justo lo que debía hacer, atarlo. De lo contrario, se iría por las llanuras con la vaca y ella tendría que encargarse de ir a buscarlos. No es que le faltaran horas para hacerlo. Disponía de tiempo de sobra para lo que fuera, pero tenía que pensar en el bebé. Y si a la vaca se le ocurría volverse contra ella allí en la llanura, y ella con el bebé... Siempre fue una chica de ciudad y le tenía miedo a la vaca, pero no quería que la vaca lo supiera. Al principio echaba a correr si el animal protestaba y mugía después de que ella hubiera cerrado a su ternero, y a la vaca le gustaba verla correr, y al ternero también. Pero su marido se exasperaba y la insultaba. El sustantivo que solía usar era *perra*. La obligaba a correr hasta alcanzar a la vaca y a enfrentarse a ella blandiendo un palo y lanzándole todo tipo de amenazas, hasta que el enemigo por fin se rendía, se giraba y regresaba a la carrera. «¡Así se hace!», gritaba el hombre, riéndose de lo pálida que estaba. En muchas cosas su marido era peor que la vaca, y ella se preguntaba si algún día podría aplicarle también a él esa misma técnica. Pero ella no era de las que provocan enfrentamientos con los demás. Ni siquiera le gustaba tener que enfrentarse a la propia vaca.

Era temprano para mandar al ternero «a la cama», casi una hora antes de lo habitual. Pero había estado muy inquieta todo el día. En parte porque era lunes y aún faltaba mucho para que terminara la semana y el padre volviera con ella y con el bebé. Trabajaba en la esquila y esa misma mañana, antes de

que amaneciera, se había puesto en marcha, rumbo al cobertizo en el que estaban las ovejas. Los separaban casi veinticinco kilómetros en línea recta.

La casa en que ahora vivía fue en tiempos una taberna en la que se servía vino, y justo enfrente había un sendero por el que de vez en cuando se dejaba caer algún viajero. No les tenía miedo a los hombres que pasaban a caballo, pero la aterraban los jornaleros que iban camino del lúgubre pueblo que quedaba a un día de distancia y al que llegaban en busca de alcohol. La aterraban los que iban y más aún los que venían. Ese mismo día se había acercado uno hasta su casa y le había pedido comida.

Sí. Justo por eso había cerrado tan pronto al ternero. Más que el cuchillo que el hombre llevaba enfundado en el cinturón, atado a la cadera, lo que la espantó fue el brillo de sus dientes y la expresión que vio en sus ojos cuando su bebé, que acababa de despertarse, comenzó a golpearle el pecho con sus impacientes puños.

Ella le había dado pan y carne. Su esposo, le dijo, estaba enfermo. Siempre decía lo mismo cuando se encontraba sola y llegaba un vagabundo. Además, salió de la cocina, fue hasta el dormitorio y desde allí respondió con la voz masculina más convincente que pudo impostar a todas las preguntas que aquel hombre se empeñaba en hacerle. Luego el hombre le preguntó si podía entrar en la cocina para hervirse el agua, pero ella le ofreció un poco de té, y él se lo bebió sobre la leña que tenían apilada en el exterior. Había estado dando vueltas y más vueltas alrededor de la casa, y le dijo que en algunos sitios tenían grietas, y, después de dar una última vuelta, le pidió tabaco. Ella no tenía, y él sonrió porque había visto una pipa de arcilla rota cerca del montón de madera en el que se había instalado, y, si había un hombre ahí dentro, debería haber tabaco. Le pidió dinero, pero las mujeres de esa parte del interior nunca tienen dinero.

Y por fin se fue. Ella se metió en la casa y, a través de las grietas, observó cómo se alejaba. Pero también vio que, cuando se encontraba ya a unos cuatrocientos metros de distancia, el hombre se giraba y volvía a mirar en dirección a la casa. Allí se quedó unos instantes, como si estuviera ordenando su saco de dormir, y luego, fingiendo que ya lo había dejado todo en su sitio, se puso de nuevo en marcha. Tomó el camino de la izquierda y se dirigió hacia el arroyo, que trazaba un arco alrededor de la casa. Así que, una vez allí, dejó de estar a la vista. Horas después, ella buscó señales de humo, y vio

cómo el perro del hombre se dedicaba a perseguir a unas ovejas que habían ido hasta el arroyo en busca de agua. El perro desapareció de repente, como si el hombre lo hubiera llamado.

Más de una vez pensó que debería vestir al bebé y largarse de allí en busca de su marido. Pero en el pasado, cuando se había atrevido a hablar con él de los peligros a los que quedaba expuesta cada vez que la dejaba sola, él se había reído de ella y la había ridiculizado. Le decía sin la menor delicadeza que no hacía falta que se diera tantos aires porque nadie iba a querer irse con ella.

Mucho antes de que cayera la noche, puso un plato de comida en la mesa de la cocina y al lado colocó el broche grande que había sido de su madre. Era lo único de valor que tenía en el mundo. A continuación, dejó el acceso a la cocina abierto de par en par, aunque se aseguró de cerrar las otras puertas del interior de la casa. En la trasera, aseguró el cerrojo con la barra de afilar y las tijeras. Además, apiló contra la madera la mesa y las banquetas. Al otro lado, en la puerta delantera, puso debajo del pestillo el mango de la pala y encajó la punta entre las grietas de las tablas del suelo. Luego insertó los palos de tender la ropa, cortados a lo largo, para apuntalar la parte de arriba, ya que la pala solo podía reforzar la zona central. Las ventanas no le preocupaban porque no eran muy grandes, poco más que ojos de buey.

Apenas comió. Solo le dio un par de bocados a lo que se había llevado consigo, y se bebió una taza de leche. No encendió el fuego, y cuando anocheció tampoco prendió ninguna vela. Lo que hizo fue arrastrarse con el bebé hasta la cama.

¿Qué fue lo que la despertó? Lo increíble era que se hubiera quedado dormida, cuando no había tenido la menor intención de hacerlo. Pero era joven, muy joven. Quizá la hubieran despertado los chirridos del tejado de chapa, pero no lo creía porque eran tan frecuentes que ya se había acostumbrado a ellos. Algo había hecho que el corazón se le acelerara de manera salvaje. No obstante, se quedó muy quieta, y todo lo que hizo fue poner un brazo sobre el bebé. Luego lo rodeó con los dos y comenzó a implorar:

—Cariño, cariño, no te despiertes.

Los destellos de luz que emitía la luna iluminaban la parte frontal de la casa, y vio cómo una de las grietas que se abrían justo ante ella, muy cerca de

donde seguía tumbada, se oscurecía con el paso de una sombra. Entonces escuchó claramente un gruñido, como si un animal estuviera protestando por algo, y en su imaginación visualizó cómo el hombre se daba la vuelta a toda prisa para castigar al perro. Lo supo porque oyó perfectamente cómo algo golpeaba las costillas del animal con un sonido seco, y cómo este echaba a correr a grandes zancadas mientras aullaba y gemía. Sin dejar de mirar, vio cómo la sombra seguía oscureciendo cada una de las grietas que se abrían a lo largo de la pared. Por los crujidos que producía, pudo adivinar que lo que estaba haciendo aquel hombre era probar todas las posiciones factibles, esperando dar con una que le permitiera ver qué sucedía en el interior de la casa. Pero no tenía ni idea de qué estaba viendo y qué no. Pensó en cómo podría ingeniárselas para engañarlo y hacerle creer que no estaba sola. Pero en cuanto hiciera el menor ruido, con el sonido de su voz, por ejemplo, despertaría al bebé, y aquello la asustó tanto que rechazó la idea de inmediato. Como si el llanto del bebé fuera el mayor peligro al que se estaba enfrentando. De modo que volvió a implorar:

—Cariño, no te despiertes, no llores.

El hombre siguió merodeando por el exterior, sigilosamente. Ella supo que se había quitado las botas por cómo movía los pies por la veranda; estaba intentando calcular el ancho de la pequeña ventana de su habitación y la dureza de la puerta de entrada. Luego se fue al otro extremo, y en ese momento se le hizo insoportable no poder adivinar qué era lo que estaba tramando. Se había sentido mucho más segura cuando lo tenía cerca y ella podía ver y escuchar cada uno de sus movimientos. Sabía que tenía que vigilarlo, pero volvió a desbordarla el terror a que el bebé pudiera despertarse. De repente recordó que una de las planchas de ese lado de la casa se había contraído no solo a lo largo, sino también a lo ancho, y que una vez hasta había llegado a caerse. Si se mantenía en su sitio era solo porque le habían colocado una cuña de madera debajo. ¿Y si se daba cuenta y lo veía? La duda aumentó su terror. Rezó mientras se levantaba cuidadosamente con el bebé en brazos, sin dejar que se separara de su pecho ni un milímetro.

Recordó el cuchillo del hombre y protegió el cuerpo del bebé con las manos y los brazos. Incluso le cubrió los pequeños pies con su vestidito blanco, y el bebé no emitió ni un solo sonido. Le gustaba que lo llevara así. Sin hacer ruido, cruzó al otro lado y se colocó en un lugar en el que podía ver

y oír sin ser vista. Él estaba tentando cada una de las planchas, y ya se aproximaba a la que tenía la cuña debajo. Al poco rato la mujer vio cómo la encontraba, y se dio cuenta por los sonidos del cuchillo de que el hombre empezaba a partir el soporte de madera.

Se quedó inmóvil, esperando, con el bebé bien apretado contra ella, a pesar de ser consciente de que en el plazo de unos pocos minutos tendría ante sí a aquel hombre de ojos crueles y boca lasciva, empuñando un cuchillo reluciente. Un lado de la plancha ya se había vencido, de modo que solo tenía que cortar lo que quedaba del otro extremo y la lámina caería entera hacia el exterior, a no ser que él la sujetara con las manos.

Desde donde se encontraba podía oír perfectamente cómo respiraba, con qué patrón entrecortado, mientras seguía rajando la madera con el cuchillo, y cómo su ropa rozaba la pared con cada movimiento. Ella se estaba tan quieta y tan callada que ni siquiera temblaba. Pudo precisar el momento exacto en que él dejó de separar la plancha del muro, y se preguntó por qué se habría detenido. Estaba bien escondida, y sabía que no podía verla. En cualquier caso, tampoco se asustaría ni se echaría atrás si de repente se topara con ella. Y, no obstante, el hombre se había alejado de allí con el mayor sigilo. Tal vez esperara que la plancha se cayera sola. Fuera por lo que fuese, su manera de actuar la estaba desconcertando y se acercó aún más. Se agachó para poder escuchar mejor. Pero... ¿qué era ese sonido? «¡Escucha! ¡Escucha!», le ordenó a su corazón. Un corazón que se había mantenido magníficamente tranquilo, pero que ahora la sorprendía con esos tumultuosos latidos que le embotaban los oídos. Aquel sonido sordo se fue aproximando cada vez más, hasta que se hizo evidente que procedía del avance cercano de los cascos de un caballo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gritó.

No pudo saber con total certeza de qué se trataba hasta que el caballo estuvo realmente cerca, de modo que se vio obligada a actuar a toda prisa. Fue hacia la puerta y, con el bebé en brazos, arrancó frenéticamente los cerrojos y todas las barras que había ido instalando para asegurarlos.

Al final consiguió salir y corrió enloquecida hacia el jinete, al que vio alejarse. Lo llamó en nombre de Cristo, en nombre del bebé, todavía corriendo como el viento con la velocidad que proporciona saberse en peligro de muerte. Pero la distancia siguió aumentando entre ellos, más y más, y

cuando llegó al arroyo dejó que sus plegarias se convirtieran en chillidos salvajes, porque allí estaba el hombre al que tanto temía, agachado y con los brazos extendidos para atraparla cuando se dejara caer. Sabía que le estaba proponiendo algún tipo de acuerdo si ella dejaba de resistirse de una vez, y de gritar pidiendo ayuda, pero lo que hizo entonces fue chillar aún más. Cuando la mano del hombre le agarró la garganta, un único alarido salió de sus labios para exclamar la palabra «Asesino». Y, cuando ella dejó de gritar, fueron los asustados zarapitos los que se apropiaron de aquel terrible sonido y lo fueron chillando mientras volaban por encima de la cabeza del jinete.

—¡Por Dios! —exclamó el hombre que se encargaba de mantener las vallas de la hacienda en buen estado—. ¡Esto lo ha hecho un dingo! ¡Tan seguro como que estoy aquí! En este lado ha matado a ocho. Y hay más en el arroyo. Seguro que se trata de una oveja y un cordero. ¡Y el cordero está vivo!

Miró al cielo haciéndose sombra con una mano sobre los ojos, y vio cómo los cuervos daban vueltas y más vueltas en torno a un mismo punto, primero acercándose a la tierra y segundos después alzando el vuelo rápidamente hacia el cielo. Por eso supo que el cordero debía de estar vivo. A veces podía suceder que hasta un dingo decidiera perdonarle la vida a un cordero.

Y, sí, el cordero estaba vivo. Y, como les sucede a las crías de su especie, no reconoció a su madre cuando por fin amaneció. Había mamado de su pecho aún tibio, había dejado caer la pequeña cabeza sobre su seno, y había dormido hasta la primera luz del día. Más tarde, cuando vio aquella cara hinchada y desfigurada, empezó a llorar, y se habría alejado calladamente de no haber sido por la mano que seguía aferrada a su pequeño vestido. El largo sueño hacía que le resultara imposible mantener la cabecita dorada erguida y se le vencía hacia uno y otro lado; de igual manera, el pequeño cuerpo oscilaba en un equilibrio precario, mientras los cuervos acechaban muy próximos a los ojos completamente abiertos de la madre. Fue así como se lo encontró el jinete, tras haberse aproximado al galope al lugar en el que se encontraban.

—¡Dios santo! —dijo tapándose los ojos. Después contaría cómo el bebé le tendió los brazos y cómo él tuvo que cortar la tela del vestidito al que seguía aferrada la mano muerta.

Era época de elecciones y el sacerdote ya había elegido a su candidato. Resultaba tan obvio que el clérigo había optado por el nombre que más le convenía al dueño de las tierras de pastoreo que, por una vez en su vida, Peter Hennessey permitió que la razón se impusiera sobre la superstición y se atrevió a prometerle su voto a otro. Sin embargo, se sentía intranquilo, y cada vez que se despertaba por la noche (y lo hacía a menudo) oía la voz de su madre. Le podía llegar a través del tabique o por debajo de la puerta. Si lo hacía a través del tabique, sabía que ella estaba rezando en su cama; pero, cuando los sonidos le llegaban por debajo de la puerta, era porque se había puesto de rodillas ante el pequeño altar del rincón, que albergaba la estatua de la santísima Virgen y el Niño.

—¡María, madre de Cristo! ¡Salva a mi hijo! ¡Sálvalo! —rezaba en la vaquería mientras preparaba el ordeño de la tarde. Se dejaba la vida trabajando día tras día en ese lugar—. ¡Dulce María, por el amor de Cristo, sálvalo!

El dolor que veía en su anciana cara le amargaba el desayuno de tal manera que siempre llegaba tarde a comer para no tener que mirarla a los ojos. Le inspiraba tantísima cobardía que no podía ni despedirse de ella y, cuando anocheció la víspera del día de las elecciones, se subió a su caballo y se alejó de allí sin decirle nada.

Tenía que recorrer casi cincuenta kilómetros hasta llegar al pueblo y registrar su voto. Cabalgó veloz por aquella gran llanura en la que no había mucho más que algún arbusto raquítico sin hojas que servía únicamente para permitir que bajo él se dibujara la sombra de la luna llena. Una luna que glorificaba aquel cielo propio de la primavera más temprana. Hasta él se elevó el aroma pisoteado del trébol en flor, y su imaginación se vio abordada por el encanto de la noche. Pero lo cierto era que seguía preocupado por su sublevación y por lo que estaba a punto de hacer.

Pudo percibir con toda claridad la agonía de su madre al descubrir que se había marchado. Estaba seguro de que en ese preciso instante estaría rezando.

—¡María! ¡Madre de Cristo!

De manera casi inconsciente, repitió el mismo ruego. Y de repente, en medio de aquella quietud absoluta, llegó hasta él una voz que pronunciaba el nombre de Cristo con un tono de completa desesperación.

—¡Por el amor de Cristo! ¡Por el amor de Cristo! ¡Por Dios! —

exclamaba. Como el buen católico que siempre había sido, se santiguó antes de atreverse a volver la cabeza y mirar hacia atrás. Vio cómo una figura vestida de blanco se deslizaba sobre una fantasmagórica superficie de tierra rojiza, con un bebé agarrado al pecho.

Se le vino encima todo el terror supersticioso propio de su raza y de su religión, y la razón y la lógica se quedaron sin argumentos al instante. La luz de la luna sobre la arcilla reluciente se transformó a sus ojos en una «luz celestial», y supo que aquella figura blanca no era de carne y hueso, sino que en realidad se trataba de la Virgen con el Niño de las oraciones que rezaba su madre. Luego, una vez más, como el buen católico que era, sacudió los costados del caballo con las espuelas y se alejó del lugar a un galope enloquecido.

Las plegarias de su madre habían sido atendidas.

Hennessey fue el primero en registrar su voto, un voto que fue para el candidato del sacerdote. Luego se marchó a buscar al sacerdote a su casa, pero le hicieron saber que había salido para reunirse con los votantes. Aun así, bajo la influencia de su bendita visión, Hennessey decidió no ir a las tabernas, y lo que hizo fue vagar por las afueras de la ciudad durante horas, sin acercarse a nadie y ayunando como penitencia. Se había instalado en un estado de completa sumisión y se sentía ligeramente eufórico, como un niño pequeño arrepentido que ya ha recibido su castigo y que ahora solo espera el beso del perdón.

Al final, mientras se detenía en el cementerio y se santiguaba con un respetuoso temor reverencial en la penumbra del día, escuchó el rugido de muchas voces unidas que gritaban el nombre del vencedor en las elecciones. Justo el que quería el sacerdote.

Una vez más, Hennessey fue a buscarlo. El ama de llaves le dijo que estaba en casa y lo condujo hasta su estudio, que apenas estaba iluminado. El sacerdote se había sentado justo enfrente de un enorme cuadro y, cuando el ama de llaves encendió la lámpara, Hennessey volvió a recibir la mirada de la Virgen y el Niño. Pero en esta ocasión lo contemplaban en silencio, en paz. Los labios entreabiertos de la Virgen le sonreían con una compasiva ternura, y sus ojos parecían brillar con el perdón que cualquier madre terrenal le otorgaría a un hijo que hubiera pecado pero al que amaba.

Él se dejó caer de rodillas en un gesto arrebatado de devoción. Absorto, el

maravillado sacerdote se puso en pie porque oía exclamaciones de absoluto fervor como «¡Mi Señor y mi Dios!» mezcladas con las de la más absoluta exaltación: «¿Y me has escogido a mí?».

—¿Qué sucede, Peter? —preguntó el sacerdote.

—Padre —respondió con reverencia, y a continuación le contó con todo lujo de detalles la historia de su visión.

—¡Dios santo! —gritó el sacerdote—. ¡Y no te paraste a salvarla! ¿Es que no te has enterado?

Una vez pasado el arroyo, varios kilómetros más abajo, un hombre lanzaba un viejo sombrero al interior de una poza. Una y otra vez. El perro se encargaba de sacarlo, pero no se lo entregaba, sino que lo soltaba justo al otro lado de donde se encontraba el hombre, pues no iba a dejarse atrapar. No obstante, lo único que quería su amo era limpiarle la sangre de oveja que aún tenía en la boca y en la garganta. La sola visión de esa sangre hacía que el hombre se echara a temblar.

POSFACIO



LA IMPORTANCIA DE SER PERRO

por Pilar Adón

I

A pesar de la brevedad de su producción (dos libros de relatos, una novela y algunos poemas), la visión personalísima de Baynton ha sido reconocida como una de las más significativas de la creación literaria australiana de todos los tiempos, sobre todo a partir del redescubrimiento y la reivindicación de su figura en los años setenta y ochenta del pasado siglo, cuando empezó a estudiársela como una autora adelantada a su época. *Estudios de lo salvaje* es una de las piedras angulares de la literatura australiana, un clásico que nos acerca a una realidad nada complaciente y nada edulcorada, y que formalmente no se somete a las estructuras literarias que se estaban manejando en otros países de habla inglesa en aquella época. No es un calco ni un sucedáneo. La composición de los relatos, sus giros lingüísticos, la absoluta devoción por el habla diaria, por el sonido de las palabras tal y como se pronuncian y su heterogeneidad hacen de esta antología un ejemplo único en cuanto a forma y fondo. La crítica alabó y condenó el realismo de los cuentos a partes iguales, con una curiosa mezcla de admiración y estupefacción, pero, sobre todo, lo que imperaba era el temor a que los

lectores no australianos pudieran pensar que esos textos tan sórdidos describían fielmente la realidad de los habitantes de un país que miraba constantemente a Londres.

Fue precisamente en Londres donde se publicó por primera vez *Estudios de lo salvaje*, en el año 1902, en Gerald Duckworth and Company, después de que nadie quisiera publicar el libro en Sídney y Baynton llamara a la puerta de varios editores ingleses que le dijeron igualmente que no. Si lo logró fue gracias a la ayuda del escritor y crítico Edward Garnett, quien trabajaba como lector para distintas editoriales (entre ellas, la fundada en 1898 por Gerald Duckworth, medio hermano de Virginia Woolf) y que se entusiasmó con los relatos. Baynton y él se conocieron por casualidad en Londres, y lo cierto es que codearse con alguien como Garnett podía ser una bendición, como lo fue en este caso. Y no solo porque Baynton publicó su libro gracias a él después de que se lo hubieran rechazado en tantas ocasiones que estuvo a punto de arrojar los cuentos al fuego —como la propia autora contaría más tarde—, sino porque de su mano se introdujo en un selecto círculo literario en el que entrar no resultaba nada fácil. La importancia de Edward Garnett queda probada si consideramos que, además de a Baynton, antes había apoyado al también australiano Henry Lawson, que entre sus protegidos estaba John Galsworthy (quien le dedicó *El propietario*, de *La saga de los Forsythe*), y que consiguió que D. H. Lawrence publicara en 1913 *Hijos y amantes* (de la que Garnett eliminó cerca de una décima parte).

Es, por tanto, gracias al entusiasmo de un inglés como Garnett el que hoy podamos reconstruir un fragmento básico y revelador de la historia de la literatura de Australia, país que sigue manteniendo unas intensas relaciones políticas y culturales con «los fundadores» y que, al menos hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzó a mirar hacia los Estados Unidos, consideraba que el verdadero hogar de todos sus ciudadanos estaba en Inglaterra. Y si, siendo australiano, era necesario morir en batalla por el bien del Imperio, se moría con orgullo y honor. Un orgullo y un honor que son justo lo que no encontramos en los relatos de Baynton.

Sus hombres no son nobles. No hay ninguna loa en *Estudios de lo salvaje* a los valores de sus personajes masculinos, que suelen ser cobardes, vagos, maltratadores y asesinos. Son hombres que no obtienen ninguna dicha de extraer el fruto de la tierra y sí, en cambio, de volcar su ira y su frustración

sobre los más débiles, normalmente mujeres y extranjeros no blancos. Baynton no muestra ningún reparo a la hora de meter el dedo en la llaga del racismo ni a la hora de hacer referencia a las palizas que los maridos les daban a sus mujeres. Unas mujeres para las que el verdadero peligro no procedía de la naturaleza, sino de los hombres que vivían en ella. Su situación de aislamiento era la misma. Los peligros que los acechaban desde la maleza eran idénticos. Pero la amenaza de muerte que los rondaba a todos se multiplicaba en el caso de las mujeres, ya que a la sed, al riesgo de mordedura de serpiente o a cualquier otro revés derivado de coexistir con las bestias en un territorio salvaje había que añadirle el salvajismo de sus propios maridos. En «La compañera de Squeaker», su relato más antologizado y más conocido, a pesar de que lo que derriba y paraliza a la protagonista es la rama de un árbol, ella se muestra benévola hacia los árboles que van cayendo con la quema selectiva de Squeaker, ya que no es la naturaleza su mayor enemigo, sino la insensibilidad de su pareja. No hay ayuda. No hay miradas afables ni compasión. Lo único que pueden hacer las protagonistas de Baynton es luchar por su propia supervivencia en compañía de sus perros. A lo único a lo que pueden agarrarse es a su propia obstinación y a su capacidad de resistencia.

El prejuicio, la desconfianza y la sordidez son los elementos que definen las relaciones entre los personajes. El temor que se deriva no solo de la inmensidad de la naturaleza australiana, totalmente desconocida entonces y muy desconocida aun ahora, sino también del terrible carácter y del pasado de los hombres que la estaban poblando, en su mayoría buscafortunas. Si lo que imperaba en la línea clásica de la literatura australiana era la figura idealizada del hombre abierto y trabajador, el hombre común, el hombre blanco que amaba la libertad, que no se sometía a nada que no fueran sus propias leyes, pero que siempre estaba dispuesto a ayudar a otros hombres que tuvieran sus mismos rasgos y sus mismas aspiraciones, un modelo ensalzado en la obra de escritores como Henry Lawson, cuyas historias encarnaban el ejemplo del perfecto patriota australiano, Barbara Baynton llegó para subvertirlo. Baynton desafía frontalmente la imagen glorificada del hombre australiano hecho a sí mismo, para el que resulta esencial el concepto del colega, el *mate*, en su combate diario por la dominación de la tierra salvaje. En este libro no encontramos una descripción hipócrita de la

sociedad australiana, cosa que sí aparece en otras obras escritas en el país a lo largo de la década de 1890, en las que los hombres están diseñados literariamente por otros hombres que no se preocupan por describir cómo era la verdadera vida de las mujeres, ya que en su mundo sublimado de camaradería y compañerismo masculino la mujer tenía poca cabida. Y si se encontraba un hueco en la página para ella era para reducirla a la esposa que espera. Así, las mujeres de Lawson están metidas en casa atendiendo a los niños y preparando la comida para un marido que regresará agotado tras las hazañas de la jornada. Baynton, en cambio, no suavizó las durísimas condiciones de las mujeres en una tierra que era ciertamente poco hospitalaria, y que para ellas resultaba aún más inhóspita por la actitud de los hombres con quienes tenían que cohabitarla. Unos hombres que esperaban que las mujeres fueran castas esposas hacendosas, madres de hijos, cocineras y limpiadoras o prostitutas traídas de Europa para aliviar sus pesares. No había término medio. Y fue en ese ambiente en el que nacieron los cuentos de Baynton.

Por todos estos motivos, podemos imaginar que no debió de ser fácil publicar un libro de relatos como el que Barbara Baynton llevaba a la mesa de sus posibles editores. Ella diría más tarde que en Inglaterra no querían leerla porque «los lectores ingleses solo se interesan por lo que conocen, y Australia para ellos era algo tan remoto como Abisinia». Y en Australia no querían leerla justo por lo contrario: porque lo que describía con tanta crudeza era algo excesivamente cercano, la realidad con la que los propios editores podían ir a dar en cuanto dejaran atrás las últimas casas de la ciudad. Seguramente preferían intervenir en la creación de una literatura nacional más comedida, a base de descripciones más benévolas, en lugar de ser los responsables de que a los hogares de sus conciudadanos llegara un libro despiadado, feroz y directo, en el que la vida venía descrita con unas expresiones nada amables.

II

En cualquier caso, el volumen se publicó y se vendió al precio de un chelín

bajo el título de *Bush Studies*, dos palabras directas que sitúan al lector y que le dan una pista clara y fiable de lo que va a encontrar. El título de una colección de relatos casi nunca es casual, y tampoco lo es en este caso. Con él Baynton no engaña. Los dos términos que lo componen delimitan el contenido del libro. *Studies* porque en ellos se analiza y se expone la vida de los compatriotas de Baynton en un espacio geográfico muy concreto y bien conocido por ella. Se estudia mediante la observación directa cómo sobreviven los hombres y las mujeres del interior del país, cómo se relacionan entre ellos, cómo se alimentan, se entretienen y se evaden, cómo se trasladan de un lado a otro por un paisaje que no puede ser más árido y, a la vez, cómo interactúan con ese entorno adverso. Cómo comparten su vida con las especies vegetales y con las especies animales. Y para ello se vale de la forma y la estructura propias del relato, aunque lo que en realidad esté haciendo sea un verdadero estudio. Un estudio pormenorizado, escrupuloso y verídico.

Lo que nos lleva al otro término del título, el *bush* australiano, una expresión que no define solo un espacio geográfico, sino una forma de vida. Australia, con una superficie de 7 741 220 km², es el sexto país más grande del mundo, el más seco y plano del planeta, el que menos suelos fértiles posee y en el que viven algunas de las especies más letales del medio acuático y del medio terrestre. Lo normal es que, al pensar en estos animales, nos centremos en los tiburones y en las medusas cofre, pero no hay que pasar por alto la impresionante variedad de arañas y serpientes. Gran parte de Australia es desértica o semiárida, y el paisaje que queda más alejado del mar y de las ciudades que se reparten a lo largo de la línea costera (de 25 760 km, donde vive cerca del noventa por ciento de la población, sobre todo en el sureste) resulta bastante hostil al desarrollo de la vida humana. Puede parecer atractivo para hacer turismo durante un día, pero sabiendo exactamente dónde se va a dormir, dónde se puede comer algo y dónde repostar. De hecho, en la actualidad el turismo es una de las principales fuentes de ingresos de la zona.

Es imposible trazar en un mapa la línea en la que termina el *bush* y comienza el *outback*. El *bush* podría definirse como la zona rural más cercana a las ciudades y a los espacios poblados, y más allá se abre el *outback*, que cubre aproximadamente el ochenta por ciento del territorio, la zona decididamente desértica. Con *bush* se alude a esos paisajes en los que hay

pocos cultivos, en los que no vive mucha gente y en los que la vegetación es escasa y está compuesta principalmente de plantas y árboles xerófilos (sobre todo eucaliptos) y zonas muy amplias de matorrales, arbustos y zarzas. El *bush* posee también fuertes connotaciones culturales y políticas, y constituye uno de los grandes símbolos de la idiosincrasia australiana. Es una palabra que sirve para describir lo relacionado con lo tradicional, lo rural, y así ha dado lugar a movimientos artísticos como la *bush poetry*, la *bush writing* o la *bush music*, o a deportes como el *bush cricket*.

Es en este paisaje donde se desarrolla la acción de los relatos de Baynton. Un territorio en el que es muy difícil vivir y en el que se fueron asentando esos grupos de blancos que vivían en chozas, que podían ser exconvictos o no, pero que intentaban medrar, prosperar en una tierra que, en la mayoría de los casos, no era suya. Hombres y mujeres que debían trabajar mucho para sobrevivir, rodeados de sus niños desaliñados y mocosos que corrían entre los excrementos de los perros y las ovejas o que yacían tendidos bajo la escuálida sombra de un eucalipto enfermo. En todo caso, en la línea de la pirámide, estos desarrapados no ocupaban el lugar más bajo. Aún quedaban los aborígenes, a los que mataban.

III

No hay impostura ni disfraz en *Estudios de lo salvaje*. Estos relatos nos presentan un retrato preciso de la vida en las zonas más áridas de Australia. Lo que vivió y conoció la autora, ya que su vida empezó en el *bush* y al parecer siempre tuvo el aspecto de una mujer del *bush*. Cuando en octubre de 1914 se reunió con el por entonces joven novelista, ensayista y crítico australiano Vance Palmer (uno de los nombres esenciales para el reconocimiento de la literatura australiana como tema de análisis y estudio académico), después de que él escribiera un elogioso y muy documentado artículo sobre su obra, la impresión que le causó fue la de que seguía siendo una mujer del interior australiano, a pesar de haberlo citado en uno de los clubes más elegantes de Londres, al que ella pertenecía.

Barbara Baynton nació en Scone, un pueblo situado en el estado de

Nueva Gales del Sur, el 4 de junio de 1857. No obstante, siempre sostuvo que había nacido cinco años después, en 1862. No fue este el único dato biográfico que falsearía. Hasta sus nietos creyeron que había sido la hija ilegítima de dos irlandeses que se enamoraron en el barco que los llevaba a Australia, con nombres distintos a los de sus verdaderos progenitores. Ella afirmaba ser hija de Penelope Ewart y del capitán Robert Lawrence Kilpatrick, quienes se conocieron durante el viaje de Irlanda a Australia. Según su historia, Penelope Ewart estaba casada en ese momento con Robert Ewart, por lo que tuvo que esperar a que este muriera para casarse con Kilpatrick, momento en que la pareja tenía ya cinco hijos. Estos nombres no constaban en las listas de pasajeros de la época, pero sí aparece registrada la llegada el 9 de noviembre de 1840 de John y Elizabeth Lawrence, que viajaron en el *Royal Consort* procedentes de Derry, Irlanda. Jamás se encontró el certificado de nacimiento de ninguna Barbara Kilpatrick y, en cambio, sí el de Barbara Jane Lawrence, nombre que coincide además con el que aparece en el certificado de su matrimonio con quien sería su segundo marido, Thomas Baynton.

Seguramente, la historia se habría mantenido tal y como ella la contó de no haberse descubierto este certificado de matrimonio. En el documento constaba que sus padres se llamaban John Lawrence y Elizabeth Ewart, y que Barbara Jane fue su séptima hija. Recibió una educación no reglada en casa, y al parecer le gustaba leer obras de Dickens y de los novelistas rusos. Trabajó como institutriz en Quirindi, no muy lejos de su Scone natal, y fue allí donde conoció al que sería su primer marido, Alexander Frater, con quien se casó en 1880, a los veintitrés años. Tuvieron tres hijos, pero Frater bebía, jugaba, descuidaba el trabajo, y finalmente la abandonó cuando los niños eran muy pequeños. Uno de los consejos que más adelante le daría Baynton a su hija Penelope fue el siguiente: «Si dejas que te traten como a un felpudo, no te extrañe que te pisoteen». Esas noches de espera tan frecuentes en los relatos del libro seguramente deriven de esta época. Frater dejó embarazada a una sobrina de Baynton, que se había ido a vivir con ellos para ayudarlos con la casa y los niños, y ella tuvo que marcharse a Sídney, momento en que transformó su pasado y cambió, entre otros datos, la profesión de su padre. Lo hizo pasar de carpintero (fabricaba ataúdes, como los trabajadores que en las primeras páginas de «La soñadora» están a altas horas de la noche

dedicándose a su «horrible tarea») a terrateniente, pensando tal vez que en un tiempo como el suyo, en el que las clases sociales tenían tanta importancia, esa referencia facilitaría su ascenso. En cuanto a la idea de pasar por hija ilegítima, derivaría seguramente de la situación de su hermano menor, que fue hijo de su madre pero no de su padre, quien, no obstante, lo crio y acogió en la familia. Es posible que así creyera resultar más interesante en los círculos bohemios y literarios en que comenzó a moverse cuando en marzo de 1890 concluyeron los trámites del divorcio de su primer marido; al día siguiente se casó con Thomas Baynton, un cirujano jubilado de setenta años. En su certificado de matrimonio constaba como viuda.

Estuvieron casados catorce años, y este matrimonio le aportó a Barbara Baynton una estabilidad económica que hizo que pudiera dejar de vender Biblias de puerta en puerta para mantener a sus tres hijos. En esa época conoció a gente de todo rango social y fue entonces cuando comenzó a escribir. Su infancia en el ámbito más rural de Australia quedaba muy lejos, pero fue precisamente aquella realidad lo que le inspiró cada uno de sus relatos. El primero lo publicó bajo el título «The Tramp» el 12 de diciembre de 1896, en la edición de Navidad de *The Bulletin*, una revista fundada en Sídney en 1880 y que sería decisiva en el desarrollo de la noción de Australia como país con una identidad propia. En el campo de la literatura, *The Bulletin* ayudó a divulgar las obras de los escritores de la generación de Baynton, sobre todo a partir de 1890, momento en que el crítico literario A. G. Stephens asumió las labores de edición. «The Tramp» pasó a ser «El instrumento elegido» en la antología *Estudios de lo salvaje*. A. G. Stephens también publicaría poemas de Baynton y obras de otros autores como Henry Lawson y el poeta Andrew Barton Paterson, más conocido como Banjo Paterson (cuyo poema *Waltzing Matildase* convirtió en una de las canciones icónicas de Australia). Los poemas de Paterson también presentaban una visión romántica de la vida en la Australia rural, a la que con tanta fuerza se opusieron los textos de Baynton.

Cuando su segundo marido murió, el 10 de junio de 1904, comenzó a invertir en bolsa y antigüedades. Pasaba mucho tiempo en Londres, aunque también viajaba con frecuencia a Australia, y en 1907 publicó *Human Toll*, su única novela. Vivió los años de la Primera Guerra Mundial en Inglaterra, y tanto su casa de Londres como la que tenía en el campo, en el pequeño

pueblo de Ugley Green, en Essex, situado a unos treinta kilómetros al sur de Cambridge, tuvieron siempre las puertas abiertas para los soldados, sobre todo los australianos. Sus dos hijos lucharon con el ejército inglés y resultaron gravemente heridos. Seguramente el impacto de estas experiencias la llevó a escribir los dos relatos que añadió a los ya recogidos en *Estudios de lo salvaje* para publicar una nueva antología en 1917. El nuevo libro se tituló *Cobbers* («camaradas», «amigos») y los dos nuevos relatos fueron «Trooper Jim Tasman» y «Toohey's Party». Estos dos textos, en sí mismos, no tienen demasiado interés y parecen estar dirigidos precisamente a esos soldados australianos a los que Baynton conoció en Londres.

El 11 de febrero de 1921 se casó con el barón Headley, su tercer marido, que se había convertido al islam y a quien ofrecerían el trono de Albania, que él rechazó. Su matrimonio no duró mucho y tras la separación Baynton siguió alternando sus residencias de Inglaterra y Australia. En estos últimos años estuvo más vinculada al mundo de las antigüedades que al de la literatura. Amante de las joyas, en especial los ópalos y las perlas, y del mobiliario elegante, residió en casas hermosas rodeada de porcelanas y alfombras persas. Murió en Melbourne, el 28 de mayo de 1929.

IV

En los seis relatos que componen *Estudios de lo salvaje* encontramos ciertos temas recurrentes: la maternidad y sus terrores, la infidelidad de los hombres y la ferocidad en su relación con los demás, el evidente aislamiento, la brutalidad y los rigores de un entorno feroz, el racismo, las luchas por la posesión de la tierra y la presencia de una naturaleza inclemente que influye en las reacciones tanto físicas como emocionales de los personajes. Los relatos de Baynton sitúan a sus protagonistas (casi siempre mujeres que vienen de la ciudad y que no entienden qué está pasando a su alrededor) en el paisaje indómito de las regiones australianas del interior, y las convierten en las auténticas «estudiosas» de lo salvaje, ya que son ellas quienes han de adaptarse al nuevo entorno y a los nuevos acontecimientos, y quienes los analizan desde sus distintas posiciones. No hay una única mujer en los

cuentos de Baynton. Está la hija de «La soñadora», que baja de un tren en una estación desierta para recorrer un camino inhóspito y salvaje en un periplo de tintes claramente góticos, y la madre de «El instrumento elegido», que ha de abandonar su casa y huir con su hijo atado al pecho, y que pasa de ser víctima de la voracidad carnal de un hombre en la primera parte del relato a serlo del sinsentido y del fervor espiritual de otro hombre en la segunda. Está la trabajadora irredenta de «La compañera de Squeaker», que se enfrenta a la soledad de su cabaña después de haber talado un árbol y haber sido derribada por una de las ramas, que la deja inmovilizada, y la mujer transportada de «Billy Skywonkie», así como Bidy y Mag, la madre y la hija que viven en la taberna en ese mismo relato, y que escenifican una verdadera parodia de lo que se entiende por las amorosas e idílicas relaciones maternofiliales. Si algo las caracteriza a todas ellas es su capacidad de resistencia y la estupefacción que las invade ante lo que están viviendo. Casi todas tienen una casa, que no es un verdadero hogar, ya que no constituye un espacio en el que hallar reposo y protección, pero que al menos les sirve de escondite, algo que no le sucede a la protagonista sin nombre de «Billy Skywonkie», a la que llevan a un lugar desconocido y tras la que se va cerrando una puerta tras otra a medida que avanza hacia su destino. Y, además, la mayoría observa lo que sucede en el exterior a través de las rendijas de las paredes de esas mismas casas, como sucede en «La compañera de Squeaker» y en «El instrumento elegido», relato en el que el horror es una constante. En él se confunde a la víctima de una violación con la Virgen María, y quien tenía que ser el salvador de la protagonista, Hennessey, va demasiado preocupado pensando en su propia salvación, y no solo no la ayuda, sino que de manera inconsciente provoca su asesinato al pasar cerca del lugar en el que hasta el momento la mujer se había ocultado con su bebé, haciendo que ella se exponga al ataque y salga corriendo detrás del sonido de los cascos porque confía en los hombres que van a caballo.

No existe en *Estudios de lo salvaje* una exaltación de la «noble vida del campo» ni el mínimo rastro de orgullo nacional en cuanto a la glorificación incondicional de la dura supervivencia de los habitantes de las zonas del interior. Curiosamente, sí podría darse el caso de que Baynton manifestara cierto nacionalismo en su modo de hacer hablar a los personajes mediante localismos y determinadas expresiones características del país, sobre todo en

«Billy Skywonkie» y «Una iglesia en la maleza». Este uso, en ocasiones apabullante, podría obedecer a una reivindicación consciente de una identidad única a través de términos que no tenían nada que ver con los del inglés normativo y, de ser así, podríamos hablar entonces de un nacionalismo australiano que Baynton defendería a ultranza. Es esta una característica que compartían otros escritores de la época, bien para mostrar la rudeza de los habitantes de la zona, bien para poner de manifiesto su carácter violento o grotesco a través del lenguaje, y no solo mediante su comportamiento y sus acciones. En cualquier caso, en estos cuentos no se cantan las heroicidades de los ganaderos, campesinos y jornaleros que tuvieron que salir adelante en una de las regiones más despobladas del país, que es, a su vez, una de las zonas geográficas más desoladas y secas del planeta. No hay heroísmo, ni siquiera un resto de amabilidad en ellos. Pero no hemos de olvidar que las protagonistas son las mujeres (y sus perros) y en ellas sí encontramos otros valores, como en el caso de la hija de «La soñadora», que hace gala de un aguante titánico, o la mujer que viaja en el carromato de «Billy Skywonkie», de la que solo intuimos algo de su carácter por ciertas alusiones que se hacen a su estado. No sabemos cómo se llama, pero sí que se sonroja, que tiembla en varias ocasiones ante las barbaridades que va viendo, y que «estaba demasiado mareada para ponerse de pie cuando el jefe entró», pero que finalmente se sobrepone y, «apoyándose en la mesa, consiguió levantarse y enfrentarse a él». Los otros personajes actúan en este relato como meros testigos de su traslado, y poco a poco vamos averiguando que el puesto que iba a desempeñar en la hacienda no era precisamente el de ama de llaves. Por otro lado, la propia compañera de Squeaker demuestra una enorme valentía y una perseverancia que consigue que al final el lector sonría con la sensación de que se hace justicia y con la satisfacción de estar asistiendo a una curiosa venganza.

Venganza que viene de la mano (o de la boca) de un perro. Y queremos insistir en la importancia de los perros en este libro. Su lealtad incondicional, frente a la constante deslealtad masculina, hace de ellos unos guardianes siempre atentos, que observan, comprenden, presienten lo que va a ocurrir (con una interpretación de lo que está sucediendo más próxima a la realidad que la que puedan hacer los propios hombres) e intervienen sin reservas en auxilio de sus amos, de manera que casi siempre terminan siendo víctimas,

también ellos, del terror imperante. A los perros que protegen a la compañera de Squeaker o al anciano de «Mano tullida» les parten el lomo a palos y les rompen las costillas, uniéndose así a los otros animales igualmente sacrificados en estos cuentos que, como apuntábamos antes, no se centran precisamente en el aspecto más bucólico de la vida en el campo. En las últimas líneas de «Billy Skywonkie», el sacrificio de la oveja, que se queda «quieta, totalmente inmóvil, con la cabeza hacia atrás», actúa como claro vaticinio del que va a ser el destino fatal de la protagonista de «El instrumento elegido» y de su sufrimiento inútil.

Apuntábamos antes que publicar este libro no fue tarea fácil, y tal vez se podría llegar a la conclusión de que la industria editorial tampoco debía de ser muy poderosa en la época, y que quizá ese fuera uno de los motivos para tanta dificultad. Pero la primera novela impresa en Australia como tal (concretamente en Sídney, porque hubo una novela previa, *Quintus Servinton*, de Henry Savery, que se publicó en 1831, pero en Tasmania) es del año 1838: se titulaba *El tutor*, y se dio además la circunstancia de que fue la primera del país escrita por una mujer, la irlandesa Anna Maria Bunn, como se supo en la década de los sesenta del siglo pasado. Con lo que tendríamos que descartar esa excusa. Seguramente, la peculiar insubordinación de Baynton a la hora de elaborar sus textos, no solo en cuanto al argumento principal, sino también por las implicaciones y derivaciones de muchos de sus temas, sus formas e incluso sus títulos, contribuyó a entorpecer el empeño de su publicación. Mencionaremos tres ejemplos de esta indocilidad narrativa:

El primero lo encontramos en el propio título de «La compañera de Squeaker», relato en el que asistimos a la traición a una mujer que va hablando cada vez menos hasta que al final, cuando su compañero le pide ayuda con un grito de angustia (y por fin sabemos que se llama Mary), es completamente muda. El original inglés, «Squeaker's mate», hace referencia a ese compañerismo tan ensalzado entre los hombres de la zona y la época, pero, curiosamente, para indicar que el *mate*, el colega de la historia, no es un hombre, sino una mujer. Baynton se atreve a hacer que la protagonista, en quien se centra el título, sea la «mejor camarada de pelo largo capaz de medir con pasos la longitud de una parcela con unas enaguas puestas», a la que las otras mujeres no terminan de comprender porque no tiene tiempo para la

cháchara ni para pensar en ropas. Fue toda una osadía que una mujer utilizara ese término reservado a la comunidad masculina para referirse a otra mujer.

En «Billy Skywonkie», Baynton pone sobre la mesa el tema de los prejuicios raciales en una época en que no era nada fácil hacerlo. En este sentido fue una auténtica pionera a la hora de incorporar a sus relatos la explotación sexual de las mujeres en las zonas más inhóspitas de la Australia del siglo xix, vinculando además dicha explotación a la raza. Ciertamente es que lo que hace es sugerirlo, apuntarlo, y podría dar la impresión de que no entra de lleno en la cuestión. Pero no era sencillo decir tan a las claras en ese momento que a una persona se la rechazaba por no ser blanca como Baynton lo hace en «Billy Skywonkie», que es en realidad la historia de una mujer sometida a los juicios racistas del lugar y de la época. También en la primera parte de «El instrumento elegido», el auténtico fondo es la violencia contra las mujeres. Y, si creemos que el tratamiento del asunto muestra cierta tibieza, hemos de considerar, primero, el periodo en que el libro fue escrito y publicado y, segundo, que los cuentos sugieren, insinúan, pero es el lector quien ha de cerrar el círculo. La manera de narrar de Baynton consiste en dar pocas pistas con respecto a lo que está sucediendo en realidad y con respecto a cómo son los personajes. De modo que el texto en ocasiones se hace tan desafiante como el propio paisaje. Además, el punto de vista cambiante, que no solo pasa de un personaje a otro a veces hasta en un mismo párrafo, sino que de repente permite la intervención de la voz de la propia narradora, hace que las perspectivas sean verdaderamente infinitas, como infinitas son las interpretaciones.

Y, por último, «Una iglesia en la maleza» empieza hablando de la famosa hospitalidad del *bush*, para ponerla en tela de juicio a lo largo de todo el relato, haciendo un chiste de ella, burlándose del cacareado amor por la tierra, del pretendido sentimiento de unidad, de la pureza racial en el país (en 1886, el lema de *The Bulletin* pasó de ser «Australia para los australianos» a «Australia para el hombre blanco») y de la manera de acoger a los demás, sobre todo en las escenas finales en las que la comida es el gran botín y nadie quiere soltarlo. También se alude a los enfrentamientos contra los primeros terratenientes, que consiguieron hacerse con enormes lotes de tierra destinada al ganado y que ahora asistían a su parcelación para que los pequeños agricultores la pudieran cultivar y así diversificar la economía. Es sin duda el

texto más insólito, alocado y cómico de la antología, en el que Baynton arremete contra ese concepto sagrado de la hospitalidad dando forma a una parodia sin argumento cerrado, pero que constituye uno de los mejores relatos del libro. En él recuperamos ese sentido del humor macabro que también planea sobre «Mano tullida», en el que además encontramos una ternura conmovedora en la relación entre el viejo y el perro por su manera de hablarse, su dependencia mutua y el terrible final de ambos. Una vez más, no hay ni rastro del romanticismo que sí impera en otras obras de la época. Ni arrojo ni altruismo ni generosidad.

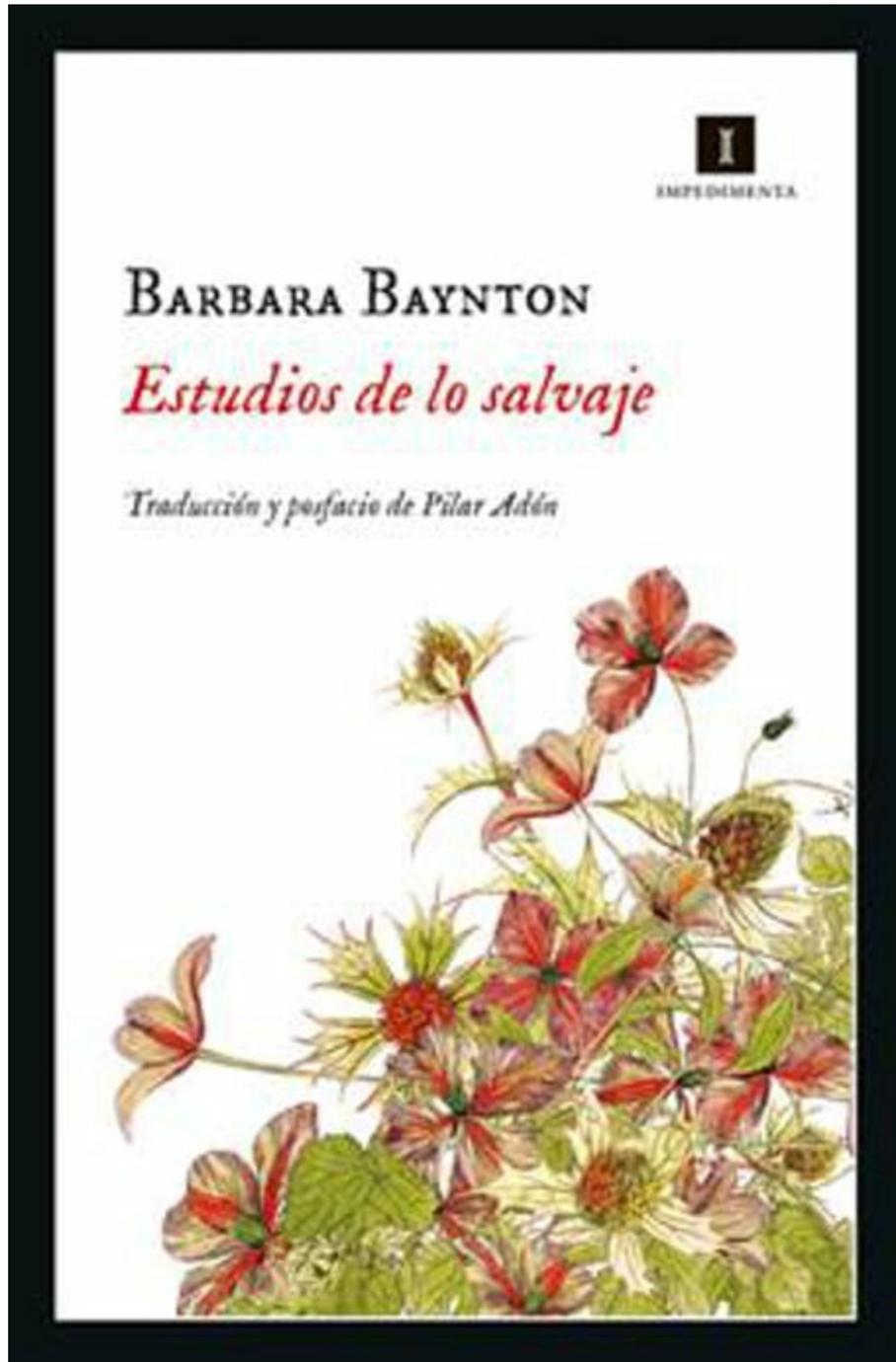
Ese estilo directo y feroz que caracteriza la manera de narrar de Baynton hace que la atmósfera de pesadilla que se respira en todos los relatos, incluso en este que es el más evidentemente humorístico, «Una iglesia en la maleza», llegue a alcanzar los límites del terror, motivo por el que su narrativa se ha vinculado en muchas ocasiones a lo gótico. Puede parecer contradictorio que tratándose de unos textos tan realistas, que en ocasiones llegan a rozar el naturalismo, posean además esos toques propios de la tradición gótica e incluso fantástica, pero Baynton lo consigue en relatos como «La soñadora», «La compañera de Squeaker», «Mano tullida» y «El instrumento elegido», sobre todo en el primero y el último, con sus parajes tenebrosos, las descripciones de una naturaleza lóbrega y despoblada, la decrepitud de las casas y la intensidad del miedo de unos personajes retorcidos, acobardados por el entorno y por la presencia de otros hombres que quieren imponérselos, robar lo que poseen o, directamente, asesinarlos. Es imposible hablar de ruinas medievales y de castillos con pasadizos y criptas en Australia, por supuesto, pero en cada uno de los textos advertimos el fatalismo que planea sobre unos personajes extraños y sombríos, que deambulan por un territorio dominado por la sinrazón. Los matices góticos de los cuentos de Baynton encontraron todo tipo de réplicas en la narrativa posterior, pero hay dos novelas especialmente atractivas por la descripción de lo terrorífico del paisaje y por el descontrolado comportamiento de quienes lo habitan. En ambas, además, aparece el mundo de la enseñanza, aunque de maneras muy distintas. Se trata de *Pánico al amanecer* (1961), de Kenneth Cook, y *Pícnic en Hanging Rock* (1967), de Joan Lindsay.

V

Para la traducción al castellano de *Bush Studies* hemos empleado la versión publicada en 1902 en Londres. En algunas ediciones inglesas recientes se han incluido pequeños cambios, casi siempre de puntuación o sintaxis, que la propia Barbara Baynton realizó a mano en 1917 para la publicación de *Cobbers*, y cuyas copias se conservan en la Biblioteca Nacional de Australia. Para esta edición hemos preferido no alterar el texto original, y nos hemos ceñido a los textos iniciales, los de la primera publicación de Duckworth. No obstante, sí nos gustaría hacer una precisión respecto a la línea final del último relato de la antología, «El instrumento elegido». Como indicábamos anteriormente, en su primera publicación en *The Bulletin* el relato se titulaba «The Tramp», y en la versión que Baynton incluyó en *Cobbers* recuperó la última frase de *The Bulletin*, que no aparece en la publicada en 1902, que aquí ofrecemos. La frase final era: «El perro tenía también su parte de culpa». El hombre había matado a la mujer, pero el perro había matado a la oveja. Los dos tenían sangre que limpiar.

Los libros a los que hemos recurrido en busca de referencias han sido, principalmente, la antología de las obras completas de Barbara Baynton perteneciente a la colección Portable Australian Authors, con edición de Sally Krimmer y Alan Lawson y publicada en 1980 por la University of Queensland Press, y la edición de *Bush Studies* de The Text Publishing Company, publicada en 2012 en la colección Text Classics, con introducción de Helen Garner.

ESTUDIOS DE LO SALVAJE



Una mujer embarazada baja de un tren en una estación desierta para recorrer un camino inhóspito y salvaje. Una colona se enfrenta a la soledad de su cabaña después de talar un árbol y ser derribada por una de las ramas, que la deja inmovilizada. Otra mujer ha de abandonar su casa para defenderse del ataque de un hombre, y huye con su hijo atado al pecho. Los relatos de Barbara Baynton sitúan a sus protagonistas en el paisaje indómito de las regiones australianas del interior, lejos de las ciudades, y las somete al aislamiento y los rigores de un entorno feroz que las obliga a luchar por su propia supervivencia día tras día. No hay ayuda ni compasión en la naturaleza inexplorada a la que llegan los personajes de Baynton. Sus únicos recursos son el de la resistencia, la obstinación y la ira.

BARBARA BAYNTON

(Scone, Australia, 1857 - Melbourne, 1929)

Empezó publicando sus relatos en la revista «*The Bulletin*». Seis de ellos se reunirían en «*Estudios de lo salvaje*» (1902), que fue publicado en Inglaterra tras ser rechazado por varios editores australianos por sus descripciones poco benévolas del país y por el poco orgullo nacional que mostraban. Publicó «*Human Toll*», su única novela, en 1907, y «*Cobbers*», otra antología de relatos, en 1917. Está considerada una de las más significativas voces de la literatura australiana. Murió en Melbourne en 1929.

NOTAS

¹ En la década de 1860 se dividieron las grandes extensiones de tierras fértiles, dedicadas sobre todo al ganado, para crear parcelas destinadas a los pequeños agricultores, de tamaño más reducido y de cultivo intensivo. Los enfrentamientos entre los antiguos propietarios y los nuevos aspirantes no se hicieron esperar. (*Salvo que se especifique lo contrario, todas las notas son de la traductora.*)

² Se refiere a un pan típico de Australia, propio de los jornaleros y la gente del campo, hecho con harina, agua y bicarbonato de sodio en vez de levadura. Solía cocinarse entre las cenizas aún calientes de la lumbre.

³ Oración que repiten los fieles tras cada uno de los mandamientos recitados por el párroco durante la celebración de la comunión en la Iglesia anglicana.

⁴ *Skywonkie* significa «vaticinador del tiempo que va a hacer». (*N. de la A.*)

⁵ Juego de cartas del que existen diversas modalidades. De una de ellas deriva la inclusión en la baraja del comodín o *joker*, que en un principio era la carta de más valor.

⁶ Otra manera de designar el *outback* australiano, la zona interior del país que, a pesar de ocupar cerca del ochenta por ciento del territorio, está despoblada casi en su totalidad.

⁷ Grito de llamada originario de las zonas rurales de Australia. Bien pronunciado, el sonido puede oírse a una gran distancia.

⁸ Algunos aborígenes usaban los troncos huecos de los árboles perforados

por las termitas para meter dentro los huesos de sus muertos. Un miembro del clan del fallecido los pintaba.

⁹ *Daisy Bell (Bicycle Built for Two)* es una canción de 1892 escrita por el compositor británico Harry Dacre, que incluye el famoso estribillo «Daisy, Daisy / Give me your answer, do. / I'm half crazy / all for the love of you».

¹⁰ Estas estructuras de madera se usaban para colgar los cuerpos de los animales recién sacrificados.

¹¹ El título hace referencia a la frase bíblica de los Hechos de los Apóstoles (9, 15-16) sobre el bautismo de Pablo: «El Señor le respondió: “Ve a buscarlo, porque es un instrumento elegido por mí para llevar mi Nombre a todas las naciones, a los reyes y al pueblo de Israel. Yo le haré ver cuánto tendrá que padecer por mi Nombre”».